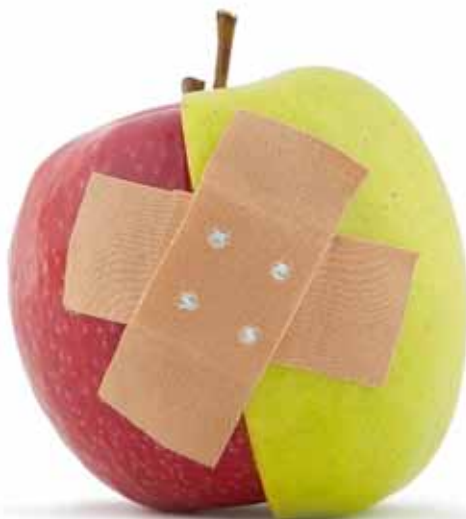


# 'Dating violence' y cortejo adolescente

Un estudio sobre la violencia en las parejas  
sentimentales de los jóvenes andaluces



Carmen Viejo Almanzor

### **Carmen Viejo Almanzor.**

Nacida en Sevilla (1983), cursa estudios de magisterio en Ed. Primaria y Psicopedagogía (Universidad de Sevilla), obteniendo el Premio Extraordinario Fin de Carrera, lo que le permite obtener una beca nacional de carácter competitivo para la formación del profesorado universitario (FPU), bajo la tutela de la profesora Rosario Ortega en su grupo de investigación ([www.laecovi.uco.es](http://www.laecovi.uco.es)) en la Universidad de Córdoba. Especializada en la investigación en desarrollo adolescente, concretamente, sobre el fenómeno de *Dating Violence*, ha colaborado en diversos proyectos de ámbito nacional e internacional, con estancias en Italia y Reino Unido. La producción de estos años ha sido difundida en congresos nacionales e internacionales, así como en artículos científicos y capítulos de libro.

Como parte de la formación de postgrado, ha cursado el Master de Investigación e Intervención Psicológica en Justicia, Salud y Bienestar Social y el Doctorado en Psicología Aplicada en el que se ha desarrollado la Tesis con Mención Internacional *Dating Violence y Cortejo Adolescente: un estudio sobre la violencia en las parejas sentimentales de jóvenes andaluces*.

Ha desarrollado su trayectoria docente fundamentalmente como profesora sustituta interina en la Universidad de Córdoba, impartiendo asignaturas de las titulaciones de Magisterio, Psicopedagogía y Máster de Psicología Aplicada.

## **'Dating violence'** y cortejo adolescente



# 'Dating violence' y cortejo adolescente

Un estudio sobre la violencia en las parejas  
sentimentales de los jóvenes andaluces

Carmen Viejo Almanzor



Centro de Estudios Andaluces  
**CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA**

La tesis *'Dating Violence' y cortejo adolescente: un estudio sobre la violencia en parejas sentimentales de los jóvenes andaluces* ha sido distinguida con el Premio Tesis Doctoral de la Fundación Centro de Estudios Andaluces, en su VIII edición.

Edita:  
Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces,  
Consejería de la Presidencia, Junta de Andalucía

© Carmen Viejo Almanzor.  
© Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces  
Bailén, 50 — 41001 Sevilla  
Tel.: 955 055 210  
Fax: 955 055 211  
[www.centrodeestudiosandaluces.es](http://www.centrodeestudiosandaluces.es)

Primera edición, marzo de 2014

ISBN: 978-84-942291-6-9

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>7</b>
<b>PRIMERA PARTE ANDAMIADOS EN LA LITERATURA</b>	<b>9</b>
1. <b>EL JUEGO DEL CORTEJO: APRENDIENDO UNA NUEVA FORMA DE RELACIÓN</b>	<b>11</b>
1.1. Amor y adolescencia: el prisma de la psicología positiva	15
1.2. Las relaciones sentimentales desde una perspectiva evolutiva	25
2. <b>LA OTRA CARA DE LA MONEDA: VIOLENCIA EN LAS PAREJAS ADOLESCENTES</b>	<b>41</b>
2.1. Violencia en las relaciones sentimentales adolescentes: consideraciones teóricas y metodológicas	45
2.2. Hacia un marco explicativo de la violencia física en las parejas adolescentes	57
<b>SEGUNDA PARTE LO QUE DICE LA JUVENTUD ANDALUZA</b>	<b>71</b>
3. <b>DISEÑO DE UN ESTUDIO EMPÍRICO</b>	<b>73</b>
3.1. Intereses del estudio	75
3.2. Participantes	78
3.3. Instrumentos y procedimiento de obtención de la información	80

4.	<b>UN ESTUDIO CON JÓVENES ANDALUCES</b>	<b>87</b>
4.1.	Análisis preliminares	89
4.2.	Parejas adolescentes: desvelando mitos	90
4.3.	Parejas y bienestar adolescente	104
4.4.	Del erotismo a la violencia: agresión y victimización física en la pareja adolescente	109
4.5.	Hacia un modelo explicativo de la violencia física en pareja	114
	<b>TERCERA PARTE</b>	
	<b>SACANDO CONCLUSIONES</b>	<b>127</b>
5.	<b>CONCLUSIONES Y FUTURAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN</b>	<b>129</b>
5.1.	Discusión y conclusiones	131
	<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>151</b>



## Introducción

**D**urante mucho tiempo, las parejas adolescentes han estado consideradas como relaciones pasajeras, de poca importancia, asuntos banales definidos en base a una serie de mitos románticos que difícilmente llegarían a ser nada estable. La concepción que se tenía de ellas comienza a variar recientemente, cuando la literatura científica muestra su interés por ellas. En un primer momento, no obstante, esta mirada hacia las parejas jóvenes viene desde la pareja adulta, buscando en estas incipientes relaciones el origen de los problemas de violencia que acuciaban en momentos posteriores. No son, por tanto, el objetivo primero de la investigación sino un ámbito colateral al verdadero objeto de estudio. Sin embargo, los estudios pronto encuentran en estas parejas un verdadero ámbito de interés científico: con dinámicas relacionales que distan sobremanera de las establecidas en el ámbito marital, las parejas adolescentes comienzan a definirse como un objetivo de análisis en sí mismo. Qué dinámicas se establecen, cómo evolucionan, qué elementos intervienen, cómo afectan a sus protagonistas,... han sido aspectos abordados por la literatura científica en los últimos años.

Si bien muchos de los estudios desarrollados se focalizan en los aspectos ligados con la violencia que se produce en estas parejas —quizás por la tradicional violencia de género que les movió a interesarse por ellas—, muchos otros, de corte evolutivo, señalan la importancia que estas relaciones tienen para los adolescentes: casi la totalidad de los chicos y chicas, hacia el final de la adolescencia, sabe lo que es tener pareja, habiendo experimentado esta situación en algún momento de su corta vida sentimental.

Este trabajo nace de la paradoja que suponen estos dos frentes de investigación: si las relaciones adolescentes aparecen en su mayoría vinculadas con aspectos de violencia, ¿por qué tantos chicos y chicas participan de ellas? ¿por qué resultan tener

tanta importancia para los adolescentes? Sin abandonar la idea de que iniciarse en esta nueva forma de relación supone un aprendizaje no exento de riesgos —entre ellos, la violencia—, se abordó el estudio en positivo de estas relaciones sentimentales, tratando de profundizar en aquellos aspectos beneficiosos que reportan a sus protagonistas y que conllevan que tantos chicos y chicas elijan implicarse en esta nueva forma de relación durante su adolescencia.

La primera parte del escrito hace un recorrido por la literatura científica existente sobre cada uno de estos aspectos. En primer lugar, la visión más positiva de estas parejas, sobre la base que proporciona la psicología positiva se analiza el papel del amor en la vida de los adolescentes y la incidencia que estas relaciones puede tener para ellos. En segundo lugar, la cara más ardua, la relativo a la violencia que se produce en estas parejas. Un análisis de las características de estos comportamientos agresivos y de los factores de riesgo que llevan a ella pondrán las bases teóricas del fenómeno denominado en la literatura internacional como *dating violence*.

Con todo ello se aborda la segunda parte, el trabajo empírico. Unas pinceladas sobre la metodología que se sigue en el estudio van seguidas de los principales resultados de investigación obtenidos. Se abordan las características de las parejas de los jóvenes andaluces, el desarrollo de estas y la incidencia que tienen para el desarrollo general de sus protagonistas y se presenta un estudio detallado de la violencia física que se produce en el interior de estas parejas, analizándose los factores de riesgo que inciden en su aparición.

Finalmente, en la tercer y última parte de este escrito se avanza hacia las conclusiones que pueden extraerse; considerando los datos empíricos a la luz de la teoría previamente analizada, se profundiza en el sentido que estos resultados pueden tener y las implicaciones que revelan. Se indican, en este mismo capítulo, las principales limitaciones que ha encontrado el estudio en su desarrollo y se indican futuras líneas de investigación.

# **Primera parte**

---

Andamiados  
en la literatura



El juego del cortejo:  
aprendiendo una nueva  
forma de relación



## El juego del cortejo: aprendiendo una nueva forma de relación

**A**ctualmente, la adolescencia está concebida como un periodo de transición entre la niñez y la adultez que se extiende, aproximadamente, durante la segunda década de vida. En ella se adquieren las habilidades y capacidades necesarias para llegar a un estatus social de nivel superior en el que se presupone el necesario desarrollo físico, cognitivo, emocional y social para el desempeño de una vida independiente. No obstante, como señalan Palacios y Oliva (1999), esta concepción occidental de la adolescencia no nace hasta el siglo pasado cuando la Revolución Industrial marca un punto de inflexión en lo social: la acentuación de la necesidad de formación y desarrollo para el desempeño de un trabajo cualificado hace necesaria la consideración de un tiempo de capacitación que retrasa la incorporación de los jóvenes al estatus de adulto. Este periodo de transición que Erikson (1968) denominó *moratoria social*, supone un compás de espera que sigue a la niñez en el que los jóvenes se preparan para incorporarse al mundo adulto no sólo en lo laboral, sino en la madurez compleja que abarca el desarrollo físico, emocional, cognitivo, social, etc.

Estos cambios que caracterizan la adolescencia han provocado, durante mucho tiempo, que fuese vista como un periodo de estrés y malestar para sus protagonistas. Stanley Hall (1904), pionero en el estudio de esta etapa del ciclo vital, la describe como un periodo de *t tormenta y estrés* en el que el estado de ánimo de los jóvenes oscila continuamente entre puntos contrarios, tratando de adaptarse a los nuevos requerimientos sociales a la vez que se construyen ellos mismos en términos de su identidad adulta.

No obstante, en los últimos años se ha desarrollado una nueva perspectiva desde la que se señala que, pese a la existencia de numerosos cambios durante la adolescencia, no existen en este periodo más dificultades o tensiones que durante otros periodos evolutivos; si bien, como periodo de construcción socio-cultural, no sólo los factores de maduración personal sino también los factores de construcción social pueden ser fuente de obstáculos o crecimiento para el desarrollo en años posteriores. De manera análoga al sesgo que infería dicha perspectiva dramática de la adolescencia, recientemente se ha subrayado la focalización que ha mantenido la psicología sobre el análisis de la patología y los problemas mentales. Este enfoque lleva a esta ciencia a un reduccionismo que, en palabras de Seligman y Csikszentmihalyi (2000), la ha convertido en *ciencia de la victimología*, siendo necesario no sólo un cambio de enfoque en cuanto a la consideración de la adolescencia, sino un cambio de enfoque en cuanto al marco científico desde el que se desarrollen los trabajos dirigidos al análisis de los cambios en esta etapa.

Las relaciones personales y las dinámicas sociales que se establecen en estos años son uno de los puntos fundamentales de cambio, influidos en parte por el desarrollo cognitivo que se produce en esta etapa, por la importancia creciente que toma la amistad y por otros tipos de relaciones con los iguales que comienzan a establecerse en este periodo evolutivo. Progresivamente, los jóvenes van aumentando la confianza con los iguales, considerándolos como fuente de intimidad, consuelo y bienestar general, y aunque los amigos íntimos forman una parte importante de esta red de apoyo, la exploración de las relaciones sentimentales representa una nueva experiencia fundamental en esta etapa del ciclo vital, satisfaciendo simultáneamente a las necesidades de independencia, identidad e intimidad (Miller y Benson, 1999).

Desde una óptica en la que priman las potencialidades sobre los déficits, el presente capítulo incorpora la Psicología Positiva al estudio de las relaciones sentimentales adolescentes, analizando las aportaciones que esta corriente supone respecto al estudio del amor durante esta etapa y centrándose en el estudio de las relaciones sentimentales durante la adolescencia. La evolución de estas desde el grupo de iguales hasta la formación propiamente de las primeras parejas, sus características y el rol que desempeñan para el desarrollo y ajuste personal de sus protagonistas serán puntos de estudio en las siguientes páginas.



## 1.1. Amor y adolescencia: el prisma de la psicología positiva

La visión traumática y estresante que se ha tenido tradicionalmente de la adolescencia, de un lado, y de otro, la tradición patológica que ha asumido la psicología, ha llevado a muchos de los estudios que se han preocupado por el análisis del desarrollo adolescente a centrarse en un abanico de conductas problema asociadas con esta etapa: consumo de sustancias, conductas delictivas, tendencias depresivas, conflictos familiares, etc. (Acosta, Fernández y Pillón, 2011; Arim, Dahinten, Marshall y Sahpka, 2011; Johnston, O'Malley, Bachman y Schulenberg, 2012; Pons y Buelga, 2011; entre otros).

En este sentido, las relaciones sentimentales no han sido una excepción, estando tradicionalmente vinculadas a este mismo abanico de problemas. Sin embargo, la importancia que los adolescentes otorgan a este nuevo tipo de relación y un incipiente cambio, no sólo en la perspectiva de estudio de la adolescencia, sino en la dinámica general de los estudios de psicología, ha promovido el interés científico hacia el análisis del papel que el amor juega en el desarrollo adolescente. Así, el marco teórico-empírico que ofrece la denominada Psicología Positiva, como nueva corriente psicológica que se centra en el estudio y análisis de los aspectos más positivos de la psique humana, parece idóneo para el análisis de los factores que inciden en el desarrollo adolescente.

### 1.1.1. Un nuevo enfoque teórico: potencialidades versus déficits

El interés por la búsqueda del buen vivir, el bienestar y, en general, la felicidad, aun sin ser la primera preocupación que ha acaecido en los textos científicos, tampoco resulta un tema reciente (Fierro, 2009). Ya antes de la Grecia clásica se encontraban indicios de esta preocupación, generándose multitud de corrientes filosóficas y de pensamiento que trataron de esclarecer el cómo alcanzar este estado al que, aparentemente, aspiraba cualquier persona. Han sido, fundamentalmente, dos de estas grandes corrientes las que han evolucionado hasta nuestros días dando lugar a las bases teóricas de la Psicología Positiva (Vázquez, Hervás, Rahona y Gómez, 2009).

Por un lado se encuentra la filosofía eudaimónica. Siguiendo los postulados de Aristóteles, el bien (*eudaimonía*, felicidad) es una tendencia natural del hombre, y la vida virtuosa, el camino para alcanzarlo. En su *Ética a Nicómano*, se insta a los

hombres a vivir de acuerdo al *daimón* o ideal de perfección, lo que supondría la consecución de las potencialidades del ser y el desarrollo de una vida de acuerdo a ellos. Riff (1989, 1995) recoge las aportaciones aristotélicas y les da soporte empírico, elaborando un instrumento que actúa como modelo multidimensional del *bienestar psicológico*. Las seis dimensiones que lo constituyen representan los retos o hitos a los que han tenido que enfrentarse y superar las personas que alcanzan el bienestar psicológico desde la perspectiva eudaimónica: autoaceptación, relaciones positivas con los otros, control ambiental, autonomía, propósito en la vida, y crecimiento personal (Riff y Keyes, 1995).

Por otra parte, la corriente de pensamiento hedonista se alza de la mano de Epicuro quien, decepcionado pero fuertemente marcado por el postulado aristotélico, se establece como referente filosófico alternativo (Fierro, 2009). Desde esta perspectiva, el placer se convertirá en el fin último de la vida, siendo la felicidad el resultado de un cúmulo de situaciones placenteras. Diener (1984) introduce el concepto *bienestar subjetivo* —de manera análoga al *bienestar psicológico*— para referirse a la satisfacción general con la vida, el nivel de afecto positivo y el nivel de afecto negativo, escalas que se corresponderían, a su vez, con la medida de la felicidad.

Sobre estos presupuestos, y motivada por anteriores iniciativas puntuales dentro del propio campo de la psicología —el movimiento humanista y la teoría de Maslow, por ejemplo—, nace hace algo más de una década, la Psicología Positiva. Introducido el concepto por David Seligman (1999) en su discurso de toma de posesión de la presidencia de la Asociación Americana de Psicología, la novedad de este enfoque radica en lo que de estudio científico tiene (Padrós, Martínez, Yúnuén y Medina, 2010), es decir, en la traducción que hace de las tradicionales conceptualizaciones de felicidad y bienestar en términos operativos y medibles como bienestar subjetivo o bienestar psicológico, concediendo a la psicometría la posibilidad de actuar en este ámbito. En este sentido Sheldon y King (2001) apuntan como definición de Psicología Positiva:

«(La Psicología Positiva) no es más que el estudio científico de las fortalezas y virtudes humanas. La Psicología Positiva hace un reconocimiento de una persona normal tratando de averiguar lo que funciona, lo que va bien, lo que se está mejorando; y se pregunta ¿cuál es la naturaleza de un funcionamiento humano eficaz, quién aplica con éxito las adaptaciones y habilidades aprendidas?, ¿y cómo explican los psicólogos el hecho de que, a pesar de todas las dificultades, la mayoría de las per-

sonas consigan tener un propósito en su vida y vivirla con dignidad? (...). La psicología positiva es un intento para instar a los psicólogos a adoptar una perspectiva más abierta y agradecida con respecto a las potencialidades, las motivaciones y las capacidades humanas» (pp. 216, traducción propia).

Seligman (2005), seguido posteriormente por Hervás (2009) o Mariñelarena-Dondena y Gancedo (2011), señalaba que desde este enfoque se aborda el estudio de tres grandes ámbitos: las emociones positivas, los rasgos positivos y las organizaciones positivas que permiten el desarrollo de los aspectos anteriores.

En relación a lo primero, las emociones positivas, la primera dificultad que se encuentra para su estudio radica en la propia definición de emoción como constructo medible. El concepto de emoción ha venido ligado a un amplio debate conceptual y terminológico que, sin una clara resolución, parece llegar a consenso al considerarlas como tendencias de respuesta multidimensionales que surgen a partir de la evaluación consciente o inconsciente, por parte del sujeto, del significado personal de algún acontecimiento previo; esta evaluación genera una tendencia de respuestas en cascada, manifestaciones levemente encadenadas como experiencias subjetivas, expresiones faciales, procesamiento cognitivos, cambios fisiológicos, etc. que se viven de manera intensa pero breve (Fredrickson, 2001). Esta dificultad conceptual se acentúa cuando nos referimos al estudio de las emociones positivas, ya que tradicionalmente han sido relegadas a un segundo plano frente a las emociones negativas. Fredrickson (1998) señala que existen tres razones fundamentales que han actuado de detonante de esta situación: en primer lugar, las emociones positivas parecen, a priori, menos y están menos diferenciadas entre sí que las emociones negativas. En muchas ocasiones no se cuenta con una etiqueta para nombrarlas —tradicionalmente descuidadas frente a las emociones negativas, los significantes de las emociones positivas pueden resultar vagos o ambiguos en muchas ocasiones—, por lo que su definición se hace difusa y poco precisa (Hervás, 2009; Vecina, 2006). En segundo lugar, el enfoque tradicional de la psicología, dirigido a la búsqueda de la raíz del problema y a su solución, ha revertido en el análisis y focalización de las emociones negativas como causantes de problemas individuales y sociales que requerían una intervención. Por último, las teorías emocionales que se han desarrollado buscaban la máxima aplicabilidad y, por tanto, debían sustentarse en el estudio de las «emociones prototípicas». Considerando la naturaleza difusa de las emociones positivas, por un lado, y la presión por entender las emociones negativas, por otro, parece lógico pensar que emocio-

nes como el miedo o el enfado hayan sido tomadas tradicionalmente como emociones prototipo (Fredrickson, 1998). Sin embargo, los estudios que se han venido realizando parecen coincidir en señalar que las emociones positivas tienen una gran cantidad de efectos positivos para el desarrollo y funcionamiento psicológico (Hervás, 2009). De forma análoga a como las emociones negativas contribuyen a solucionar problemas de supervivencia, las emociones positivas facilitan aspectos del desarrollo y crecimiento personal así como de conexión social (Vecina, 2006). Y no sólo ejercen un efecto positivo en el momento presente, sino que aumentan la probabilidad de bienestar en el futuro (Fredrickson y Joiner, 2002). Por tanto, el interés por estas emociones desde el prisma de la Psicología Positiva estaría ampliamente justificado.

Peterson y Seligman (2004), por su parte, señalaron que existen, además, distintas características de la personalidad que se consideran generalmente como valiosas, diversos rasgos positivos que se reflejan en los pensamientos, sentimientos o comportamientos de las personas y que podrían ser considerados como *fortalezas humanas*. Sobre esta idea se desarrolla la *Values in Action Classification* (VIA), como la versión en psicología del *Diagnostic and Statistical Manual* (DSM), con la que se pretende reclamar el estudio del carácter y de las fortalezas humanas como parte del ámbito científico, ofreciendo para ello medidas aplicables en los diferentes momentos del ciclo vital. Sobre el presupuesto de los trabajos realizados por diversos autores (Gillham y Seligman, 1999; Diener y Lucas, 2000; Seligman y Csikszentmihalyi, 2000; Shigehiro, Ulrich y Diener, 2001; entre otros), Peterson y Seligman (2004) realizan una clasificación y sistematización jerárquica de estos rasgos positivos, estableciendo para ello una organización en tres niveles en la que consideran las virtudes, las fortalezas, y los atributos situacionales. Las virtudes (*virtues*) son entendidas como características universales, valoradas por las corrientes filosóficas, morales, religiosas y culturales, y que parecen estar relacionadas con una base biológica que, a través de la evolución, las ha mantenido como necesarias para la supervivencia de la especie, y son seis: sabiduría y conocimiento, coraje o valentía, humanidad y amor, justicia, templanza o contención, y trascendencia o espiritualidad. Las fortalezas humanas o fortalezas de carácter (*character strengths*) son los procesos o mecanismos psicológicos que hacen visibles y definen las virtudes; diferencian —a modo de propuesta inicial sometida a continua revisión, según los propios autores— un total de veinticuatro fortalezas agrupadas en torno a las virtudes previamente identificadas. Por último, los atributos situacionales (*situational themes*), que vienen definidos como los hábitos o actitudes concretas que llevan a las personas a manifestar una fortaleza determi-

nada en una situación dada. Si bien los propios autores reconocen que este es un concepto aún en construcción del que no se tiene una clasificación exhaustiva, pueden llegar a identificarse cientos de ellos asociados a situaciones tales como el trabajo, el matrimonio, o una actividad deportiva (Peterson y Seligman, 2004). Sin embargo, la aportación fundamental de este enfoque reside en su planteamiento de base: no se trata de destacar las debilidades de la persona, sino de favorecer la concienciación sobre las propias capacidades aplicando y desarrollando las fortalezas; así se reducirán las debilidades como proceso natural del crecimiento y potenciación de las cualidades positivas (Hervás, 2009).

De este modo, la Psicología Positiva trata de poner el análisis del bienestar y de las fortalezas humanas en el punto de mira de la investigación empírica, dejando de lado la conceptualización reduccionista de la psicología como *ciencia de la victimología*. Sin embargo, y pese a la novedad de este enfoque y a su reciente conceptualización como tal, llama la atención la tendencia que ha existido a focalizar su aplicación sobre la población adulta. La búsqueda del bienestar y la felicidad basada en la propia potencialidad se han mostrado como una preocupación casi exclusiva de una etapa del ciclo vital en la que se veían resueltas otras tareas de desarrollo (Diener y Diener, 2009).

La adolescencia por el contrario, considerada no sólo desde el ámbito científico, sino desde el ámbito social, como una etapa turbulenta y dramática, ha estado acompañada por una imagen desfavorable y centrada en el déficit. Oliva y cols. (2010) señalan que incluso la terminología empleada para definir a un adolescente competente, o con buen desarrollo psicológico y comportamental, estaba referida a la negación de vinculaciones con los trastornos o conductas de riesgo asociados a esta etapa. Este vocabulario, fiel reflejo del paradigma predominante centrado en el déficit, dejaba en un segundo plano las consideraciones referidas a las competencias inter e intra personales de los adolescentes, sus expectativas de futuro o sus manifestaciones de optimismo. Sin embargo, frente a esta tendencia por definir el desarrollo positivo de los adolescentes únicamente en términos de ausencia de conductas problema, se pueden distinguir algunos autores que, con la etiqueta de Psicología Positiva o no, han centrado su trabajo en el análisis de las potencialidades de niños y adolescentes (Diener y Diener, 2009).

El desarrollo de las emociones positivas y las fortalezas humanas aporta un nuevo prisma desde el que acercarse al estudio y análisis del desarrollo adolescente. En esta línea ha surgido en los últimos años en EEUU un enfoque que reúne las

iniciativas sociales, programas, y estudios realizados en esta línea: *Positive Youth Development* (PYD). Pese a que algunos autores señalan que este no es un enfoque derivado de la Psicología Positiva (Lerner, 2005), lo cierto es que comparten algunos fundamentos básicos: desde esta óptica, el desarrollo adolescente se concibe como un desarrollo positivo, basado en la competencia y en las fortalezas de los jóvenes, y encaminado a la consecución de una transición hacia la vida adulta de manera, personal y socialmente, satisfactoria (Benson, Scales, Hamilton y Sesman, 2006; Lerner, Almerigi, Theokas y Lerner, 2005; Lerner, 2005; Oliva *et al.*, 2010). Como ya ocurriera con los presupuestos de la Psicología Positiva, una de las dificultades con las que choca en su empeño este enfoque es la definición y medida empírica de los elementos determinantes del desarrollo positivo adolescente (Benson *et al.*, 2006). Quizás una de las primeras evidencias empíricas a este respecto, así como uno de los modelos más completos (Oliva *et al.*, 2010), la ofrece el modelo desarrollado por Lerner *et al.* (2005b) que, en base a metodología de modelos de ecuaciones estructurales, establece una clasificación con cinco factores latentes de primer orden llamados las Cinco Cs del Desarrollo Positivo Adolescente (*the Five Cs of PYD*): Competencia, Confianza, Conexión, Carácter, y Cuidado/Compasión.

En cualquier caso, sea cual fuere la terminología utilizada y el paradigma teórico en el que se enmarquen estos estudios pioneros, lo que parece ineludible es la tendencia que se está experimentando en los últimos años desde el ámbito de la psicología hacia un enfoque más positivo del ser humano, donde se pongan de manifiesto las potencialidades del individuo frente a sus déficits. Esta perspectiva no podía escapar a los estudios realizados en la etapa adolescente en la que la intensidad con la que se viven los acontecimientos y los continuos cambios a nivel físico, social, cognitivo, emocional, etc. determinarán el bienestar y ajuste psicológico de chicos y chicas.

### 1.1.2. El amor como emoción positiva, fortaleza humana y competencia adolescente

Frente a la oportunidad que plantea el análisis de las fortalezas y emociones positivas de los individuos, se erigen las dificultades que este nuevo enfoque supone. Si bien existe una terminología definida y establecida en torno a lo que el enfoque del déficit requiere, no ocurre lo mismo cuando nos referimos a las potencialidades humanas.

No obstante, parece que algunos de los elementos que se perfilan como unidades de análisis emergen como aspectos tan esenciales del desarrollo positivo que, ineludiblemente, se contemplan desde cualquier vertiente interesada por una perspectiva de desarrollo positivo. Este es el caso del amor: sea como emoción positiva, sea como fortaleza humana, sea como competencia adolescente, ha recibido atención desde las diferentes aproximaciones.

Centro de teorías y conceptualizaciones tradicionales, así como de corrientes filosóficas, ideológicas o religiosas, el amor no ha sido, sin embargo, objeto de estudio científico hasta el último tercio del siglo XX cuando se empezaron a desarrollar métodos de estudio y trabajos empíricos que trataban de esclarecer y entender esta emoción (Peterson y Seligman, 2004). La controversia derivada de si el amor puede ser considerado como emoción básica o no (ver Shaver, Morgan y Wu, 1996, para una revisión de la problemática asociada) ha repercutido en la cantidad de estudios centrados en emociones que lo han obviado entre los elementos de análisis. De cualquier modo, y aun sin ser comparable al conocimiento que tenemos de emociones como el miedo, la ira, o la frustración, que se han venido estudiando durante años como emociones básicas (Hervás, 2009), se encuentra evidencia empírica del efecto del amor sobre el bienestar de las personas: en todas las edades y en diferentes culturas, el entusiasmo, el optimismo, el amor, o la inteligencia social, están fuertemente asociados con la satisfacción con la vida (Park, 2004).

El amor, entendido como un estado cognitivo, comportamental y emocional para con los otros, resulta una manifestación de la necesidad de afiliación y apego del ser humano. Social por naturaleza, el individuo tiene una necesidad inherente de conexión o, como Baumeister y Leary (1995) la denominan, una necesidad de pertenencia. Acorde con esto, podría decirse que el amor adopta diferentes formas prototípicas que definen el tipo de relación y conexión que se establece entre las personas: a) el amor hacia aquellos para quienes nuestro bienestar es una prioridad y son nuestra principal fuente de afecto, protección y cuidado; ejemplo de este modelo es el amor hacia los padres; b) el amor por las personas que dependen de nosotros, a quienes protegemos, apoyamos, procuramos su felicidad y bienestar, damos seguridad y confort, aquellos cuyos intereses anteponemos a los propios: es, por ejemplo, la forma de amor hacia los hijos; c) por último, el amor que incluye pasión, deseo por una intimidad y cercanía física, emocional y sexual con alguien especial y que nos hace sentir especiales: prototipo de esta situación es el amor romántico. Los diferentes tipos de relaciones pueden contener más de un tipo de amor, o evolucionar de uno a otro, sin embargo, las relaciones de pareja son las

únicas susceptibles de contener los tres tipos de amor (Peterson y Seligman, 2004), lo que repercute en el efecto positivo de estas para la vida de las personas, siendo que las personas más felices son más sociales que las personas menos felices, y tienen relaciones fuertemente románticas (Diener y Seligman, 2002).

Sternberg (1986) desarrolla una teoría del amor y su papel en las relaciones interpersonales poniendo de manifiesto los elementos que forman parte de este —la pasión, la intimidad y el compromiso—, y su manifestación en las relaciones sentimentales. La pasión se manifiesta con sentimientos de amor intenso, atracción y acercamiento sexual, siendo el elemento que mejor diferencia las relaciones sentimentales de otras relaciones sociales (Connolly y Goldberg, 1999). Durante la adolescencia, los acercamientos físicos y manifestaciones sexuales aumentan en intensidad a medida que aumenta la edad y/o la duración de la relación, comenzando con manifestaciones leves como abrazos, besos o cogerse la mano, y avanzando hacia manifestaciones que implican mayor intimidad entre los protagonistas (Manning, Giordano y Longmore, 2006). Esta intimidad, como segundo componente del amor, se identifica con la comunicación de los sentimientos más íntimos, con el desarrollo de un sentido de honestidad y confianza para con la otra persona y la manifestación de apoyo incondicional. También este elemento se desarrolla a lo largo de la adolescencia, alcanzando su punto máximo hacia el final de esta etapa cuando los chicos y chicas son capaces de responder a las necesidades emocionales de sus parejas y se sienten, igualmente, atendidos (Connolly y Johnson, 1996; Furman y Buhrmester, 1992). Por último, el compromiso, aun siendo uno de los elementos básicos del amor ha sido el menos estudiado respecto a las relaciones adolescentes ya que, tradicionalmente, han sido consideradas relaciones puntuales. Sin embargo, hacia el final de la adolescencia, chicos y chicas definen sus relaciones en términos de seriedad y exclusividad, depositando grandes dosis de confianza en la otra persona así como en la continuidad de la relación (Connolly y Johnson, 1996; Furman y Buhrmester, 1992).

Querer y sentirse querido parece un elemento clave en el bienestar de las personas. Sin embargo, las relaciones románticas no son la única manifestación de esta emoción. En cualquiera de sus manifestaciones, el amor puede ser considerado como emoción positiva, no tanto desde un punto de vista adaptativo, como por la sensación placentera que genera (Hervás, 2009). Y desde esta misma perspectiva, el amor puede encontrarse entre las *fortalezas* definidas por Peterson y Seligman (2004). La virtud de la humanidad recoge aquellas fortalezas interpersonales que incluyen acercamiento y amistad con otros, aquellas que permiten a las personas



desarrollar los lazos y vínculos socioafectivos que facilitarán sensaciones de apoyo, seguridad, cuidado y atención: la fortaleza del amor o intimidad (valorar las relaciones cercanas y profundas con los demás, amar y dejarse amar), la fortaleza de la amabilidad/bondad (hacer favores a los demás, cuidarlos, apoyarles y darle cuidados) y la de la inteligencia social (conocimiento y reconocimiento de los sentimientos propios y ajenos, adaptación a las situaciones sociales en función de ellos) (Giménez, Vázquez y Hervás, 2010; Hervás, 2009).

Peterson y Seligman (2004), en su intento por explicar y desarrollar la teoría que subyace al amor como fortaleza, reconocen que en este campo de estudio la teoría del apego (Bowlby, 1969) ha sido el marco de referencia por excelencia. Se pueden identificar 4 características básicas que diferencian una relación de apego de cualquier otra relación social: la búsqueda de contacto o proximidad con la figura de apego, la consideración de esta como fuente de seguridad o refugio, el estrés o preocupación ante separaciones largas o inesperadas, y la consideración de la figura de apego como anclaje seguro desde que el que explorar o acercarse a lo desconocido. Estas características, integradas como parte del desarrollo, evolucionan a lo largo del tiempo y sufren variaciones en sus manifestaciones en las diferentes etapas del ciclo vital. Uno de los cambios fundamentales a este respecto, es el referido a la propia figura de apego. Estructuradas estas relaciones de forma jerárquica —figura de apego de primer nivel, de segundo nivel, e incluso de tercer nivel— a lo largo de la vida las preferencias o necesidades personales van modulando esta organización: mientras que los padres cubren las primeras necesidades de supervivencia y se convierten —generalmente la madre— en la figura de apego durante la infancia y la adolescencia temprana, durante la adolescencia media y tardía será el grupo de iguales el que tome el relevo de este papel preponderante para que, posteriormente, a partir de la adultez temprana y durante el resto de la trayectoria vital, sea la pareja la que asuma esta posición (Cassidy y Shaver, 2008).

Sobre estas consideraciones cabe prever que los iguales y la pareja toman un gran peso, en cuanto al amor se refiere, durante la adolescencia. En una revisión reciente, Gorrese y Ruggieri (2012) subrayan, no obstante, que existe una alta correlación durante toda la adolescencia entre el apego de la familia y el apego con los iguales, de manera que no existe una verdadera desvinculación de un contexto y una vinculación al otro, sino una ampliación de contextos en los que desarrollar este tipo de vínculo. En este sentido, a medida que el mundo social del adolescente adquiere complejidad, también lo adquiere el vínculo de apego que desarrolla, implicando a compañeros, amigos y pareja (Gorrese y Ruggieri, 2012). Esta revisión ha puesto de manifiesto

la dificultad existente para encontrar resultados homogéneos en cuanto a cómo se desarrolla el apego con los iguales durante este periodo adolescente. Hazan y Shaver (1994), y más recientemente, Cassidy y Shaver (2008) apuntaron que en los primeros años de adolescencia comienza a producirse una transición, una transferencia de funciones de apego desde el ámbito familiar al contexto de los iguales: la búsqueda de contacto o proximidad es el primer aspecto que pasa a referirse al ámbito de los iguales, mientras que el resto de características del apego se mantienen en el ámbito de la familia. Hacia finales de la adolescencia, la mayoría de chicos y chicas atribuyen estas funciones, no tanto al grupo de iguales, como a la pareja. En un estudio realizado a este respecto, encuentran evidencia, no obstante, de que las dos últimas características del apego —el estrés por separación y el anclaje seguro— fluctúan de los padres a la pareja directamente, en función de si tienen este tipo de relación romántica o no, y de la duración de esta relación: aquellos que mantenían una relación romántica de al menos dos años, manifestaban que sus parejas cubrían las cuatro características de una relación de apego de primer nivel, mientras que en caso contrario, la familia seguía cubriendo algunas de estas características (Hazan y Zeifman, 1994). Gorrese y Ruggieri (2012) matizan que el apego con la familia y el apego con los iguales son diferentes y complementarios, de manera que, más que una transferencia de las funciones de apego de un contexto a otro, podría hablarse de una evolución de este vínculo, en ambos contextos, a medida que los chicos y chicas avanzan en edad.

Sea como fuere, parece que los adolescentes también otorgan a esta fortaleza un papel fundamental en la evaluación de su bienestar subjetivo (Park, 2004; Park y Peterson, 2003). La necesidad de querer y sentirse querido, sea apegándose a una u otra figura de apego, resulta fundamental para alcanzar la felicidad. Los jóvenes señalan que el amor —con la familia, amigos y pareja— es uno de los principales aspectos generadores de felicidad (INJUVE, 2007; Montero, 2006). En este sentido, el modelo de desarrollo positivo adolescente configurado por Little (1993), considera como una de las Cs fundamentales la *conexión*, entendida en términos de los vínculos positivos con personas (familia, iguales, compañeros y comunidad) e instituciones que se reflejan en intercambios bidireccionales que contribuyen al desarrollo de la relación (Lerner *et al.*, 2005b; Oliva *et al.*, 2010). Se hace explícito en este modelo uno de los aspectos fundamentales del desarrollo del apego: las relaciones establecidas durante la niñez y la adolescencia temprana, dado que las funciones de cuidado y atención van fundamentalmente desde los adultos hacia los niños, se transforman en vínculos bidireccionales durante la adolescencia media y la juventud, por lo que las necesidades que cubre la figura de apego se convierten a su vez, en motivos para con la otra persona (Mikulincer y Shaver, 2007). Según este modelo, el desarrollo de esta competencia —manifestada,

a su vez, a través de diversos hitos comportamentales y actitudinales— favorecerá la resolución satisfactoria de otras tareas del desarrollo asociadas a la adolescencia y, por ende, contribuirá a un desarrollo positivo (Lerner *et al.*, 2005a). En este sentido, el estudio empírico realizado por Lerner *et al.* (2005b) señala que, las cuatro escalas que identifican como componentes esenciales de esta competencia —conexión con la familia, conexión con los iguales, conexión con el colegio, y conexión con la comunidad— constituyen un elemento significativo del denominado desarrollo positivo adolescente. Si bien estas cuatro escalas conforman un factor latente importante para el modelo de desarrollo global, no funcionan de igual manera: mientras que las escalas referidas a familia, escuela y comunidad presentaban correlaciones significativas entre sí, la escala referida a conexión con los iguales funcionaba de manera independiente. Aunque los autores no señalan si esta escala es referida a los amigos, a las parejas, o a ambos, los resultados parecen evidenciar que, durante la adolescencia, estas relaciones actúan de forma distinta a como lo hacen las demás.

Con todo ello cabe preguntarse qué aportación a nivel de bienestar, felicidad y desarrollo personal positivo tiene este tipo de relaciones durante la adolescencia. Si bien se presenta esta etapa del ciclo vital como un tiempo de transición para los chicos y chicas y, por tanto, un momento de transición también para los vínculos de apego que se establecen, las relaciones sentimentales parecen estar jugando un papel preponderante en cuanto a los aprendizajes sociales y personales que se llevan a cabo en este periodo. Los beneficios que conllevan, tanto en términos de aprendizajes positivos como de inhibición de conductas de riesgo, contribuirían no sólo al bienestar personal a corto plazo sino también, al ajuste psicológico y bienestar subjetivo a medio-largo plazo.

## 1.2. Las relaciones sentimentales desde una perspectiva evolutiva

Los grupos de iguales no son un fenómeno específico de la adolescencia, ni aparecen por primera vez en esta etapa del desarrollo. Somos seres sociales por naturaleza, y la vinculación con el otro nos acompañará a lo largo de la vida. Desde que se produce la entrada en la escuela en los primeros años infantiles hasta alcanzar la adolescencia, niños y niñas, chicos y chicas viven en una exposición continuada al mundo de los iguales. Sin embargo, durante la etapa adolescente se produce un incremento notable de la importancia que se otorga a este contexto y a las relaciones que se establecen en él. Dunphy (1963), seguido por autores como Coleman

y Hendry (1999), han señalado que la participación en el grupo de iguales ayuda a los jóvenes a construir un proceso de autorregulación y de identidad adulta, de manera que estos adolescentes se ven envueltos en una red de relaciones sociales que contempla en un continuo a los mejores amigos, los amigos íntimos, los conocidos, el grupo de iguales y las relaciones románticas (Dunphy, 1963).

### 1.2.1. Del grupo de amigos a las primeras parejas: desarrollo evolutivo

A lo largo de la vida, la filiación es una necesidad que acompaña a la persona. Desde los primeros momentos, el vínculo de apego con una persona cercana se convierte en elemento fundamental del desarrollo (Bowlby, 1969), primero para cubrir las necesidades más básicas de alimentación y cuidados y, después, para cubrir necesidades de apoyo emocional, cuidado, atenciones, afecto, etc. De esta forma, dicho vínculo evoluciona a lo largo del tiempo y sufre variaciones en sus manifestaciones en las diferentes etapas del ciclo vital.

En este sentido, el periodo de la adolescencia supone una etapa de cambios y reestructuración de este vínculo, ampliándolo al mundo de los iguales y de la propia pareja (Gorrese y Ruggieri, 2012), lo que ejercerá, a su vez, una importante influencia en el proceso de desarrollo, tanto en relación a las habilidades sociales como a la comprensión social de los otros. La elección de los amigos, particularmente de las amistades mutuas, implica un proceso de aceptación y elección bidireccional que, a su vez, favorece estas adquisiciones. Sullivan (1953) apunta que una buena relación con un amigo/a íntimo favorece el aprendizaje de valores como la confianza, la igualdad o la cooperación, mientras que, al mismo tiempo, permite experimentar en algún momento de la relación la hostilidad, desatención, insensibilidad o falta de protagonismo. Por otra parte, el grupo de iguales sirve de medida reguladora para el desarrollo de las nuevas experiencias adolescentes: los jóvenes que se retrasan o adelantan demasiado respecto al resto de su grupo son objeto de reprobaciones. No obstante, cada grupo de iguales adolescente sigue su propio curso en función de las características particulares de cada uno de sus miembros y del conjunto de ellos, adaptándose a las preocupaciones que el propio desarrollo les va marcando (Noller, Feeny y Peterson, 2001).

Tomando un papel preponderante en el desarrollo social de los adolescentes, estas relaciones no sólo crecen en cuanto a la importancia que se les concede sino en cuanto a la complejidad que alcanzan (Brown y Larson, 2009). La consecuente

complicación de la red de iguales supone el establecimiento de diversas relaciones de índole diferente en cuanto a las características que las definen, siendo difícil determinar qué variables y en qué medida determinan el avance en el continuo que lleva desde los conocidos, amigos y amigos íntimos, hasta las primeras relaciones sentimentales (Connolly, Craig, Goldberg y Pepler, 1999).

Estas últimas, las relaciones sentimentales adolescentes, resultan sustancialmente diferentes a cualquier otro tipo de relación que se establece durante este periodo. Tradicionalmente consideradas como encuentros puntuales y de poca relevancia, han sido obviadas por la literatura científica durante mucho tiempo (Connolly y McIsaac, 2008). No obstante, durante los últimos años se ha desarrollado una nueva perspectiva que las señala como fuentes de desarrollo de la intimidad, de la identidad sexual, y de la autonomía de los chicos y chicas implicados en ellas, reconociéndoles la importancia que tienen para el ajuste de los adolescentes.

Pese a la complejidad que entrañan, la aparición de estas relaciones podría explicarse desde diversas perspectivas (Collins, Welsh y Furman, 2009). Desde una perspectiva ecológica, se enfatiza el papel del contexto social y cultural: la red de familia y amigos, las creencias religiosas, el contexto étnico-cultural, etc., motivarían a los adolescentes a experimentar en nuevas dinámicas relacionales que se adecuarían a las expectativas de su contexto (Connolly, 2000; Rostosky, Wilcox, Comer-Wright, y Randall, 2004). Dunphy (1963) se interesó particularmente por el rol que juega la composición del grupo en cuanto al sexo de los participantes se refiere — la mera exposición a un grupo mixto promueve la formación de nuevos contactos hasta llegar a convertirse en parejas heterosexuales—, mientras que Connolly *et al.* (2000) apuntaban que tanto el vínculo que se establece con los iguales del mismo sexo, como el que se establece con los de sexo contrario, juegan un importante rol en el desarrollo de estas relaciones: la dinámica relacional que se mantiene con los iguales del mismo sexo y las habilidades relacionales que esto proporciona, son el cimiento para nuevas relaciones de carácter sentimental en los grupos mixtos. Desde la perspectiva interpersonal se matizan estas aportaciones, haciendo especial hincapié en este último aspecto. La natural evolución del modelo de apego lleva a que los adolescentes avancen en las relaciones sociales que se establecen fuera del núcleo familiar. En este sentido, la búsqueda de intimidad, como condición para estrechar los lazos con otra persona, supone una característica fundamental en el avance de las relaciones: los sentimientos y pensamientos íntimos compartidos y el conocimiento íntimo de una persona intensifica las amistades y las hace crecer (Kimmel y Weiner, 1998). Esta dinámica debe ser recíproca ya que la igualdad y correspon-

dencia dentro de una relación social resultan características esperables y deseables por los adolescentes en sus amistades. Fisher y Stricker (1982) ya apuntaban que la intensidad de las amistades adolescentes aumentaba de acuerdo al incremento de intimidad y reciprocidad que sus protagonistas alcanzaban. Por último, desde una perspectiva de la maduración biológica se enfatiza el papel de la construcción de una identidad sexual durante la adolescencia: «los adolescentes pasan de ser amigos a ser el objeto de deseo de sus iguales y sus encuentros se dirigen a mostrar, implícita o explícitamente, el interés y atracción que se siente por el otro» (Ortega-Rivera, Sánchez y Ortega, 2011, p. 212), aludiendo no sólo a su apariencia física o rasgos de personalidad, sino también a la compatibilidad de intereses, habilidades y entendimiento general (Miller y Benson, 1999).

Sobre estas perspectivas diferentes autores han desarrollado teorías para el análisis del proceso de aparición y consolidación de estas relaciones a lo largo de la adolescencia. Desde las teorías clásicas (Dunphy, 1963; Erikson, 1968; Feinstein y Ardon, 1973; Sullivan, 1953) que, si bien no se focalizaban propiamente en el desarrollo de las relaciones sentimentales adolescentes, si las consideraban en el desarrollo general de los chicos y chicas, hasta las teorías más recientes (Brown, 1999; Connolly y Goldberg, 1999; Furman y Wehner, 1997) que han tratado de sistematizar el desarrollo y consolidación de estas relaciones, todas han subrayado el impacto que estas tienen en la vida de sus protagonistas. Mientras Sullivan (1953) y Feinstein y Ardon (1973) apuntaban el papel fundamental que jugaba la expresión de la sexualidad dentro del contexto relacional con los iguales, en términos de su relación con la intimidad y con la búsqueda de intimidad en amigos del sexo contrario, Erikson (1968) priorizaba el desarrollo de la identidad como elemento previo para alcanzar dicha intimidad que, según apuntaba, llegaba hacia los primeros años de la adultez. Dunphy (1963) por su parte, focalizaba su atención en la importancia del grupo de iguales y el rol que este juega en la definición de la identidad de los adolescentes. Su teoría, como después hicieran Feinstein y Ardon (1973), sistematizaba este desarrollo en una serie de fases consecutivas que comenzaban hacia los 13 años, cuando la mayoría de los chicos y chicas pertenecían a un grupo de amigos de su mismo sexo. A medida que se avanzaba en esta segunda década de la vida, estos pequeños grupos comenzaban a unirse entre sí, convirtiéndose en grupos mixtos de mayor tamaño que favorecían el contacto de jóvenes de ambos sexos, y ya hacia el final de la adolescencia, cuando los chicos y chicas estaban terminando el instituto, comenzaban a separarse del grupo de origen las primeras parejas. Este, según el autor, podría ser considerado el principio de una lenta desintegración del grupo de iguales y la aparición de lo que, en algunos casos, se convertirían en parejas adultas.

En esta línea de estadios se desarrollan las teorías más recientes (Brown, 1999; Connolly y Goldberg, 1999; Furman y Wehner, 1997). Si bien cada una de ellas aporta una serie de matices en el análisis de la evolución de estas relaciones, todas se fundamentan en una serie de consideraciones comunes: a) la maduración puberal y la necesidad de iniciación en la satisfacción del deseo sexual de los chicos y chicas ejerce un efecto catalizador en el inicio de las relaciones sentimentales; b) existe una conexión entre el inicio y desarrollo de estas relaciones y el traspaso de la figura de apego de primer nivel, que conlleva una individualización de la familia y una mayor conexión con los iguales; c) la necesidad de madurar en aspectos de identidad, apego, sexualidad y autonomía es un factor motivador para la aparición de las relaciones sentimentales; y d) la participación en estas relaciones sentimentales aumenta la capacidad individual para el establecimiento de relaciones más maduras, permitiendo avanzar paulatinamente en el nivel de desarrollo y consolidación del vínculo amoroso (Connolly y McIsaac, 2009).

Sobre esta base común, Furman y Wehner (1997) fueron los primeros en desarrollar una teoría de estadios para el desarrollo de las relaciones sentimentales adolescentes, propiamente. Sobre la base de una teoría comportamental, sus estadios son el reflejo de cómo las relaciones sentimentales van cubriendo, progresivamente, las necesidades de intimidad, y apoyo y cuidado propias de cualquier relación de apego, añadiendo además, la incipiente necesidad adolescente de construcción de la identidad sexual. Definen así cuatro estadios: el primero, intercambios simples (*simple interchanges*) entre iguales de sexo contrario motivados por el desarrollo puberal; el estadio de citas casuales (*casual dating*) de corta duración que ayudan a cubrir las necesidades de afiliación y apasionamiento propias de la adolescencia temprana y media; las relaciones estables (*stable relationships*) en las que se incluyen, la necesidad de afecto y afiliación, las necesidades de intimidad y sexualidad; por último, las relaciones de compromiso (*committed relationships*), en las que los chicos y chicas, ya en los últimos años de la adolescencia, son capaces de atender a todas las necesidades emocionales de sus parejas. Brown (1999), por su parte, desarrolló un modelo evolutivo-contextual que acentuaba la necesidad de alcanzar una identidad personal para avanzar en una relación sentimental, identificando también cuatro fases de desarrollo: la fase de iniciación (*initiation phase*), en la que son los iguales quienes establecen las normas en cuanto al desarrollo de las relaciones sentimentales, estableciendo los límites de tiempo *permitido* para compartir con el sexo opuesto; la fase de estatus (*status phase*), en la que el establecimiento de estas relaciones sociales supone un reconocimiento en cuanto al estatus social

dentro del grupo; la fase de afectos (*affection phase*), en la que los adolescentes comienzan a ser más abiertos con sus propios afectos y sentimientos, expresando libremente sus necesidades a este respecto e independizándose de los valores establecidos por el grupo; fase de unión (*bonding phase*), en la que se resuelve propiamente la elección de pareja que complementa la propia personalidad, intereses, objetivos, etc.

Por último, Connolly y Goldberg (1999) siguen esta línea de modelo evolutivo contextual y, aunando el objetivo de las teorías anteriores, proponen un modelo de desarrollo de relaciones sentimentales que contempla cuatro estadios en base, por un lado, al desarrollo de la intimidad y apoyo descrito por Furman y Wehner (1997) y, por otro, al desarrollo de la propia identidad propuesto por Brown (1999). Además, el contexto de las relaciones sentimentales se presenta como el contexto propicio para alcanzar y desarrollar estas necesidades, ya que el desarrollo puberal y las necesidades de identidad sexual que esta conlleva, lleva a los adolescentes a desestimar el contexto familiar y de los iguales como contextos potenciales para el desarrollo de sus necesidades de intimidad e identidad (Connolly y McIsaac, 2011). Los estadios descritos desde esta teoría son: 1) el apasionamiento inicial (*initial infatuation stage*) en el que la atracción física y la pasión son las notas características y las atenciones y atracciones están dirigidas a una persona concreta, siendo, frecuentemente, acompañadas por cualquier tipo de interacción o búsqueda de intimidad; 2) el estadio de las relaciones románticas de afiliación (*affiliative romantic relationships stage*), en el que se inician las primeras citas en el contexto del grupo de iguales y los primeros contactos sociales con parejas sentimentales, estando ahora las necesidades pasionales adolescentes acompañadas por motivos de afiliación que promueven la búsqueda de la compañía de la pareja sentimental en la misma medida que de los amigos; 3) las relaciones románticas íntimas (*intimated romantic relationships stage*), en el que la confianza y experiencia desarrollada respecto a las relaciones románticas favorece la posibilidad de intimidad, expresada a través de cercanía emocional, participación compartida y apoyo, e iniciándose la transición hacia la diada relacional como pareja sentimental propiamente; y 4) el estadio de las relaciones románticas de compromiso (*committed romantic relationships stage*), asociado con el final de la adolescencia o los primeros años de la juventud, en el que la aparición del compromiso se une al concepto de relación duradera, en la que existe una decisión consciente de mantenerla permanentemente, uniéndose así este compromiso a la pasión, afiliación e intimidad como motivaciones y características definitorias de las relaciones sentimentales.



Lejos de establecer un patrón común, estas teorías configuran un modelo evolutivo para las relaciones sentimentales adolescentes que, en muchas ocasiones, los propios implicados en el proceso son incapaces de identificar. Motivados por una u otra razón, los adolescentes participan de este nuevo tipo de relación social y evolucionan a la vez que evolucionan sus propias relaciones; y quizás para comprender estas relaciones en evolución, más importante que el situarlas en uno u otro estadio sea el entender el significado que tienen para los adolescentes en sus diferentes momentos y las expectativas que estos depositan en ellas.

### 1.2.2. El desarrollo de la pareja: hacia la búsqueda de intimidad y compromiso

Definir las relaciones sentimentales y los patrones que se establecen en ellas de forma unánime sería una tarea cargada de matices, ya que la mayoría de los estudios realizados en este sentido terminan por afirmar que la prevalencia y las características de las relaciones sentimentales varían considerablemente de unas a otras (Carver, Joyner y Udry, 2003). Las características personales de los implicados inciden sobremanera en esta variabilidad, como lo harían en la definición de cualquier relación social, pero hay dos aspectos que resultan ineludibles cuando se trata de hacer un boceto de estas relaciones sentimentales: de un lado, el análisis del momento de desarrollo en el que se encuentren, como se acaba de señalar; de otro, la importancia de la consideración del contexto histórico cultural en el que se desarrollan.

Respecto a esto último, se debe considerar que las relaciones sociales en general, y las sentimentales en particular, están generalmente muy influenciadas por factores históricos. Los adolescentes aprenden a relacionarse dentro de una cultura, asumiendo las normas socialmente aceptadas y rechazando aquellas formas que no están bien vistas dentro de su comunidad; la cultura y tradición determinan el sentido y significado de las relaciones sentimentales y, como resultado, modelan el comportamiento de los chicos y chicas implicados en ellas (Brown, Larson y Saraswathi, 2002; Ngora, 2008; Seiffge-Krenke, 2008). Seiffge-Krenke (2008) apunta que los valores y objetivos que mueven estas relaciones varían en las distintas culturas, de forma que la individualidad, la libertad y la posibilidad de elección son prioritarias para los estadounidenses, la idealización del amor romántico tiene una larga tradición en los países europeos, los orientales priorizan el bien del grupo por encima de la elección o libertad personal, y la espiritualidad y una familia

extensa son fundamentales para las culturas africanas. No obstante, es posible aunar las aportaciones realizadas por diversos estudios occidentales que consideran pautas socio-culturales equiparables a las propias, apuntando un esbozo de las características principales de este tipo de relaciones.

El segundo de los aspectos a considerar se refiere al estadio evolutivo de la relación. Pese a los matices que incorporan cada una de las diferentes teorías presentadas, bajo esta diversidad de estadios es posible establecer tres grandes momentos evolutivos, comunes a todas, por los que se pasa hasta el desarrollo de las relaciones sentimentales propiamente dichas: el primero corresponde a la entrada o iniciación en este nuevo tipo de relación social, el segundo a la exploración y experimentación de lo que suponen las relaciones sentimentales, y el tercero corresponde a la consolidación de la relación y culmina con el establecimiento propiamente de la díada como contexto de relación (Connolly y McIsaac, 2009; 2011).

Si bien estos momentos están fuertemente marcados por la edad de los chicos y chicas, diferentes autores han señalado a este respecto que el significado que los adolescentes otorgan a estas relaciones está por encima del momento evolutivo en el que se encuentran (Collins, 2003; Sternberg, 1986; 1987). En esta línea, Collins (2003) desarrolla una teoría explicativa multifactorial y contextualizada en la que, asumiendo como elementos moduladores las diferencias individuales, la edad de los implicados y el propio contexto histórico-cultural, establece cinco grandes áreas que determinan y explican el desarrollo evolutivo de las relaciones sentimentales: la implicación en la relación, la elección de la pareja, las actividades compartidas o evitadas, la calidad de la relación y los procesos cognitivos/emocionales de los implicados. La implicación (*involvement*), entendida en términos de la edad de comienzo en la experiencia sentimental así como de la frecuencia, duración y consistencia de las parejas, ha demostrado ser uno de los mejores indicadores correlacionales con el funcionamiento personal de los jóvenes en sus relaciones de pareja. Estrechamente ligado a esto se encuentra la elección que se haya hecho de la pareja (*partner selection*), ya que las características de identidad de la persona elegida inciden en el impacto de la relación sobre la persona que elige, así como en la disponibilidad y apetencia de esta hacia compartir actividades, tiempo libre, etc. (*content*) con el otro miembro de la díada. La compatibilidad y semejanza en cuanto a caracteres facilitará el alcanzar acuerdos comunes en cuanto a la deseabilidad de actividades o a la evitación de éstas. El proceso de negociación de estos aspectos será uno de los elementos que incida en la calidad percibida respecto a estas relaciones (*quality*). Esta resulta tan significativa en sus

manifestaciones positivas, en términos de intimidad, afecto, cuidado, etc. como en la ausencia o evitación de interacciones negativas como irritación, conflictos, actitudes de control, etc. Todo ello, lejos de ser comportamientos automatizados o espontáneos, requiere de la puesta en marcha de diferentes procesos cognitivos y emocionales (*cognitive and emotional processes*) que subyacen al proceso mismo de desarrollo de la relación: de manera más o menos consciente, los adolescentes van formándose una serie de expectativas, percepciones o atribuciones sobre sí mismos en el contexto de diada, sobre el otro miembro de la pareja y sobre la pareja como contexto diferenciado con su propia dinámica de relación (Collins, 2003; Collins *et al.*, 2009).

Estos elementos, presentes en mayor o menor medida en cada uno de los momentos evolutivos de la relación, permiten dotar de significado cada uno de los estadios. Así, aun asumiendo que las relaciones sentimentales están motivadas por la atracción física o sexual además de por ciertas necesidades sociales y emocionales, no todas estas motivaciones surgen al mismo tiempo: mientras que la pasión es una de las primeras en aparecer, la necesidad de intimidad y confianza surgen progresivamente, apareciendo más tarde como rasgo característico de la relación (Sternberg, 1987).

En este sentido, cabría suponer que muchos de los elementos propuestos por Collins (2003) estarían ausentes o levemente presentes en los primeros momentos de las relaciones sentimentales. Los datos han señalado que al inicio de la adolescencia, aproximadamente el 80 % de los chicos y chicas participan de actividades sociales con compañeros de ambos sexos que les permiten iniciarse en contactos sentimentales, siendo que estos resultan posibles y aceptados por el grupo de iguales, pero no forzados (Connolly, Craig, Goldberg y Pepler, 2004). Las amistades en grupos mixtos aumentan durante la adolescencia, y las primeras relaciones románticas y acercamientos sexuales acompañan al desarrollo puberal que se produce en estos años (Carver *et al.*, 2003; Collins, 2003; Friedlander, Connolly, Pepler y Craig, 2007), aunque aún no adquieren identidad de relación propiamente. Aunque se han señalado algunas diferencias en función del sexo —siendo ellas quienes muestran experiencias más tempranas—, las diferencias se han asociado a la normal madurez biológica alcanzada por ambos sexos en edades distintas, haciéndose menos patentes a medida que se avanza en la adolescencia (Carver *et al.*, 2003). Esta misma diferencia en cuanto a la madurez se ha relacionado con la elección de pareja, el elemento eminentemente presente en este momento de las relaciones. Si bien Collins (2003) planteaba serias dificultades para su estudio —una vez consolidada la pareja

resultaba difícil determinar qué elementos habían dirigido dicha elección— algunos autores han señalado que los chicos más jóvenes preferían parejas mayores que ellos, mientras que los más mayores las preferían más jóvenes; las chicas generalmente preferían parejas mayores que ellas (Carver *et al.*, 2003).

Estos encuentros en grupos mixtos pueden dar lugar a dos tipos de relaciones, alcanzando así el segundo momento evolutivo asociado generalmente a la adolescencia media (Connolly y McIsaac, 2009; 2011). Por un lado, las citas informales o casuales, propuestas por Furman y Wehner (1997), en las que cristaliza una atracción bidireccional entre los implicados. Caracterizadas por ser cortas y relativamente frecuentes, suponen un primer acercamiento a este tipo de relaciones y dan cuerpo al estereotipo de parejas adolescentes que se ha mantenido tradicionalmente y que las configuraba como relaciones frecuentes pero puntuales y de poco compromiso (Collins, 2003). No obstante, la concepción sobre la estabilidad o inestabilidad de estas primeras relaciones sentimentales ha sido fruto de cambios recientes: actualmente se tiende a pensar que muchas de las relaciones que se inician en este periodo tienden a consolidarse a lo largo del tiempo y que presentan buenos niveles satisfacción, comunicación y expectativas positivas sobre la continuación de la relación (Sánchez, Ortega-Rivera, Ortega y Viejo, 2008; Carver *et al.*, 2003). Esta visión actual está más próxima a un segundo tipo de citas, las citas en grupo, que responderían a la propuesta de Connolly y Goldberg (1999) en cuanto al desarrollo de las primeras relaciones sentimentales dentro del grupo de iguales de referencia. En este sentido, el papel que las relaciones juegan para la configuración de la propia identidad y autoestima alcanza uno de sus puntos álgidos, ya que refuerzan el estatus social dentro del grupo y el concepto que los adolescentes tienen de sí mismos en cuanto a éxitos y fracasos con el otro sexo (Furman y Shaffer, 2003).

Durante este periodo se desarrollan dos elementos fundamentales tanto para el desarrollo personal de los chicos y chicas implicados en la relación, como para la dinámica de relación misma: las emociones románticas asociadas a la relación sentimental, y las variables que determinarán la calidad de la pareja.

Las emociones románticas surgidas de este tipo de relaciones se caracterizan por la intensidad que suponen. Positivas o negativas, estas emociones parecen alterar el estado de conciencia de los adolescentes hasta tal punto que, como Larson, Clore y Wood (1999) apuntan, numerosos investigadores han descrito el enamoramiento como un estado de drogadicción que afecta a la atención, aumenta la agudeza sensorial y crea una sensación de intoxicación. Centrando la atención

sobre las emociones positivas, si bien son capaces de afectar a la atención y reducir la percepción de la realidad, nublar un juicio objetivo y bloquear la capacidad de planificación racional (Larson *et al.*, 1999), también tienen efectos beneficiosos sobre otros aspectos del pensamiento y la resolución de problemas. Los adolescentes enamorados son capaces de pensar más rápidamente y con mayor apertura de mente, responden de forma más altruista hacia los demás (Isen, 1987), presentan mayor tolerancia hacia situaciones desagradables (Carlson y Master, 1986) y mayor perseverancia bajo ciertas condiciones adversas (Clore, Schwarz y Conway, 1994). Por su parte, las emociones negativas, generadas durante o después de la relación sentimental han suscitado mayor preocupación, con datos que apuntan que episodios de celos, ira, nostalgia, y dolor son casi inevitables, y que las personas en un estado de infelicidad, aunque son más sistemáticos en cuanto a sus pensamientos, tienden a fijarse más en los detalles y a sobreestimar la probabilidad de obtener resultados negativos, pudiendo desembocar, en los casos más extremos, en situaciones de depresión, suicidio o violencia interpersonal (Larson *et al.*, 1999).

Respecto a los indicadores o predictores de la calidad y la satisfacción con la pareja sentimental, conviene no olvidar que aunque estos están presentes de diversa forma en casi cualquier tipo de relación social, resultan especialmente relevantes en las relaciones sentimentales. El apego, por ejemplo, como primer vínculo que se establece y que permite la sintonía emocional, social y cognitiva con la persona con quien se establece, constituye un punto fundamental en estas relaciones, ejerciendo una influencia significativa en cuanto al proceso normativo relacional seguido en la pareja así como en el origen de las diferencias individuales en referencia a actitudes y comportamientos. La intimidad, componente emocional de las relaciones sentimentales, se refiere a los sentimientos de cercanía y de conexión. Entendida en sus diversas manifestaciones (afectividad, cohesión, expresividad emocional,...) se expresa de una u otra forma en función del estadio de desarrollo de cada uno de los miembros y de la pareja como tal. La comunicación, sin la que no es posible concebir una relación social, toma una importancia crucial en la definición de significados compartidos, de expresión de cariño y afecto, de toma de decisiones y de resolución de conflictos. Es este, el conflicto, otro punto ineludible. Si lo consideramos como un desacuerdo o una diferencia de opinión, es una consecuencia casi inevitable en cualquier relación social que puede desembocar en un desequilibrio de poder entre los miembros de la pareja, o que puede estar motivada en numerosas ocasiones por un desequilibrio de poder o control dentro de la relación: si la balanza del poder se desequilibra y uno de los implicados en la relación quiere imponerse frente al otro, el conflicto suele ser el resultado (Noller, Feeney y Peterson, 2001).

Con la evolución de estos elementos, se llega al tercer estadio de desarrollo de las relaciones sentimentales, las relaciones de compromiso. A este punto, las parejas sentimentales se han convertido en fuertes vínculos emocionales y afectivos, con una dinámica de relación propia y establecida que les permite separarse del grupo de iguales de referencia y constituirse en díada (Kutter y La Greca, 2004). Los chicos y chicas definen las relaciones en este estadio como vínculos serios, marcados por la exclusividad y altos niveles en cuanto a compañía y apoyo emocional (Connolly y Johnson, 1996; Furman y Buhrmester, 1992).

Este proceso evolutivo pone de relieve la importancia que estas relaciones tienen para los adolescentes, no sólo en términos de su implicación en ellas, sino del significado que estas adquieren y el impacto que tienen en el desarrollo de los chicos y chicas. Dado que la primera cita se produce hacia los 14-15 años y que al inicio de la adolescencia sólo un 25 % de los jóvenes afirma tener o haber tenido una relación de pareja, aproximadamente el 75 % de los chicos y chicas han tenido al menos una pareja sentimental al llegar a la adolescencia tardía (Furman y Wehner, 1997; Connolly *et al.*, 2000; Collins, 2003; Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007b; Menesini y Nocentini, 2008; Sánchez *et al.*, 2008). Si bien estas relaciones no están exentas de riesgos, no se debe pasar por alto el rol que juegan en cuanto al desarrollo individual de los adolescentes, cumpliendo con funciones de divertimento, descanso y relax, socialización en el mundo de las relaciones de pareja, logro de estatus, aprendizaje de roles fundamentales en cuanto a relaciones maritales, valoración de la compatibilidad con otro y provisión de un contexto para la afectividad y experiencia sexual (Sarantakos, 1992; Noller *et al.*, 2001).

### 1.2.3. Las relaciones sentimentales adolescentes y el desarrollo personal

Diener *et al.* (1999) ya señalaban que entre los elementos demográficos básicos que podrían incidir en el bienestar general de las personas, el estado civil mostraba un patrón diferencial. Por encima de la edad, el sexo o el nivel económico, las personas con pareja presentaban mayores niveles de felicidad que aquellas solteras o separadas. La adolescencia no es una excepción en este sentido: la pareja adolescente respecto a quienes no tienen experiencias sentimentales son comparables a los beneficios que aporta el matrimonio en la edad adulta frente a la soltería: aquellos chicos y chicas que tienen una experiencia sentimental

tienen menos riesgos de problemas mentales y sobrepeso —aunque no existen diferencias en cuanto a los problemas de salud física—, y participan en menor medida en conductas de riesgo (Braithwaite, Delevi y Fincham, 2010). De este modo, las relaciones sentimentales durante la adolescencia toman una importancia central en la vida de los chicos y chicas, siendo fuente de fuertes emociones e implicaciones para la salud, ajuste psicológico y bienestar general (Bouchey y Furman, 2003; Grover y Nangle, 2007). Comparadas con las amistades con personas del mismo sexo y del sexo contrario, las relaciones sentimentales han demostrado ser las que más intimidad, confianza y compañía aportan (Shaffer y Furman, 2009).

Distintos estudios han apuntado la importancia que este tipo de relación social emergente tiene para el desarrollo de diversas habilidades y estrategias relacionales: las experiencias sentimentales adolescentes están asociadas con mayores índices de aceptación social, competencia relacional con amigos y compañeros, y competencia romántica (Furman, Low y Ho, 2009), así como con el desarrollo y gestión de emociones como el afecto o la intimidad, la afirmación del estatus social, la experimentación de roles sexistas, o los primeros acercamientos sexuales (Furman y Wehner, 1997; Ortega-Rivera *et al.*, 2011); todo ello contribuiría al desarrollo del ámbito social adolescente y a la propia realización personal (Shaffer y Furman, 2009) con la consecuente repercusión en el desarrollo positivo. Contribuyen, además, al desarrollo de variables personales ligadas al bienestar personal, como el logro de la identidad o el ajuste psicológico (Bouchey, 2007; Braithwaite *et al.*, 2010; Shaffer y Furman, 2009; entre otros), de forma que los chicos y chicas con una relación de pareja han señalado mejores índices en su autoconcepto, ligado a una mayor satisfacción general, respecto de aquellos que no tenían experiencia sentimental (Campbell, Sedikides y Bosson, 1994).

De manera análoga, los adolescentes que no han tenido este tipo de experiencias sentimentales, o que las tienen de forma muy esporádica, pese a tener un desapego más lento del grupo de iguales con el que cubrir sus necesidades de amor hasta edades más tardías (Hazan y Shaver, 1994; Lerner *et al.*, 2005b), han señalado una merma en cuanto a sus habilidades relacionales, tasas más altas de aislamiento y retraimiento social, y problemas disfuncionales en sus relaciones sentimentales adultas (Collins y Sroufe, 1999; Nangle y Hasen, 1998). Igualmente, han sido asociados a un menor desarrollo de la identidad personal y una menor autonomía o desvinculación emocional de sus padres respecto a aquellos que mantenían una relación sentimental (Martínez, 1997).

Algunos autores, matizando estas aportaciones, han señalado que la evolución de las relaciones sentimentales en el continuo que va desde las primeras citas en grupos mixtos, hasta la formación propiamente dicha de parejas (Connolly *et al.*, 2004), incide en sus protagonistas, de modo que no sólo el hecho de tener pareja podría estar influyendo en el bienestar general de sus protagonistas, sino que el estadio en el que se encuentra la relación, y la implicación que esta supone, podría estar incidiendo en los resultados (Furman *et al.*, 2009). De forma análoga, otros estudios han señalado que el enriquecimiento que estas relaciones sentimentales supone para los adolescentes no residiría tanto en la dicotomía de tener o no tener pareja, sino en la calidad de la relación de pareja que se mantenga (Grove y Nangle, 2007; Yela, 2012). Aquellos adolescentes que disfrutaran de relaciones sentimentales satisfactorias, con niveles de calidad percibidos como adecuados, aportarían mayores dosis de humor positivo a la relación y mejorarían su percepción general de bienestar personal (Butzer y Kuiper, 2008), mientras que aquellos cuya relación de pareja les reporta una baja satisfacción, estarían más próximos a conductas depresivas, ansiedad, dificultades académicas, etc. (Davila, Steinberg, Kachadourian, Cobb y Fincham, 2004; La Greca y Harrison, 2005).

Por otro lado, algunos estudios han señalado una cara más negativa de este tipo de relación social, apuntando que las interacciones románticas podrían relacionarse también con variables desfavorables para el bienestar general, estando vinculadas a conductas ansiosas y depresivas, límites en la autonomía, comportamientos agresivos y/o delictivos, etc. (Joyner y Udry, 2000; Neeman, Hubbard y Masten, 1995; Shaffer y Furman, 2009). La edad de los protagonistas ha sido una variable moduladora en este sentido, fuertemente ligada a la construcción de la identidad de los chicos y chicas adolescentes: el desarrollo de la pareja conlleva el desarrollo de la intimidad con otra persona y esto, a su vez, supone hacer partícipe al otro de las propias carencias, debilidades o limitaciones personales, una tarea difícil cuando la identidad no está sólidamente construida y puede verse mermada y/o modificada por las valoraciones de otra persona (Hatfield, Schmitz, Cornelius y Rapson, 1988; Martínez, 1997). Compian, Gowen y Hayward (2004), con una muestra de chicas de entre 10 y 13 años, señalaban que el grado de implicación en la relación de pareja se relacionaba con mayores índices de conductas depresivas, incidiendo además el grado de desarrollo puberal alcanzado por estas chicas ya que repercutía en la satisfacción con su imagen física. Furman y Shomaker (2008), por su parte, han argumentado que el marco de relación social que la pareja ofrece sería, además, un contexto favorable para el desarrollo de determinadas conductas problema, dado que en este contexto se producen un mayor número de interac-



ciones negativas que en el contexto de los iguales o incluso, en el de los amigos íntimos. En una de sus manifestaciones límite, estas conductas podrían derivar en comportamientos agresivos en el interior de las parejas (Wolfe y Feiring, 2000), aspecto al que se le dedica un análisis exhaustivo en el próximo capítulo. Las conductas violentas dentro del contexto de pareja adolescente se han asociado, de forma diferente para chicos y chicas, con variables de estrés, ansiedad, depresión, etc. y con menores índices de satisfacción general con la vida (Callahan, Tolman y Saunders, 2003).

No obstante, Furman *et al.* (2009) ya apuntaban que es difícil determinar con total claridad los efectos que estas relaciones tienen sobre el ajuste y bienestar de los adolescentes, ya que la mayoría de los estudios desarrollados hasta el momento no controlan otro tipo de variables como las propias características personales de los implicados. Esta consideración podría estar en la base de las controversias que se presentan respecto a algunas variables asociadas, ya que estas relaciones y las notas que las caracterizan van a estar influidas por la naturaleza de sus protagonistas, esto es, por su madurez y desarrollo biológico, cognitivo, emocional, etc., de la misma manera que estas relaciones van a influir en el desarrollo global del adolescente (Hinde, 1981) y, por ende, en su bienestar general. Por tanto, los resultados apuntados deben ser considerados desde esta óptica siendo, en cualquier caso, examinados con cautela y conocedores de que estas u otras variables extrañas podrían estar sesgando en mayor o menor medida los datos obtenidos.



## La otra cara de la moneda: violencia en las parejas adolescentes



## La otra cara de la moneda: violencia en las parejas adolescentes

**S**i bien las relaciones sentimentales durante la adolescencia pueden resultar fuente fundamental de aprendizajes sociales y de pautas relacionales, el carácter incipiente de estas y la falta de pericia por parte de sus protagonistas pueden conducirlos a situaciones de riesgo.

Siguiendo a Ortega-Rivera *et al.* (2011), el proceso comunicativo que permite el inicio y establecimiento de estas relaciones resulta un trámite delicado pero, a su vez, perfectamente reconocible por quienes deciden iniciarse en el proceloso mundo de las parejas. Diferentes variables median, no obstante, no sólo las estrategias y formas de llevar a cabo este proceso de acercamiento sino también la significación que cada uno de los miembros de la díada otorga a las señales del otro. Estos autores remiten a los estudios observacionales de Pellegrini (2001) para señalar que los chicos y chicas utilizan, al inicio de la adolescencia, formas diferentes de acercamiento al sexo opuesto: mientras ellos prefieren formas físicas más rudas, como empujones, agarrones, etc. ellas utilizan formas verbales como insultos o bromas irónicas. Sin embargo, pese al halo de agresividad que envuelve a unas y otras tácticas, parece que estas son bien recibidas por el sexo contrario que las valora de forma positiva y las entiende como una demostración de interés para/con el otro. Si bien, las diferencias individuales establecen un importante punto de inflexión: situados en esa fina línea que separa un empujón de ser un comportamiento agresivo a ser un intento de acercamiento erótico-sentimental, los intereses, emociones, y sentimientos personales serán los que marquen la significación otorgada (Lacasse, Purdy y Mendelson, 2003).

En este proceso de negociación de intereses e interpretación de deseos del otro, donde la ambigüedad resulta una pieza clave, es donde el cortejo corre el riesgo de convertirse en algo molesto o incluso violento (Ortega-Rivera *et al.*, 2011). Una serie de comportamientos desagradables interpretados, no siempre, como comportamientos agresivos sino como intentos de acercamiento y muestras explícitas de interés, pueden estar en la base de la dinámica relacional que se establezca entre estas primeras parejas. Del mismo modo, las creencias que se tengan sobre el amor y la vinculación afectiva que supone la pareja incidirán en el mantenimiento o disolución de estas relaciones sentimentales. El mito de la «media naranja», el del amor lo puede todo, el de la pasión eterna, el de los celos como prueba de amor o el de la equivalencia del amor y el enamoramiento, entre otros (Yéla, 2003; Ferrer, Bosh, Navarro, Ramis y García-Buades, 2008), son creencias fuertemente arraigadas y con gran aceptación social que llevarán a los inexpertos adolescentes a no identificar la barrera entre un cortejo torpe y el inicio de situaciones más o menos violentas dentro de sus parejas, así como a justificar o interpretar de manera distorsionada determinadas conductas agresivas.

Esta dinámica erótico-agresiva que se establece en el inicio y a la que Ortega *et al.* (2008; 2011) han denominado *dirty dating*, junto con el conjunto de creencias y características personales y contextuales en las que se desarrolle la pareja, podrían estar en la base explicativa de las conductas violentas que, a veces, suceden en el seno de estas incipientes relaciones sentimentales y que la literatura internacional ha denominado *dating violence*. El presente capítulo abordará las consideraciones teóricas y metodológicas que giran en torno a este concepto de estudio, considerando las dificultades con las que ha chocado la investigación focalizada en el tópico y delimitando conceptualmente el objeto de estudio. Posteriormente el centro de atención se dirigirá hacia el análisis de la violencia física en el seno de estas incipientes parejas, profundizando en su descripción, características y variables asociadas —sean como factores de riesgo, sean como consecuencias—, permitiendo así una revisión de los tradicionales marcos explicativos del fenómeno y un acercamiento a las nuevas teorías multicausales que aportan una explicación contextual e integral de este.

## 2.1. Violencia en las relaciones sentimentales adolescentes: consideraciones teóricas y metodológicas

Tradicionalmente, el estudio de la violencia en las relaciones de pareja se ha centrado en el ámbito marital o de parejas adultas establecidas (conocido como violencia de género o violencia contra la mujer en el ámbito familiar), contándose, actualmente, con una gran cantidad de datos al respecto (ver García-Moreno, 2000; Observatorio de Salud de la Mujer, 2009; Tjaden y Thoennes, 2000). Algunos autores han señalado la relación y similitud que existe entre esta violencia y la que se produce en etapas anteriores, en fases menos establecidas de la pareja (Cáceres y Cáceres, 2006; González y Santana, 2001; Rivera-Rivera, Allen, Rodríguez-Ortega, Chávez-Ayala y Lazcano-Ponce, 2006; Matud, 2007), aportando datos que afirman que la violencia durante el noviazgo es comparable a la violencia marital en cuanto a sus índices de prevalencia (Makepeace, 1981), en cuanto a sus factores de riesgo (Follingstad, Bradley, Laughlin y Burke, 1999; Lewis y Fremow, 2001; Shorey, Cornelius y Bell, 2008) o en cuanto a las características de la pareja —tiempo, comunicación o expresión emocional compartida— en la que se produce (Carlson, 1987).

Actualmente, sin embargo, la hipótesis que establece la violencia en las primeras relaciones como el inicio o antecedente de la violencia de género no ha podido ser demostrada de forma inequívoca, de manera que algunos autores subrayan que no todos los implicados en violencia en sus parejas adolescentes utilizan la violencia en sus parejas adultas, ni todos los que la usan en las relaciones maritales o parejas establecidas lo hicieron también durante su adolescencia (Follingstad *et al.*, 1999; O'Leary y Smith-Slep, 2003). De este modo, apuntan, la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes es un fenómeno en sí mismo que, no obstante, puede actuar como factor de riesgo para la violencia marital, quedando la importancia de su estudio justificada por tres motivos principales (Riggs, O'Leary y Breslin, 1990): primero, como se ha mencionado, porque, pese a todo, los informes retrospectivos de mujeres maltratadas apuntan que, generalmente, se habían producido comportamientos violentos leves durante las primeras fases de la relación, siendo por tanto, factor de riesgo para la violencia marital; segundo, porque la comprensión general de la violencia en pareja podría pasar por la comprensión de la violencia en los inicios de este tipo de relación sentimental; y tercero, porque durante esta etapa del ciclo vital y dada la intensidad con la que se viven las experiencias sentimentales, la aparición de fenómenos de violencia puede llegar a tener graves consecuencias para la salud física y emocional en los implicados en ella.

No obstante, esta es aún una línea de investigación en desarrollo en muchos países, entre ellos, España (Amurrio, Larrinaga, Usategui y Del Valle, 2010; González y Santana, 2001; Medina-Ariza y Barberet, 2003; Muñoz-Rivas, Andreu, Graña, O'Leary y González, 2007; Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007; Muñoz-Rivas, Gámez-Guadix, Graña y Fernández, 2010; Ortega *et al.*, 2008; Sánchez *et al.*, 2008). En los últimos años, la literatura nacional e internacional desarrollada al respecto viene arrojando luz en este campo de conocimiento no exenta, sin embargo, de controversias que dejan patentes las dificultades teóricas y metodológicas que envuelven este fenómeno.

### 2.2.1. Consideraciones metodológicas: cómo abordar el fenómeno

Como apuntan Ortega y Sánchez (2011), tradicionalmente, los estudios referidos a la violencia que se produce en el interior de las parejas se han concentrado de manera casi exclusiva en el ámbito marital. Cuando la literatura científica comienza a interesarse por las parejas más jóvenes, la vinculación con estos estudios resultaba automática (Cáceres y Cáceres, 2006; Matud, 2007; Shorey *et al.*, 2008; entre otros), considerando que la violencia en parejas adolescentes era el mismo fenómeno, o al menos, un fenómeno afín, a la violencia en el ámbito marital. De este modo, el legado en cuanto a hipótesis de resultados y formas metodológicas de abordaje de la problemática en parejas adultas se ha transferido de manera casi directa al estudio de las parejas más incipientes.

Algunos autores, sin embargo, subrayaron la necesidad de realizar estudios comprensivos y dirigidos explícitamente a este fenómeno, puesto que la dinámica que se establece entre parejas adultas establecidas no es la misma que la dinámica novio-novia en parejas jóvenes. La conceptualización de este constructo como elemento de análisis en sí mismo ha supuesto para la investigación un proceso de depuración teórica y metodológica no exento de dificultades y controversias: problemas de definición, delimitación de la población de estudio, instrumentación y método de estudio utilizado, etc. (Cáceres y Cáceres, 2006). Esta problemática ha provocado que los datos no sean homogéneos y que exista una gran variación entre los estudios que se han desarrollado, poniéndose de manifiesto la necesidad de una sistematización del fenómeno que, si bien no restrinja su naturaleza sistémica y global, favorezca el estudio detallado y exhaustivo de este.

La definición del constructo ha sido el primer obstáculo de la investigación. Conocido en la literatura internacional como *dating violence* o *dating aggression* (Feiring,



Simon y Cleland, 2009; Hickman, Jaycox y Aronoff, 2004; Jackson, 1999; Lewis y Fremouw, 2001; O'Leary y Smith-Slep, 2003; Shorey, Febres, Brasfield y Stuart, 2012) ha sido difícilmente traducido en la literatura nacional, que ha optado por utilizar términos como *violencia/agresividad en las relaciones de noviazgo, en las relaciones de cortejo, en las relaciones de pareja, en las relaciones sentimentales adolescentes,...* (Garrido-Genovés y Casas-Tello, 2009; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007a; 2007b; 2010; Ortega *et al.*, 2008; entre otros). No obstante, algunos trabajos han aludido a la naturaleza misma de este constructo para usar una u otra etiqueta: algunos estudios se centran en una definición comportamental del problema, mientras que otros también tienen en cuenta las consecuencias para la víctima y la intencionalidad del agresor (Menesini y Nocentini, 2008). El matiz que esta perspectiva conlleva puede ser identificado a través del uso diferenciado de los términos *violencia* y *agresión* entre parejas: pese a que en la literatura ambos significantes se usan de manera indistinta, la agresión comprende el acto en sí mismo, mientras que la violencia incorpora, además, las consecuencias del acto agresivo (Jackson, 1999; Archer, 2000).

La controversia en cuanto al significante se extiende de igual manera al significado de este, resultando un concepto que abarca aspectos como amenazas, agresiones físicas, abusos sexuales, agresiones verbales, etc. (ver Lewis y Fremouw, 2001; Sebastián, Ortiz, Gil, Gutiérrez del Arroyo, Hernáiz y Hernandez, 2010; para revisión), de modo que la amplitud y diversidad de actuaciones violentas objeto de estudio es uno de los parámetros que más difiere de un trabajo a otro. Encontramos estudios que sólo se refieren a la violencia física (Capaldi y Owen, 2001; Connolly, Nocentini, Menesini, Pepler, Craig y Williams, 2010; Nocentini, Menesini y Pastorelli, 2010; Simon, Miller, Gorman-Smith, Orpinas y Sullivan, 2010), mientras que otros incluyen también la violencia psicológica y verbal (Capaldi, Shortt y Crosby, 2003; Fritz y Slep, 2011; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007a; 2007b; Sánchez *et al.*, 2008), e incluso, el acoso sexual (Foshee, Bauman, Linder, Rice y Wilcher, 2007; Muñoz-Rivas, Graña Gómez, O'Leary y González Lozano, 2009; Washington-Kuffel y Katz, 2002), lo que se ha traducido en tasas de prevalencia muy dispares en función de los comportamientos considerados.

También la definición de la población objeto de estudio —entendida como la delimitación de aquellos adolescentes susceptibles de verse envueltos en este tipo de violencia— ha incidido en la disparidad en los índices de prevalencia; y no sólo en la disparidad en cuanto a porcentajes totales, sino también en las diferencias identificadas en función del sexo y/o la edad (Archer, 2000; Jackson, 1999; Lewis y

Fremow, 2001; Sebastián *et al.*, 2010). Pese a que la mayoría de los trabajos realizados se han decidido por la consideración de una población mixta comprendida entre los 13 y los 20 años, la falta de concreción en cuanto a la delimitación por edad y sexo que debe hacerse sobre los participantes ha contribuido a una amplia diversidad de resultados, en cierto modo, confusos.

Íntimamente ligado a la definición del concepto y de la muestra se encuentra la determinación de los instrumentos. Si bien se ha considerado que la forma más adecuada para abordar este fenómeno es de manera global, a través de diversos instrumentos que permitan que los datos aportados sean contrastados y valorados en el contexto en el que se desarrollan, el problema fundamental con el que se ha encontrado la investigación es, como ya se ha mencionado, que muchos de los instrumentos y pruebas existentes para valorar y medir este constructo resultan inadecuados o insuficientes, estando diseñados originalmente para su uso en población adulta o marital, minusvalorando algunos de los roles de implicación (agresor/víctima) o centrándose únicamente en algunas dimensiones de esta violencia (Fernández-Fuertes, Fuertes y Pulido 2006; Ortega *et al.*, 2008).

Por otra parte, la literatura existente ha evidenciado diferentes formas de recoger esta información: a través de entrevistas, de autoinformes y cuestionarios de autoaplicación, de observaciones, etc.; si bien, la mayoría de los trabajos realizados se decantan por la utilización de cuestionarios de autoaplicación o autoinformes (Connolly *et al.*, 2000; González y Santana, 2001; McMaster, Connolly, Pepler y Craig, 2002; Cáceres y Cáceres, 2006; Ortega *et al.*, 2008; Sánchez *et al.*, 2008; Nocentini *et al.*, 2010; entre otros), por las ventajas que estos presentan respecto a otras formas de medición. Pese a no estar exentos de críticas (Aguirre y García-Quiroga, 1997; Fernández-Fuertes *et al.*, 2006; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007a), posibilitan, por un lado, una rápida recogida de datos, asegurando el anonimato de estos y, por otro lado, permiten, gracias a su estructuración, el tratamiento de los datos de forma cuantificada, facilitando la obtención de los resultados y la posibilidad de comparación entre ellos.

Sobre la base de estas dificultades, por un lado, puede entenderse la escasez de trabajos que se han generado sobre este tema, la optimización de estos a lo largo de los últimos años, y las lagunas aún presentes sobre algunos aspectos de este fenómeno; por otro, es posible comprender las controversias que plantean, en numerosas ocasiones, los resultados obtenidos y la necesidad de perfilar estos para ofrecer una definición más ajustada del constructo objeto de estudio.

### 2.1.2. Más allá de un cortejo torpe: el fenómeno 'dating violence'

El estudio de la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes no ha sido objeto de interés científico hasta la segunda mitad del siglo pasado. El primer estudio centrado propiamente en esta problemática data de 1957, cuando Kanin señaló que aproximadamente el 62 % de las estudiantes universitarias de primer año decían haber sufrido agresiones de manos de sus parejas en el año previo a la entrada en la universidad. Posteriormente, a principio de los años ochenta, se elabora un estudio que llama la atención de la comunidad científica, con resultados que apuntan a que el 20 % de los jóvenes implicados en una relación de pareja, sean chicos o chicas, habían padecido violencia en la etapa del noviazgo adolescente; este estudio subraya, además, la necesidad de prestar atención a un potencial contexto agresivo, hasta ese momento descuidado (Makepeace, 1981).

Desde entonces, el número de estudios sobre esta línea se ha incrementado exponencialmente, desarrollándose la mayoría de ellos en Estados Unidos y Canadá, y siendo mucho más recientes los realizados en países europeos. Autores como Connolly, Foshee o Straus, entre otros, han establecido las líneas básicas que delimitan y conceptualizan el fenómeno *dating violence*, atendiendo al estudio de aquellos comportamientos de naturaleza agresiva, ya sea verbal, psicológica, física o sexual, que ocurren dentro de las parejas adolescentes, sean más o menos estables o duraderas (Ortega y Sánchez, 2011).

Estudios recientes han señalado que la implicación en estos comportamientos, pese a estar influida por múltiples variables (país, cultura, sexo, tipo de violencia, etc.), resulta alarmante en términos generales, con índices de prevalencia que oscilan entre el 9 % y el 65 % (por ejemplo, Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; Foshee y Reyes, 2011; Menesini, Nocentini, Ortega-Rivera, Sánchez y Ortega, 2011; Muñoz-Rivas *et al.*, 2009; Sebastián *et al.*, 2010). Straus (2004) en un trabajo realizado con estudiantes de universidades de dieciséis países diferentes, señala que por encima de las semejanzas y diferencias que existen entre los diferentes grupos de participantes, destaca el alto índice de agresión perpetrado por los estudiantes de todos los países: una media del 29 % de ellos había sido agredido físicamente a mano de sus parejas, mientras que un 7 % había sido agresor. En España, los estudios realizados muestran una incidencia similar a la señalada por la investigación internacional. González y Santana (2001) avalan la perspectiva apuntada por Straus (2004), señalando que entre el 10 y el 11 % de los jóvenes sufrían violencia por parte de sus parejas, mientras que Muñoz-Rivas *et al.* (2007a) muestran que el

90 % de los jóvenes encuestados admitían haber atacado verbalmente a sus parejas, reconociendo un 40 % de los mismos haber llevado a cabo también agresiones físicas contra ellas.

Esta variabilidad en los resultados podría estar motivada, según apuntan diversos estudios, por la amplia variedad, en cuanto a los comportamientos agresivos medidos, que se asumen bajo la misma etiqueta. De este modo, la horquilla de implicación se vería reducida al considerar aspectos tales como el tipo de comportamientos violentos o la frecuencia y gravedad de estos (Foshee y Reyes, 2011; Sebastian *et al.*, 2010). En esta línea, Sánchez *et al.* (2008) obtienen resultados que muestran una implicación alta, aunque ocasional, de chicos y chicas con independencia de la edad y del comportamiento analizado: tanto chicos como chicas se reconocen agresores ocasionales de sus parejas, sobre todo en agresiones verbales y relacionales, pero también en agresiones físicas, con una incidencia de alrededor del 48 % para ellos y el 55 % para ellas. Sebastián *et al.* (2010) señalan además, que los últimos trabajos realizados han identificado un alto porcentaje de implicación en violencia de baja intensidad (insultos, empujones, etc.), siendo que en ocasiones los ítems dirigidos a la medida de violencia severa llegan a ser eliminados de los análisis por no contar con implicación significativa (Nocentini *et al.*, 2010).

Este acercamiento al fenómeno subraya una de las características que lo define: el carácter de escalada que subyace a este tipo de violencia, de manera que lo que comienza como violencia leve, ocasional y mayoritariamente psicológica, se convierte de forma paulatina en agresividad física o agresiones de mayor gravedad. Foshee y Reyes (2011) indican que, aunque los distintos tipos de violencia —psicológica, física y sexual— presentan patrones de co-ocurrencia, la violencia psicológica ha sido identificada como antesala de la violencia física en parejas adolescentes, la experiencia de victimización ha sido identificada como predictora de agresión, y esta, a su vez, como predictora de nuevas agresiones. De esta forma, pese a existir indicios de violencia casi desde el comienzo de la relación, esta suele instalarse en la pareja de forma gradual, esperando a manifestarse en sus formas más graves, en muchos casos, cuando la pareja se hace estable (González y Santana, 2001; Taylor, Stein y Burden, 2010).

El efecto del sexo en estos resultados, también se apunta como nota definitoria de este fenómeno. Si bien es cierto que son muchos los trabajos que han señalado una prevalencia similar en la implicación de chicos y chicas en este tipo de violencia (Brendgen, Vitaro, Tremblay y Wanner, 2002; Moffit, Caspi, Rutter y Silva, 2001; entre otros), los resultados sugieren otra tendencia cuando se analizan de forma dife-

renciada según el tipo de violencia. La violencia física y psicológica presenta tasas de implicación similares para ambos sexos: chicos y chicas son victimizados en la misma medida de manos de sus parejas, y ellas son tanto o más proclives que ellos a ejercer esta violencia (ver Foshee y Mathew, 2007, para una revisión del efecto del sexo en la prevalencia). No existen, por tanto, diferencias significativas en cuanto a la implicación de chicas y chicos en agresiones como empujar o pegar a sus parejas (el 7,5 % de los chicos y el 7,1 % de las chicas), tirar o golpear objetos (el 18 % de los chicos frente al 13,9 % de las chicas) o insultar a la pareja (el 23,9 % de los chicos y el 28,8 % de las chicas), siendo, no obstante, la violencia psicológica más frecuente que la física para los jóvenes de ambos sexos (González y Santana, 2001), especialmente en lo referido a agresión verbal en sus diferentes formas (Muñoz-Rivas *et al.*, 2007; Sánchez *et al.*, 2008). Sin embargo, no ocurre lo mismo cuando hablamos del acoso sexual, donde los chicos son, significativamente, más propensos a manifestar agresiones que las chicas, mientras que estos resultados se equiparan en cuanto a las victimizaciones (Fernández-Fuertes y Fuertes-Martín, 2005; McMaster *et al.*, 2002; Menesini y Nocentini, 2008; Ortega *et al.*, 2008; entre otros).

Por último, uno de los aspectos que ha recibido mayor atención en los últimos años es el referido al carácter bidireccional que adquiere esta dinámica relacional agresiva (Menesini *et al.*, 2011; Sebastián *et al.*, 2010; Swahn, Alemdar y Whitaker, 2010). Si bien en otros tipos de agresividad, —como el *bullying*, por ejemplo—, la investigación ha identificado distintos roles bien definidos y diferenciados entre sí (Ortega, 2003; Sutton y Smith, 1999), la investigación referida a la violencia sentimental adolescente señala que es más apropiado hablar de implicación en comportamientos agresivos que de roles propiamente dichos, generalmente asociados al sexo de los implicados (Moffit y Caspi, 1998; Nocentini, Menesini y Pastorelli, 2010). En este sentido son diversos los estudios que han señalado que la mayoría de las agresiones que se producen en las parejas jóvenes se caracterizan por el establecimiento de una dinámica recíproca de agresividad, esto es, una violencia mutua y bidireccional en la que el agresor es víctima de su pareja con una frecuencia y severidad similar a la que le agrede (Capaldi, Shortt y Kim, 2005; Menesini y Nocentini, 2008; Menesini *et al.*, 2011; Whittaker *et al.*, 2007).

Pese a la complejidad que demuestra este fenómeno, algunos estudios se han interesado por el análisis de las causas que pueden estar incidiendo en su aparición y desarrollo (Cáceres y Cáceres, 2006; González y Santana, 2001; Lewis y Fremouw, 2001; Schumacher, Feldbau-Kohn, Smith-Slep y Heyman, 2001; Schumacher, Smith-Slep y Heyman, 2001; Sebastián *et al.*, 2010), aunque son pocos los que lo

han hecho a partir de estudios longitudinales que permitan determinar el peso relativo de determinados factores en la violencia en las relaciones de pareja adolescente (ver Foshee y Reyes, 2011 para una revisión de estudios longitudinales). Entre las limitaciones de estos trabajos se encuentra el hecho de que la mayoría de ellos están focalizados en los chicos como agresores (Bank y Burraston, 2001; Lavoie, Hebert, Tremblay, Vitaro, Vezina y Mc Duff, 2002, por ejemplo), existiendo un número reducido que considera la victimización, y menos aun que consideran a los chicos en este rol, o a las chicas en el rol de agresoras (Foshee y Reyes, 2011); además de la dificultad añadida que supone el corte transversal de estos estudios y que limitan el conocimiento de la naturaleza de la relación entre la violencia y muchas de las variables identificadas como relevantes (entre otros, Follingstad *et al.*, 1999; Rey, 2008).

Los estudios que asumen el análisis de las causas de esta violencia se centran en el análisis de tres grandes ámbitos: 1) el ámbito relativo al individuo (Chase, Treboux y O'Leary, 2002; Dutton, 1998; Hanby, Fales, Nangle, Serwik y Hedrich, 2011), identificando variables tales como los factores demográficos, las actitudes, el desarrollo infantil, la personalidad, el abuso de sustancias, etc.; 2) el ámbito que agrupa los factores referidos al aprendizaje social, señalándose la influencia que la familia y los iguales pueden ejercer sobre este tipo de conducta (Arriaga y Foshee, 2004; Conger, Cui, Bryant y Elder, 2000; Kerig, 2010; White, 2009); y 3) el ámbito de la pareja propiamente (Bookwala, Frieze, Smith y Ryan, 1992; O'Leary y Smith-Slep, 2003; Vezina y Hebert, 2007), identificándose aspectos como la calidad o la duración de la pareja —concebidos a veces, también, como factores mediadores (Hettrich y O'Leary, 2007; Vernger, Abwender, Ewell y Beery, 1992)—, así como la dinámica relacional que se establece dentro de esta, como fuente de riesgo en la violencia entre parejas sentimentales adolescentes. Si bien, estos tres grandes bloques son considerados para los diferentes roles (agresor vs. víctima) y sexos (chicos vs. chicas), el peso e importancia que asumen, no solo el bloque en sí sino cada una de las variables consideradas, es diferente en cada caso (Foshee y Reyes, 2011).

De forma análoga, los estudios focalizados en el análisis de las consecuencias de la violencia durante el noviazgo adolescente se han visto sesgados por la escasez de resultados derivados de trabajos longitudinales, inexistentes en cuanto a las consecuencias de ser agresor (Foshee y Reyes, 2011). La literatura disponible se ha centrado en las consecuencias físicas, psicológicas y comportamentales de las víctimas de violencia en pareja, siendo asociada a factores individuales como depresión, baja autoestima y bienestar emocional, pensamientos e intentos de suicidio o conductas de riesgo como consumo de alcohol, trastornos de la alimentación,

el inicio temprano en las relaciones sexuales y bajo rendimiento escolar (Ackard y Neumark-Sztainer, 2002; Coker, McKeown, Sanderson, Davis, Valois y Huebner, 2000; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007a; Rivera-Rivera *et al.*, 2006). Es posible, no obstante, establecer algunas diferencias en función del sexo de los implicados, siendo mayores las consecuencias para las chicas (Cleveland, Herrera y Stuewig, 2003; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007b): ellas señalan una pobre calidad de vida, un sentimiento de insatisfacción hacia la vida y los amigos/as e ideas e intentos de suicidio, mientras ellos reportan sentimientos de insatisfacción con la vida, una percepción pobre de la salud física e ideas de suicidio (Coker *et al.*, 2000).

Distintos autores han subrayado la complejidad de este fenómeno y su indudable repercusión en la vida de los adolescentes: sea la agresión física, verbal, psicológica o sexual, o sean las amenazas, chantajes o presiones emocionales, la violencia en el ámbito de la pareja ha sido fuente de malestar general para sus protagonistas. Si bien, autores como Fernández-Fuertes *et al.* (2006) han señalado que para realizar un estudio comprensivo de este fenómeno debería atenderse a todas sus manifestaciones de forma conjunta, la tendencia desde la mayor parte de los estudios realizados es a su consideración de forma diferenciada aunque relacionada, estableciendo la caracterización de cada una de ellas. En este sentido, la violencia física ha sido la que ha acaparado mayor atención por parte de la literatura científica.

### 2.1.3. La violencia física en las parejas adolescentes

De entre las manifestaciones de violencia detectadas en las relaciones sentimentales adolescentes, aquellas de carácter físico han sido las más atendidas por los trabajos científicos (Capaldi y Owen, 2001; O'Donohue, Downs y Yeater, 1998; Rothman, Johnson, Young, Weinberg, Azrael y Molnar, 2011; Timmons y Slep, 2009). Varios motivos han podido contribuir a esta situación: de un lado, la posibilidad de objetivación que tienen comportamientos como empujar, patear, agarrar, etc. (Sebastián *et al.*, 2010); por otro, la inesperada tasa de prevalencia encontrada, que señala en torno al 33 % y al 26 % de agresión por parte de chicas y chicos respectivamente (Simon *et al.*, 2010); o por último, la alarma social que la visibilidad de estas agresiones comporta.

Straus y Gelles (1986) ya definían la violencia física en las relaciones sentimentales como aquellas conductas de carácter agresivo que usaban la fuerza física con la intención de provocar daño o perjuicio físico en la otra persona. Serían, pues,

comportamientos de esta índole las bofetadas, empujones, agarrones, patadas, golpes con objetos, etc. Si bien, estudios recientes han apuntado la necesidad de valorar cautelosamente estos comportamientos considerando por un lado la diversidad de modalidades agresivas que podrían acogerse bajo el constructo único de violencia física, y por otro el significado que se les otorga en función de otras variables de contexto.

Un análisis pormenorizado de la prevalencia de este fenómeno pone al descubierto la incidencia que variables como el sexo de los implicados (chicos vs. chicas), el rol que desempeñan (agresores vs. víctimas), la gravedad del comportamiento (violencia leve/moderada vs. violencia grave), la frecuencia de implicación en estos (comportamientos esporádicos vs. comportamientos frecuentes), o las circunstancias previas y significado posterior para la víctima, tienen para el estudio de la violencia que está presente en los procesos de cortejo y primeras parejas adolescentes (Foshee y Reyes, 2011; Sánchez *et al.*, 2008; White, Smith, Koss y Figueredo, 2000).

Con tasas generales que oscilan entre el 9 % y el 46 % (Black, Noonan y Legg, 2006; Lewis y Fremow, 2001), los resultados varían en función de los roles analizados. Mientras las tasas de victimización se encuentran entre el 9 % y el 46 % de implicación (Swart, Seedat, Stevens y Ricardo, 2002; Straus, 2004), la agresión apunta una ratio que va del 11 % al 41 % (Foshee y Mathew, 2007). Simon *et al.* (2010), por ejemplo, realizan un estudio con chicos y chicas en sus primeros años de adolescencia e identifican que el 42,1 % de los y las adolescentes habían sido víctimas de violencia física de manos de sus parejas en los tres meses previos al estudio, mientras que el 28,6 % habían sido agresores, resultando ellas ligeramente más agresoras que ellos (31,4 % frente a 26,4 %), y ellos significativamente más víctimas que ellas (53,7 % frente a 27,4 %). Este mismo estudio avala los datos de doble implicación apuntados para otras formas de *dating violence*: la mayoría de los adolescentes que dijeron estar implicados en violencia física, reportaron datos de agresión y victimización al mismo tiempo, de forma que el 77 % de los agresores afirmaban ser también víctimas, y el 52 % de las víctimas resultaban también ser agresores.

La naturaleza misma de los comportamientos también incidía en esta prevalencia. Para los comportamientos agresivos más graves la implicación de chicos y chicas desciende hasta un rango de 8-14 % (Foshee y Reyes, 2011), y aunque las diferencias a razón del sexo han vertido datos controvertidos (Coker *et al.*, 2000; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007a; O'Leary, Smith-Slep, Avery-Leaf y Cascradi,



2009) los últimos estudios apuntan que entre los 13 y 19 años los chicos son más agresores que las chicas, y estas más víctimas que ellos. Los comportamientos agresivos de carácter más leve, además de estar más extendidos, no presentan diferencias de género siendo igualmente ejercidos y sufridos por chicos y chicas (Foshee y Reyes, 2009). Respecto a la frecuencia de los comportamientos, las diferencias entre chicos y chicas desaparecen, sea en los casos más extremos en los que la violencia se presenta de forma asidua, sea en los casos de violencia ocasional (Foshee y Reyes, 2011).

Con todo ello, podría decirse que la violencia física que se establece en el seno de estas parejas adolescentes es, en la mayoría de los casos, un fenómeno muy extendido entre chicos y chicas que cristaliza en comportamientos agresivos de carácter leve/moderado que ocurren de forma ocasional. La literatura científica ha tratado de explicar este patrón de conducta agresiva a partir de dos hipótesis.

La primera hace referencia a un patrón relacional utilizado por los adolescentes como forma de inicio de las relaciones y el proceso de cortejo (Foshee y Reyes, 2011; Furman y Shomaker, 2008; Sebastián *et al.*, 2010; Nocentini *et al.*, 2010) — que Ortega y Sánchez (2011) han denominado *dirty dating*—, lo que ha llevado a diferentes autores a interesarse por el patrón de desarrollo que siguen estos comportamientos agresivos a lo largo de los años. O'Leary (1999) señalaba que las agresiones físicas dentro de la pareja seguían un patrón en U invertida, de modo que la implicación en comportamientos violentos era muy baja en las parejas más jóvenes y en las más adultas, siendo que el pico de violencia ellas lo alcanzaban hacia los 22 años y ellos hacia los 25 (Archer, 2000). De esta forma, entre los 14 y los 22 años las chicas resultaban ser más agresoras de sus parejas, mientras que de los 23 a los 49 años eran los chicos más agresores (Archer, 2000). En esta línea, Capaldi *et al.* (2005) apuntaban que este pico de violencia podía ser coincidente con la maduración de la relación, resultando que si se fija la atención sobre las parejas que comienzan durante la adolescencia, este punto de inflexión sería a edades más tempranas. Foshee y Reyes (2011) han apuntado que, como en otros tipos de violencia, las agresiones físicas dentro de estas parejas comienzan al inicio del periodo adolescente, alcanzan su punto máximo hacia los 16 años, y vuelven a decrecer durante los últimos años de adolescencia y primeros de la juventud, describiendo así un patrón curvilíneo a lo largo de esta etapa del desarrollo. Nocentini *et al.* (2010) avalan estos resultados, señalando una disminución progresiva de la implicación en violencia física entre los 16 y 18 años modulada por algunas variables situacionales y contextuales.

La segunda hipótesis que trata de contribuir a la comprensión del fenómeno se refiere a la propia normalización que socialmente se ha hecho del uso de conductas agresivas (Hird, 2000; Rodríguez, Antuña, López-Cepero, Rodríguez y Bringas, 2012; Rodríguez, López-Cepero, Rodríguez-Díaz, Bringas, Estrada, Antuña y Quevedo-Blasco, 2012). La aceptación que este tipo de conductas tiene por parte de ellas y ellos ha demostrado ser un factor vinculante con su implicación en este tipo de comportamientos (Eckhardt, Samper, Suhr y Holtzworth-Munroe, 2012; Reeves y Orpinas, 2011; Simon *et al.*, 2010). De forma general, y apoyándose en argumentos como la presión de los iguales por proteger o no herir a las chicas, la superioridad en cuanto a fuerza física de ellos frente a ellas, o las consecuencias de la propia agresión física no sólo para la víctima sino para el agresor —en términos legales— (Reeves y Orpinas, 2011), la violencia física ejercida de manos de los chicos hacia las chicas ha sido más rechazada que la ejercida en sentido contrario, de ellas hacia ellos. Sin embargo, las tasas de aceptación resultan alarmantemente altas en cualquiera de los casos: el 44,8 % de los adolescentes consideraban aceptable que una chica agrediera físicamente a su pareja, y un 22,2 % aceptaban que fuese el chico el agresor; porcentajes que aumentan si consideramos a aquellos que están en una situación de pareja, en cuyo caso se alcanza el 59,8 % y el 32,3 % de aceptación respectivamente (Simon *et al.*, 2010).

Pese a lo extendido del fenómeno, este no salda de manera impune para los implicados en estas agresiones. Coker *et al.* (2002) señalan que, tanto para chicos como para chicas, la violencia física dentro de la pareja está vinculada a un incremento del riesgo de padecer una salud pobre, síntomas depresivos, consumo de sustancias y desarrollo de enfermedades crónicas, tanto físicas como mentales. Sin embargo, si se analizan estas consecuencias de manera pormenorizada es posible encontrar diferencias entre ambos sexos, siendo las chicas, generalmente, las que sufren mayores perjuicios y consecuencias más graves (González, Muñoz y Graña, 2003). En cuanto a las consecuencias físicas, ellas reportan con mayor frecuencia resultar dañadas, incluso sufrir heridas, después de un enfrentamiento con sus parejas (Molitor y Tolman, 1998), quizás porque, como algunos trabajos han señalado, independientemente de quien inicie la agresión, ellos suelen utilizar formas más graves y peligrosas de violencia (González y Santana, 2001), siendo que además ellas se sienten más asustadas ante la posibilidad de estas agresiones (Barnes, Noll, Putman y Trickett, 2009). En cuanto a las consecuencias psicológicas, pese a que los datos no resultan tan concluyentes (Sebastián *et al.*, 2010), también son ellas las más afectadas en términos de baja autoestima o mayores niveles de ansiedad (Howard, Wang y Yang, 2007; Magdol, Moffit, Caspi, Newman, Fagan y Silva, 1997).

Las características de este fenómeno, en términos de su normalización y repercusiones para los implicados, justificarían en sí mismo el análisis de las causas que lo sustentan. En este sentido, conocer los factores que contribuyen a su desarrollo y mantenimiento no sólo facilita la comprensión del fenómeno, sino que posibilita el desarrollo de acciones de prevención e intervención ajustadas a este.

## 2.2. Hacia un marco explicativo de la violencia física en las parejas adolescentes

Pese a la importancia que la violencia física ha tenido para la literatura científica, la génesis de esta problemática sigue siendo actualmente un aspecto poco atendido. Son pocos los estudios que han abordado de manera teórica el establecimiento y mantenimiento de estas formas de violencia, que siguen siendo explicadas desde las teorías clásicas de agresividad o vinculadas con las ideas tradicionales derivadas de la violencia de género, dando respuesta con mayor precisión a la agresividad masculina y a la victimización femenina (Shorey *et al.*, 2008). El avance científico en este campo pasa aún por el desarrollo y consolidación de marcos teóricos definidos específicamente para este tipo de comportamientos, que centren su atención en su explicación y que orienten con mayor precisión el desarrollo de programas para su prevención e intervención.

### 2.2.1. Teorías explicativas: modelos clásicos versus modelos actuales

Los estudios que se han interesado por explicar la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes han centrado sus esfuerzos en la revisión de aquellas teorías que, tradicionalmente, han sido la base explicativa de cualquier tipo de violencia interpersonal (Wekerle y Wolfe, 1999; Shorey *et al.*, 2008; Zurbriggen, 2009). El Modelo de Coerción (Patterson, 1982), la Teoría del Aprendizaje Social (Bandura, 1973), la Teoría del Apego (Bowlby, 1969) o las Teorías Feministas (Walker, 1989), han sido las referencias más atendidas desde la literatura en *dating violence*; sin embargo, algunos autores se han preocupado por el desarrollo de modelos teóricos que, sobre esta base, profundicen específicamente en la explicación de este fenómeno (Capaldi *et al.*, 2005; Follingstad, Bradley, Helff y Laughlin, 2002; Riggs y O'Leary, 1989).

El Modelo de Coerción (*Coercitive family process*; Patterson, 1982) sitúa el origen de los comportamientos agresivos, y antisociales en general, en el seno familiar, poniendo especial énfasis en las prácticas educativas y disciplinares que se desa-

rrollan en este contexto. La ausencia de normas, un mal refuerzo de los comportamientos o un estilo educativo laxo llevaría a aprender, desde el primer momento de desarrollo, que es posible evitar situaciones desagradables o incluso conseguir recompensas positivas a través del uso de conductas aversivas (pataletas, llantos, etc.) que conducen a desarrollar dinámicas de control y a tomar el poder de la situación. Según Patterson, este estilo se desarrollará a lo largo de toda la vida, diferenciando 4 grandes etapas: la primera, relativa a este primer contexto de la familia; la segunda, coincidente con el inicio escolar que abrirá un nuevo contexto de relación; la tercera, durante la etapa adolescente, cuando la persona cada vez más desajustada socialmente, tiende a la búsqueda de otras personas en su misma situación; y la última, la etapa adulta en la que culmina la línea de desarrollo antisocial (De la Peña, 2010). Pese a los intentos de algunos autores por aplicar y utilizar esta teoría para la comprensión del fenómeno de violencia en el interior de las relaciones sentimentales (Dutton y Goodman, 2005), las investigaciones más recientes han señalado que esta teoría no explica mejor la dinámica de relación establecida en parejas agresivas que la dinámica establecida en aquellas parejas que no lo son, por lo que su utilidad como marco explicativo de este fenómeno no es clara (Shorey *et al.*, 2008).

La Teoría del Aprendizaje Social (*The Social Learning Theory*; Bandura, 1973) señala que a través de la observación de una conducta llevada a cabo por un modelo admirado (aprendizaje observacional) se adquieren las habilidades necesarias para imitarlo y llevarla a cabo. La probabilidad de imitar un comportamiento aumenta cuando este recibe un refuerzo positivo y, además, el modelo es percibido como alguien superior en edad o grado, en inteligencia, o en estatus y reconocimiento social, es decir, cuando es admirado de algún modo por quien imita la conducta (Miller y Dollard, 2000). Bandura (2007) indicaba que en una sociedad moderna se reconocen tres fuentes principales de comportamientos agresivos que podrían actuar como modelos observables: la familia, como contexto principal de modelamiento y refuerzo de conductas agresivas; el contexto cultural, entendido como la red de sistemas sociales y micro-contextos en que se inserta el individuo; y los modelos simbólicos, ofrecidos generalmente por los medios de comunicación a través de imágenes o palabras. Por tanto, los adolescentes más propensos a aceptar y participar en comportamientos violentos serán aquellos que mantengan un contacto frecuente y cercano con otros que acepten y participen en este tipo de comportamientos: crecer en una familia en que las relaciones parentales se desenvuelven entre agresiones y actuaciones violentas (Conger *et al.*, 2000; Foshee Bauman y Linder, 1999; Kinsfogel y Grych, 2004; Riggs y O'Leary, 1996), rela-

cionarse con otros adolescentes que participan y que, aparentemente, respaldan los comportamientos agresivos y violentos (Reeves y Orpinas, 2011; Simon *et al.*, 2010), o tener experiencias cercanas en comportamientos abusivos o agresivos con las parejas (Gwartney-Gibbs, Stockard y Bohmer, 1987), favorecerá que se aprenda este tipo de modelo de comportamiento y, posteriormente, se imite en las propias relaciones sentimentales (Jankowski, Leitenberg, Henning y Coffey, 1999). Esto no implica, sin embargo, que este hecho por sí mismo sea suficiente para que se produzca la violencia posterior, pero sí supone un riesgo potencial para ella (Ehrensaft, Brown, Smailes, Chen y Johnson, 2003; Langhinrichsen-Rohling, Hankla y Dostal-Stormberg, 2004).

Desde la Teoría del Apego (*Attachment Theory*, Bowlby, 1969), sin embargo, son los primeros vínculos afectivos los que determinarán el resto de relaciones afectivas de la persona a lo largo de su vida. En función del tipo de relación establecido con la primera figura de apego —apego seguro, en el que la principal figura de apego es sensible y responsiva a las llamadas del niño, permitiendo su acceso y favoreciendo un sentimiento de confianza y protección; apego inseguro-evitativo, en el que la figura de apego se muestra insensible, evitativa o rechazante, e impide el acceso del niño, provocándole inseguridad y preocupación; y apego inseguro-ambivalente, en el que la figura de apego es inconsistente en su actuación, atiende y permite el acceso del niño de forma imprevisible, solo en algunas ocasiones, favoreciendo que este se muestre vacilante y genere sentimientos de inseguridad y dependencia—, el sujeto va a construir un esquema mental de relación (*internal working model*) que extrapolará fuera del contexto de origen y lo dispondrá hacia un determinado estilo relacional (Oliva, 1995). Por tanto, las relaciones interpersonales serán más ajustadas y estables cuanto más ajustado y estable sea el modelo construido, de manera que la violencia en las relaciones interpersonales, tanto la indefensión de la víctima como la agresión injustificada del agresor, vendría explicada por la activación de un modelo interno irritable, impredecible e inseguro, desde el que el sujeto no es capaz de valorar de forma ajustada la situación y responder adecuadamente a ella (Ortega *et al.*, 2008).

En este sentido, el impacto del estilo de apego constituido en la primera infancia debe ser considerado respecto a la calidad de las parejas sentimentales posteriores, desde las constituidas en la adolescencia (Collins y Read, 1990; Wekerle y Wolfe, 1998) hasta las de la edad adulta (Hazan y Shaver, 1987; 1994), ya que está relacionado con el estilo y las actitudes hacia el amor en pareja, y estas son predictoras del tipo de relación que se establezca y de la calidad de la misma (por ejemplo, Collins

y Read, 1990; Hendrick, Hendrick y Adler, 1988). De esta forma, las parejas que han experimentado durante la infancia estilos de apego poco seguros tendrán mayor tendencia a desarrollar una serie de patrones conductuales que disminuirán la calidad y satisfacción respecto a su relación sentimental y que podrían generar respuestas negativas: por ejemplo, aquellos que se muestran ansiosos ante la idea de ser abandonados o no queridos tienden a confiar menos en sus parejas, a sentir celos y a comportarse de una forma que refleja su falta de confianza en ellos mismos y en su relación de pareja (Collins y Read, 1990; Péloquin, Lafontaine y Brassard, 2011).

Las Teorías Feministas (Walker, 1989, entre otros) ofrecen un tercer gran marco explicativo de la violencia en las relaciones de pareja adolescentes. Desde el feminismo se defiende una concepción patriarcal de la sociedad que cristaliza en diversos comportamientos llevados a la vida de pareja (Bonino-Méndez, 1995). Los hombres son educados en un modelo social que les lleva a interiorizar valores de competitividad, agresión o dominancia, a no poder expresar sentimientos y emociones como el dolor o el miedo, y a mostrarse fuertes, autónomos y poco comunicativos mientras que las mujeres son socializadas como pasivas, complacientes, cooperativas, atentas al cuidado y necesidades de los otros y poco comunicativas en la expresión de comportamientos agresivos (Wekerle y Wolfe, 1999), de manera que, trasladado a la relación de pareja, esta aceptación e identificación con los roles tradicionales de género se traducen en una mayor tolerancia y expresión de la perpetración de la violencia ejercida por el hombre hacia la mujer (Johnson, 1995; Reed, Raj, Miller y Silverman, 2010; Weisbuch, Beal y O'Neal, 1999). La violencia hacia la mujer es vista como un acto de opresión, una forma de legitimar el control y la posición de dominancia del hombre respecto a ella, en definitiva, como el resultado de una estructuración social que normaliza el desequilibrio de poder, siendo el hombre el que domina y la mujer la dominada (Coleman y Straus, 1986; Fitzpatrick, Salgado, Suvak, King y King, 2004; Hydén, 1995). Aún hoy, los valores de la sociedad tradicional y patriarcal impactan de manera profunda en los jóvenes (Lewis y Fremouw, 2001; Chung, 2005), siendo utilizados para explicar determinados comportamientos sexuales o para justificar la conducta de los chicos en situaciones coercitivas o violentas, e interfiriendo en la capacidad de las chicas para negociar por una relación de igualdad y para identificar y hablar de sus experiencias sobre violencia, control o coerción (Chung, 2005; Reed *et al.*, 2010;).

Aunque no han sido muchos, algunos autores han desarrollado modelos teóricos (ver Shorey *et al.*, 2008 para una revisión) que procuran afinar las aproximaciones clásicas anteriores, apostando por aproximaciones centradas en el fenómeno de

la violencia en las relaciones sentimentales que, a su vez, adopten una visión más sistémica del fenómeno considerando la confluencia de más de una de las aportaciones clásicas.

El *Background-Situational Model*, desarrollado por Riggs y O'Leary (1989), es un modelo pionero en el fenómeno de las relaciones sentimentales adolescentes. Considerado como una aplicación de la teoría del aprendizaje social (Riggs y O'Leary, 1996; Shorey *et al.*, 2008), contempla la importancia del aprendizaje observacional para el desarrollo de conductas agresivas contra la pareja y divide las variables que inciden en la aparición y mantenimiento de la violencia en las parejas adolescentes en dos grandes bloques: el primero contempla las variables contextuales o antecedentes (*background factors*), entendidos como los patrones de conducta agresiva relativos al individuo (por ejemplo, experiencias de violencia familiar, abuso infantil, actitudes de justificación y aceptación de la violencia,...); el segundo bloque contempla las variables situacionales (*situational factors*), entendidas como las características del contexto o de aquellas situaciones que incrementan el riesgo de que se produzcan comportamientos violentos en la pareja (por ejemplo, el consumo de alcohol, el estrés o las características de la relación —satisfacción, comunicación, celos...—) (Riggs y O'Leary, 1996).

Este modelo, testado en diferentes estudios (Luthra y Gidycz, 2006; Muñoz-Rivas *et al.*, 2010; Riggs y O'Leary, 1996; Tontodonato y Crew, 1992; White, Merrill y Koss, 2001; entre otros), ha mostrado resultados diversos que, no obstante, coinciden en la necesidad de realizar una aproximación multifactorial al fenómeno. Tontodonato y Crew (1992) apuntaron que el sexo de los implicados establecía diferencias en cuanto a los factores predictores de la violencia en las parejas sentimentales adolescentes; sin embargo, tanto los factores contextuales como los situacionales estaban presentes en ambos casos. Riggs y O'Leary (1996) confirman dichas diferencias y añaden que tanto para ellos como para ellas, los comportamientos agresivos están relacionados directamente con las actitudes de aceptación de la violencia, la historia personal de conductas agresivas de los miembros de la pareja, y con la presencia de conflictos en el interior de la relación.

El trabajo de Riggs y O'Leary (1996) dejaba una pregunta en el aire: ¿cómo las experiencias previas abocaban al desarrollo de unos rasgos de personalidad favorables al uso de la fuerza en el interior de las relaciones sentimentales? Un segundo modelo, desarrollado por Follingstad *et al.* (2002), trata de dar respuesta a esto, considerando no sólo los planteamientos básicos de la Teoría del Ape-

go, sino otros factores como el temperamento y la necesidad de control. Sobre la base de los planteamientos de Dutton, Saunders, Starzomski y Bartholomew (1994), o Herderson, Bartholomew y Dutton (1997) acerca de la importancia del apego en el posterior desarrollo de conductas agresivas, Follingstad *et al.* (2002) presentan un modelo que explicaría el uso de la fuerza física en las relaciones sentimentales adolescentes contemplando tres factores: el apego ansioso, el temperamento colérico o iracundo y el control de la pareja. El planteamiento de estos autores parte desde la adquisición de un apego ansioso que deriva en un temperamento colérico, ambos surgidos ante la posibilidad de separación o pérdida de una relación. De esta forma, la cólera y el propio apego ansioso motivarían la aparición de una necesidad de control de la pareja que, a su vez, derivaría en el uso de la fuerza física para obtener el objetivo de control. Si bien, los autores plantean que no siempre el apego ansioso desarrolla un temperamento colérico, pero podría darse el modelo sin que surja necesariamente este elemento. Los estudios que han tratado de dar soporte empírico a este modelo (Follingstad *et al.*, 2002) han señalado que, pese a estar este aún en proceso de exploración, el temperamento colérico resulta ser un elemento importante del modelo, no tan fácilmente prescindible. De esta forma, la consideración conjunta del apego ansioso, el temperamento colérico o iracundo y el control de la pareja aparecería como un marco explicativo ajustado para la predicción de la violencia física en las primeras relaciones sentimentales.

Por su parte, el Modelo Sistémico Evolutivo desarrollado por Capaldi *et al.* (2003) surge a partir de las voces que postulan la importancia del desarrollo de modelos que prioricen el estudio de la díada frente a aquellos otros centrados en el estudio del individuo (Capaldi *et al.*, 2003; O'Leary y Smith-Slep, 2003; entre otros). Capaldi, Kim y Shortt (2004) y, posteriormente Capaldi y Kim (2007), proponen este modelo como aproximación a la comprensión del comportamiento de la pareja como sistema de desarrollo dinámico, esto es como un sistema intrínsecamente interactivo, pero a su vez, definido por las características del desarrollo propias de ambos miembros de la pareja y por los factores contextuales en que se desenvuelve y todo ello considerado como elementos en desarrollo. De esta forma, el modelo permite profundizar en el estudio de las características de los miembros de la pareja, así como en el propio proceso de interacción y agresión, centrándose en la consideración de tres aspectos fundamentales: en primer lugar, las características de aquellos que conforman la pareja, como individuos y respecto a la propia relación, incluyendo aspectos como la personalidad, las psicopatologías, las influencias sociales y el estadio del desarrollo. En segundo lugar, habría que con-



siderar los riesgos del contexto y aquellos otros factores contextuales que podrían estar influyendo en que se desarrolle la agresión hacia la pareja. Por último, este modelo toma en cuenta la naturaleza de la propia relación de pareja, esto es, los patrones de interacción, tal y como se establecieron en un principio y como fueron evolucionando a lo largo del tiempo, y los factores que puedan estar afectando al contexto de la relación (Capaldi *et al.*, 2005).

Algunos trabajos han señalado la relevancia que adquiere a nivel empírico este marco teórico: en un estudio centrado en la importancia de la pareja en relación al establecimiento y mantenimiento de la violencia física en parejas sentimentales en riesgo, los resultados señalaban que el nivel de agresión aumentaba en aquellas relaciones que perduraban y se mantenían unidas, de manera que los chicos implicados en agresión física que continuaban con sus parejas tras los dos años y medio de observación, tenían mayor probabilidad de seguir siendo violentos que aquellos que habían roto su relación e iniciado una nueva pareja (Capaldi *et al.*, 2003). Nocentini *et al.* (2010) añadía que, si bien el uso de la agresividad física tendía a descender hacia el final de la adolescencia, en el paso de la adolescencia media a la adolescencia tardía, esto se podía ver influenciado por otras variables del contexto familiar, personal o del propio contexto de la diada de pareja. Por otra parte, si esta forma de agresión estaba acompañada por otros tipos de comportamientos antisociales o por la victimización a manos de su pareja, el descenso del comportamiento agresivo se retrasaba.

Si bien ninguno de los modelos propuestos han estado focalizados en un tipo concreto de violencia, muchas de las validaciones empíricas realizadas con ellos se han focalizado en la violencia física (por ejemplo, Capaldi *et al.*, 2003; Nocentini *et al.*, 2010), o la han tenido en cuenta (Follingstand *et al.*, 2002; entre otros). Sin embargo, estos modelos eluden en ocasiones el análisis de las diferencias que podrían establecerse a razón del sexo de los implicados, así como del rol de implicación que desempeñan. Si la literatura en torno a los factores de riesgo han identificado patrones diferenciales para chicos y chicas —y algunos modelos así lo confirman (Tontodonato y Crew, 1992; Riggs y O'Leary, 1996)— así como para agresores y víctimas, sería lógico pensar que quizás el modelo explicativo que sistematiza estos factores no responde a un único patrón común. Pese a todo, como han señalado Ortega y Sánchez (2011), y aun sin datos concluyentes a este respecto, una aproximación evolutiva, multifactorial, multiprobabilística e integradora permite una visión mucho más rica y comprensiva de la explicación de la violencia durante la adolescencia y adultez, así como de su evolución y estabilidad en el tiempo.

### 2.2.2. Factores predictores personales y contextuales: la óptica de un modelo multifactorial

Diversos autores se han interesado por la identificación de aquellas variables que podrían estar actuando como factores de riesgo de la violencia sentimental adolescente (Lewis y Fremouw, 2001; Martínez y Fuertes, 1999; Rey, 2008; Schumacher *et al.*, 2001; Schumacher *et al.*, 2001), considerando estas como piezas claves para la intervención sobre el fenómeno. Sin embargo, una de las principales críticas que ha recibido este ámbito de estudio se refiere a la falta de clasificación o sistematización de las variables identificadas: los trabajos desarrollados han seguido formas muy diversas para reunir el amplio abanico de posibles riesgos existentes, pero son pocos los que lo han hecho adscribiéndose a un modelo teórico de base que sistematice su análisis (Vézina y Hébert, 2007).

Desde la convicción de que es necesario un análisis sistemático y comprensivo de este fenómeno, se analizan a continuación los principales factores de riesgo identificados siguiendo la estructura del modelo sistémico evolutivo (Capaldi *et al.*, 2003), el cual ofrece las ventajas de una visión multifactorial y multiprobabilística de la problemática, analizando los factores personales —características personales que podrían poner al individuo en situación de riesgo—, los factores del contexto cercano al individuo —considerando que durante la adolescencia el principal contexto de desarrollo lo constituyen los iguales—, y por último, los factores de la propia pareja que podrían conllevar un riesgo para la aparición y mantenimiento de este tipo de violencia. Se procura además un análisis lo más ajustado posible considerando la posible incidencia del sexo a este respecto. Si bien, dado que existen posturas contradictorias en este sentido —algunos autores argumentan que, pese a que las tasas de prevalencia e implicación en este tipo de violencia puedan ser similares para chicos y chicas, no deben serlo, necesariamente, las consecuencias, el contexto, las motivaciones o el significado que le otorguen (Follingstad, Wright, Lloyd y Sebastian, 1991; Follingstad *et al.*, 1999; Jackson, 1999; O'Keefe y Treister, 1998), mientras que otros autores encuentran datos que avalan que los factores de riesgo asociados a esta problemática son similares para ambos sexos, estableciéndose las diferencias en cuanto al peso relativo de estos en los modelos explicativos de la violencia (Capaldi y Owen, 2001; Magdol, Moffit, Caspi y Silva, 1998) se opta por un análisis global de los tres grandes bloques de factores identificados por el modelo —factores personales, factores contextuales y factores de la pareja— indicando en cada caso las diferencias entre chicos y chicas avaladas por la literatura científica, así como aquellas identificadas en función del rol de implicación (agresores/víctimas).

En primer lugar, respecto a los factores individuales, la literatura considera de forma prioritaria las variables relativas a la autoestima, los comportamientos internalizantes y externalizantes, las conductas de riesgo como el consumo abusivo de sustancias, y las actitudes o creencias respecto a las relaciones sentimentales y a la sexualidad en general, así como las experiencias previas en este mismo sentido.

Los problemas internalizantes han demostrado ser una pieza clave en cuanto a factores de riesgo. Estudiados de forma diversa, —bien como conjunto o bien como conductas individuales (síntomas depresivos, comportamientos o tendencias suicidas, problemas de relación...)—, estos comportamientos se han señalado como fuertemente asociados a la violencia física y sexual en las relaciones sentimentales. Los síntomas depresivos, por ejemplo, están asociados a la violencia en las relaciones sentimentales, tanto para agresores como para víctimas (Roberts y Klein, 2003), especialmente en el caso de las chicas (Kim y Capaldi, 2004). La baja autoestima, uno de los factores personales más estudiados, ha presentado resultados controvertidos (Vézina y Hebert, 2007): Foshee, Linder, McacDougall y Bangdiwala (2001) presentaron un estudio en el que la autoestima no resultaba explicativa de esta violencia sentimental ni en chicos ni en chicas, rectificando posteriormente con resultados que apuntaban que esta variable incidía en el riesgo de implicación en violencia en la pareja, si bien de forma diferente en chicos y chicas: para los chicos, la baja autoestima estaba entre los factores predictores de la implicación en agresión física, mientras que para las chicas suponía una variable predictora de la implicación en agresión sexual (Foshee, Benefield, Ennet, Bauman y Suchindran, 2004).

Del mismo modo, los comportamientos externalizantes —como conjunto, o como conductas diferenciadas: agresividad verbal, conducta delictiva y antisocial, problemas de comportamiento...— han sido identificados como factores predictores de la violencia sentimental fundamentalmente en el caso de los chicos: los chicos que presentan comportamientos antisociales tienden a ejercer y sufrir situaciones violentas con sus parejas sentimentales (Capaldi y Crosby, 1997; Woodward, Fergusson y Horwood, 2002), no así para las chicas, para quienes el incremento del comportamiento antisocial resulta ser la consecuencia de la violencia en pareja (Roberts y Klein, 2003). De igual modo, ciertas conductas de riesgo como el consumo abusivo de alcohol, tabaco y drogas han sido identificadas como factores correlacionales de los problemas externalizantes y, a su vez, predictoras de la violencia en pareja (González-Ortega, Echeburúa y De Corral, 2008). Aludiendo a la Teoría de los Problemas de Comportamiento de Jessor y Jessor (1977), cabría pen-

sar que aquellos adolescentes envueltos en problemas de comportamiento como el uso de drogas, por ejemplo, serían más propensos a verse envueltos en otros problemas de comportamiento como la violencia en la pareja sentimental (Foshee *et al.*, 2001). Coker *et al.* (2002) avalan esta relación entre consumo y violencia, mientras que otros autores matizan que el consumo de alcohol y tabaco son solo variables predictoras de la victimización de las chicas en una pareja sentimental (Rivera-Rivera *et al.*, 2006), y de la agresión física y psicológica ejercida por los chicos (Schumacher *et al.*, 2001a; 2001b). Otro tipo de conductas de riesgo como la promiscuidad, la edad de inicio en la experimentación de relaciones sentimentales y la implicación previa como agresor o como víctima de este tipo de violencia, también han sido identificadas como factores predictores (Vezina y Hebert, 2007), siendo la implicación previa en violencia la que adquiere mayor relevancia: la victimización en un tipo de violencia que aumenta el riesgo de ser víctima en cualquier otro contexto (Himelein, 1995; Weisbuch *et al.*, 1999).

Frente a estas variables comportamentales, algunos trabajos se han concentrado en variables de tipo actitudinal, señalando que una visión tradicional y conservadora de las relaciones de pareja y de los estereotipos asociados podrían estar en la base explicativa de la victimización de las chicas —quienes considerarían que los celos y el afán posesivo de sus parejas son muestras de amor y, por tanto, estarían justificados— y de la implicación como agresores de los chicos —quienes considerarían que las chicas les pertenecen y, por tanto, deben estar a su disposición y servicio— (Foshee *et al.*, 2004; Rojas-Solís y Carpintero, 2011). Numerosos estudios (Cleveland *et al.*, 2003; Fitzpatrick *et al.*, 2004; Sierra, Rojas, Ortega y Martín-Ortiz, 2007; Weisbuch *et al.*, 1999; Windle y Murug, 2009; entre otros) han señalado que la normalización, justificación y aceptación de la violencia en la pareja, supone uno de los mayores factores de riesgo para que ellas sean víctimas y ellos agresores, así como la normalización de la agresión de la chica a su pareja, como expresión de rabia o enfado, supone un factor predictivo de la victimización de ellos. Diversos estudios (Muñoz-Rivas *et al.*, 2007b, Nocentini, 2008; Wekerle y Wolfe, 1999; entre otros) han señalado que la dificultad para la regulación de la ira y rabia ante los conflictos conlleva conductas agresivas e impulsivas que promueven la situación conflictiva y la discusión y desencadena una escalada agresiva.

En segundo lugar, respecto a los factores socio-contextuales, la literatura se ha centrado en el análisis de aquellos factores relacionados con el grupo de iguales y la comunidad cercana en la que se inserta y participa el individuo, y en los factores relacionados con el contexto familiar, siendo que, dado que las relaciones sentimentales

nacen del grupo de iguales (Dunphy, 1963), el patrón de relación que se establezca en estas se verá influido por las características de este grupo, tanto o más que por las características del contexto familiar (Connolly *et al.*, 2000; Furman y Wehner, 1997).

El grupo de iguales va ser, por un lado, un contexto de inicio para los comportamientos agresivos que pueden, posteriormente, transferirse a la pareja; por otro lado, va a ser el contexto que regule la aceptación de la violencia en pareja (Connolly *et al.*, 1999). Los chicos y chicas con una historia problemática en cuanto a la relación de amistad con sus iguales tienden a repetir estos patrones desajustados de conducta con sus parejas sentimentales (Brendgen *et al.*, 2002), existiendo una relación significativa entre la implicación en violencia en el contexto de los iguales y la implicación en el contexto de pareja (Swahn *et al.*, 2008). Sin embargo es posible establecer patrones diferenciados según el rol de implicación: mientras que los y las adolescentes que ejercen violencia en el grupo de iguales tienen una propensión significativamente mayor a la implicación como agresor de sus parejas sentimentales que aquellos que no están implicados en la agresión de iguales (Pepler, Craig, Connolly, Yuile, McMaster y Jiang, 2006; Swahn *et al.*, 2008), la victimización en el contexto de iguales no aparece relacionada con la victimización en el contexto de la pareja (Leadbeater, Banister, Ellis y Yeung, 2008). En cuanto a la regulación de la aceptación es el sexo el que establece diferencias. Formar parte de un grupo en el que la violencia es aceptada, e incluso normalizada, como parte de las relaciones sentimentales puede incrementar el riesgo de aprender a aceptarla y justificarla, y por consiguiente, de verse envuelto en ella, especialmente en el caso de las chicas (Gwartney-Gibbs *et al.*, 1987; Tontodonato y Crew, 1992): Foshee *et al.* (2001) señalan que la elección por parte de las chicas de un grupo de amigos involucrados en este tipo de violencia no es posterior a la propia implicación, sino que, por el contrario, la elección del grupo es anterior a la implicación, existiendo una influencia de este grupo de iguales en relación a los comportamientos agresivos que comportan un riesgo de implicación propia.

Respecto a los factores familiares, dos han sido las variables que han captado mayor atención por parte de la literatura: la exposición a violencia familiar y la victimización en maltrato o abuso infantil (Magdol *et al.*, 1998; Reitzel-Jaffe y Wolfe, 2001; entre otros). Movidos por la Teoría de Transmisión Intergeneracional de la Violencia, distintos autores han mostrado evidencias de la influencia que el comportamiento de los progenitores tiene sobre el comportamiento de sus hijos e hijas adolescentes, señalando que existe una relación significativa entre la exposición a situaciones de violencia en la familia de origen y la reproducción de estos patrones de conducta en

las propias parejas adolescentes, tanto en el rol de agresor como en el de víctima, siendo esta relación aun mayor en el caso de la violencia ejercida por los chicos (Stith, Rosen, Middleton, Busch, Lundeberg y Carlton, 2000; Straus y Gelles, 1987; 1990; Straus, Gelles y Steinmetz, 2006). Sin embargo, son las Teorías del Aprendizaje Social (ciclo de la violencia) y del Apego las que explican la relación entre el abuso y el maltrato infantil y la posterior implicación en *dating violence*, de manera que los chicos y chicas sometidos a este tipo de práctica violenta durante su infancia se implicarían en episodios agresivos —en cualquiera de sus formas: física, relacional/verbal y sexual— en sus relaciones de pareja con mayor frecuencia que quienes no la han sufrido (Manchikanti, 2011; Wekerle y Avgoustis, 2003; Wolfe, Scott, Reitzel-Jaffe, Wekerle, Grasley y Straatman, 2001). Laporte *et al.* (2011) matizan que las chicas que han sido victimizadas por sus padres, tienen un alto riesgo de re-victimización en sus relaciones de pareja adolescente, pero no así de implicación como agresoras, mientras que los chicos que han sido victimizados en el contexto familiar tienen un riesgo particularmente alto de ser agresores de sus parejas, especialmente si habían sido fuertemente disciplinados por sus padres.

Aunque en menor medida, algunos estudios se han interesado por el análisis de los estilos educativos y de relaciones parentales como posibles factores de riesgo para la implicación en este tipo de violencia: el castigo físico, una práctica parental poco cercana o descuidada, el control psicológico por parte de los progenitores o un comportamiento negligente por parte de estos, se han identificado como posibles variables predictoras, mientras que las habilidades de relación interpersonal y la regulación emocional y comportamental podrían actuar como mediadoras entre las variables mencionadas y la futura violencia en las relaciones sentimentales (Howard, Qui y Boekeloo, 2003; Leadbeater *et al.*, 2008; Schwartz, Hage, Bush y Burns, 2006; Straus y Savage, 2005).

Entre los factores contextuales, el contexto de la pareja adquiere una especial relevancia. Capaldi *et al.* (2003; 2005) señalaron que las características de la pareja —tiempo de la relación, conflictos internos, satisfacción, control o poder, etc.—, así como la dinámica relacional que se establece entre ambos miembros, eran un factor predictivo determinante de la violencia sentimental siendo, por tanto, estos los principales aspectos analizados.

Un amplio número de variables han sido estudiadas como características de la pareja y posibles factores de riesgo. Los estudios han mostrado que la duración y frecuencia de las citas que se establecen en una relación sentimental son factores

relacionados con la violencia, de manera que la implicación en agresiones físicas (Kaestle y Halpern, 2005; Ray y Gold, 1996; Roscoe y Benaske, 1985) está más extendida entre aquellos chicos y chicas que mantienen relaciones sentimentales de larga duración, consideradas como serias, y que conllevan citas frecuentes. De igual forma, los celos, los conflictos, el control y la insatisfacción en general, aumentan el riesgo de implicación en conductas agresivas, fundamentalmente de tipo físico y psicológico/relacional (Bookwala *et al.*, 1992; O'Leary y Smith-Slep, 2003; Vezina y Hebert, 2007).

Interacciones conflictivas, generadas a partir de estas características contribuirían al establecimiento de una dinámica relacional negativa, descrita por algunos autores como una dinámica de escalada del conflicto (por ejemplo, Straus y Gelles, 1987). Así, el factor predictivo más próximo a una agresión física de uno de los miembros de la pareja sería una agresión del mismo tipo por parte del otro miembro (Muñoz-Rivas *et al.*, 2010; O'Leary y Smith-Slep, 2003; White y Smith, 2009), destacándose, por tanto, la violencia mutua o agresión bidireccional como un importante factor de riesgo (Harned, 2002). Pese al consenso en cuanto a la mayor probabilidad de que se dé este doble rol agresivo, ejerciendo y sufriendo la violencia simultáneamente (Capaldi y Gorman-Smith, 2003; Gray y Foshee, 1997; Menesini y Nocentini, 2008; entre otros), existe cierta controversia al determinar si el ser agresor es la causa o la consecuencia de ser víctima y viceversa. De esta forma, un sujeto que agrede a su pareja puede recibir otra agresión de parte de esta, de manera que la victimización actuaría como causa de la agresión. Si consideramos la situación de su pareja, ha sido la victimización lo que ha causado la agresión a su pareja, presumiblemente, como autodefensa.

Como se ha mostrado, el análisis de los factores de riesgo en el comportamiento agresivo dentro de las relaciones sentimentales adolescentes resulta una ardua tarea, debido en gran parte a la multifactoriedad que rodea al fenómeno. Así, si bien podemos identificar entre estos factores de riesgo diversas variables personales, factores ligados a los contextos cercanos y aspectos relacionales de la propia pareja, que apuntan hacia donde puede dirigirse una intervención paliativa al respecto, estos, como González y Santana (2001) señalan, son indicadores que parecen colocar a las relaciones en situación de riesgo, aunque eso no significa que la violencia vaya a producirse necesariamente.





## **Segunda parte**

---

Lo que dice  
la juventud andaluza



## Diseño de un estudio empírico



## Diseño de un estudio empírico

**E**l estudio que se presenta a continuación se enmarca dentro de un proyecto de investigación nacional (I+D) más amplio cuyo objetivo es el análisis de las relaciones sentimentales adolescentes y su relación con distintas formas de violencia (SEJ2007-60673). El presente trabajo se ha centrado en la región de Andalucía, contando con una muestra representativa de estudiantes de Secundaria.

El objetivo principal es el estudio de las relaciones de pareja en la adolescencia, analizando su emergencia, características y desarrollo, así como los posibles factores que contribuirían a explicar la aparición de comportamientos y actitudes violentas.

### 3.1. Intereses del estudio

El interés por conocer y analizar el proceso de iniciación en las relaciones de pareja que experimentan los adolescentes, así como el significado que estas relaciones adquieren para sus protagonistas, mueve el desarrollo del presente trabajo empírico. La complejidad que encierra el propio fenómeno junto a la multitud de factores, *a priori* externos, que contribuyen e inciden en el desarrollo de este proceso, hacen que la delimitación del estudio resulte una tarea ardua. No obstante, la finalidad general del trabajo cristaliza en dos grandes objetivos que, a la par que amplios, resultan operativos:

1. El primero de ellos se focaliza en los aspectos evolutivos de estas relaciones, considerando no solo su proceso de desarrollo, sino la incidencia que este tiene sobre otros ámbitos del desarrollo adolescente. Asumiendo una perspectiva positiva, se establecen dos sub-objetivos de estudio:

- a. Profundizar en el conocimiento de las primeras relaciones sentimentales adolescentes, analizando sus características básicas y el desarrollo evolutivo de las mismas.

Desde la literatura científica se destaca el incremento que se produce durante la adolescencia en lo que se refiere a la implicación en estas relaciones de pareja, de manera que hacia los últimos años de este periodo evolutivo, la mayoría de los chicos y chicas han tenido algún tipo de experiencia sentimental (Collins, 2003; Menesini y Nocentini, 2008). Estas relaciones se definen como intensas, con una buena calidad en cuanto a satisfacción y expectativas sobre ellas (Connolly *et al.*, 2004; Sánchez *et al.*, 2008) y, según apuntan los últimos estudios, con posibilidad de ser estables en el tiempo (Connolly y McIsaac, 2009; 2011). Del mismo modo, se señala que estas relaciones, una vez establecidas, siguen evolucionando y modificando sus características, fundamentalmente en cuanto al significado que adquieren para los adolescentes implicados en ellas (Collins *et al.*, 2003).

Con todo ello, se espera constatar estas tendencias en cuanto a la aparición, definición y desarrollo de las relaciones de pareja, de modo que la mayoría de los participantes tengan o hayan tenido experiencia sentimental y esta sea satisfactoria para sus protagonistas, definiéndose con bajos niveles de conflictos y altas expectativas de futuro. Del mismo modo, se espera poder identificar un patrón de desarrollo de estas relaciones con características diferenciales entre los tipos o momentos de estas relaciones.

- b. Analizar la posible incidencia que la experiencia sentimental tiene en sus protagonistas así como la contribución que esta, en sus diferentes momentos evolutivos y en función de su calidad, tiene para el ajuste personal de los chicos y chicas.

Los estudios realizados han señalado que el proceso de formación de las nuevas parejas y su mantenimiento contribuyen al desarrollo de diversos aspectos personales —tales como identidad, autoestima, etc.— (Braithwaite *et al.*, 2010; Shaffer y Furman, 2009), así como de habilidades interpersonales (Furman, Low y Ho, 2009). Si bien pueden constituir a la vez un factor de riesgo para la implicación en conductas negativas (Joyner y Udry, 2000; Shaffer y Furman, 2009). Algunos autores matizan que no es tanto el hecho de tener una relación en sí misma lo que contribuye al desarrollo positivo del adolescente y al ajuste psicosocial de sus protagonistas, sino el hecho de estar

implicado en una relación percibida como satisfactoria y con buenos índices de calidad (Butzer y Kuiper, 2008).

De acuerdo con los datos que plantean los diferentes estudios, se espera que existan diferencias, en cuanto a ajuste psicosocial, entre aquellos adolescentes que han tenido y aquellos que no han tenido experiencia sentimental; no obstante, se estima que las diferencias serán más notables al considerar la calidad de las parejas en las que estos chicos y chicas se ven envueltos.

2. El segundo gran objetivo se dirige al análisis y explicación de la violencia física que se produce en el interior de estas parejas adolescentes. Asumiendo que este es un riesgo asociado a este tipo de relación, y que su comprensión pasa no sólo por su descripción, sino por el acercamiento a modelos explicativos que sistematicen los diferentes factores de riesgo asociados a ella. Para ello se establecen los siguientes sub-objetivos:
  - a. Analizar la presencia, formas y frecuencia de la violencia física en las parejas adolescentes, considerando el efecto del sexo y edad de los implicados.

La literatura apunta índices de implicación en violencia física similares para chicos y chicas en cualquiera de sus roles —agresores y víctimas—, alcanzando el punto álgido de implicación en torno a los 16 años (Foshee y Reyes, 2011). No obstante, se señala la importancia de considerar aspectos como la frecuencia de implicación en esta violencia o la gravedad de los comportamientos violentos para realizar un análisis en profundidad (Foshee y Reyes, 2011; Sánchez *et al.*, 2008; White *et al.*, 2000).

Dado que los estudios previos realizados en España avalan los datos generales presentados por la literatura internacional, se espera que los datos de implicación en esta muestra de jóvenes andaluces confirme esta tendencia. Si bien aún no se cuenta con datos extensos y contrastados respecto al análisis pormenorizado de este tipo de violencia en España, se estima que, como en estudios previos, serán los comportamientos ocasionales y más leves los que estén más extendidos entre los adolescentes.

- b. Determinar el efecto predictor que las variables personales y del contexto —sea de iguales, sea de pareja— tienen sobre la agresión y victimización físicas en las relaciones sentimentales adolescentes, considerando las posibles diferencias entre los modelos predictores de chicos y chicas.

Modelos evolutivos y multifactoriales (Capaldi *et al.*, 2003) avalan la importancia de las variables personales (Roberts y Klein, 2003; Vézina y Hebert, 2007), los contactos sociales (Howard *et al.*, 2003) y las propias características de la relación (O'Leary y Smith-Slep, 2003) en el establecimiento de la violencia en el seno de las parejas adolescentes, estableciendo algunas distinciones no sólo en cuanto al rol de implicación —agresor *vs.* víctima— sino en cuanto al sexo de los implicados (Follingstad *et al.*, 1991; 1999; Jackson, 1999).

En esta línea, se espera estimar diferentes modelos explicativos de la violencia física en las parejas adolescentes, considerando el rol de implicación así como el sexo de los implicados, a partir de variables personales, del contexto de iguales, y del propio contexto de la pareja. Pese a que las variables predictoras puedan resultar similares para chicos y chicas, se estima que, de acuerdo a la literatura previa, el peso de estas sobre la violencia será diferente en función del sexo.

### 3.2. Participantes

Los chicos y chicas que participaron en este estudio estaban escolarizados en Centros de Enseñanza Secundaria de Andalucía, en los cursos correspondientes al segundo ciclo de Enseñanza Secundaria Obligatoria (ESO) y Bachillerato. A partir de la información facilitada por la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía sobre los distintos centros educativos andaluces, se elaboró un listado de estos teniendo en cuenta la provincia y etapa. Utilizando una tabla de números aleatorios se seleccionaron, respetando la proporcionalidad de población escolarizada, un total de 48 centros de las ocho provincias andaluzas: 28 centros de Educación Secundaria Obligatoria y 20 centros de Bachillerato, de los cuales 22 fueron considerados centros titulares (11 de Secundaria y 11 de Bachillerato) y 26 centros sustitutos. Concretamente, fueron entrevistados un total de 3.258 adolescentes (chicos 48,6 %; chicas 51,4 %) de las ocho provincias andaluzas de entre 15 y 21 años (ver tabla 1).



Tabla 1. Características personales de los participantes

		Frecuencia	Porcentaje
Sexo (Perdido 0,5 %)	Hombre	1.575	48,6 %
	Mujer	1.666	51,4 %
Curso	3.º ESO	988	30,3 %
	4.º ESO	830	25,5 %
	1.º Bachillerato	802	24,6 %
	2.º Bachillerato	638	19,6 %
Edad Perdido 2,1 % $\bar{x}=16,76$ $d.t.=1,24$	15 años	597	18,7 %
	16 años	784	24,6 %
	17 años	882	27,6 %
	18 años	704	22,1 %
	19 años	173	5,4 %
	20 años	39	1,2 %
	21 años	10	0,3 %
Provincia	Córdoba	412	12,6%
	Huelva	440	13,5 %
	Sevilla	728	22,3 %
	Cádiz	398	12,2 %
	Málaga	441	13,5 %
	Jaén	294	9,0 %
	Granada	260	8,0 %
	Almería	285	8,7 %
N=3.258			

Respecto a las características familiares de los participantes, el 86,6 % convivían con ambos progenitores, mientras que un 10,7 % vivía sólo con la madre. Un 1,7 % convivía con el padre y un 1% con ninguno de los dos. Sólo el 16,5 % de los chicos no convivía con ningún hermano/a, mientras que los demás convivían al menos con un hermano o hermana.

Respecto al nivel educativo de los padres y madres, aproximadamente la mitad de ellos tenían estudios básicos (44 % y 46,1 % de padres y madres, respectivamente), mientras que el 25,3 % y 22,3 % de padres y madres habían alcanzado estudios universitarios.

El desempeño laboral se distribuía de forma desigual entre padres y madres, siendo en cualquier caso, trabajos domésticos o artesanales de baja cualificación los más ampliamente desempeñados. Así, el 38 % de los padres realizaban trabajos artesanales seguidos de un 10 % que realizaban labores empresariales y un 9,3 % labores comerciales; por su parte, el 41,6 % de las madres eran amas de casa, seguidas de un 16,4 % que realizaban trabajos artesanales y un 9,1 % labores administrativas.

### **3.3. Instrumentos y procedimiento de obtención de la información**

Los estudiantes que participaron en este estudio fueron entrevistados en horario escolar, a través de un autoinforme diseñado acorde a los objetivos que se planteaban.

Previo consentimiento por parte de las familias y del centro, distintos entrevistadores ajenos a este fueron entrenados para la administración del cuestionario. Con esto se pretendía que todos ellos adquiriesen conocimiento del contenido y forma de los diferentes instrumentos que conformaron la batería final utilizada.

Se prestó especial atención a la unificación de los conceptos que aparecían a lo largo de la batería (novio/a, pareja formal,...) así como al conocimiento exhaustivo de las instrucciones específicas de cada uno de los instrumentos (los que consideran la experiencia en los últimos meses, frente a los que consideran cualquier tipo de experiencia previa, los que hacen referencia a comportamiento no deseados, la diferenciación entre los que consideran la perspectiva de agresor y víctima,...). De cualquier forma, se dispuso una plantilla de registro de incidencias, tratando de aunar las decisiones y criterios de todos los encuestadores.

Como se ha apuntado, los instrumentos seleccionados para este estudio formaban parte de un proyecto más amplio, de forma que la cantidad total de instrumentos utilizados conformaron una batería estructurada en dos cuadernillos de autoinforme que fueron administrados al alumnado en dos horas no consecutivas. Con la premisa de ser totalmente anónimo, se les pidió a los chicos y chicas que, de forma individual, rellenasen los datos que se les pedían, incluyendo en cada cuadernillo un código a modo de clave que nos permitiera unir las dos partes de la batería de una misma persona. La cumplimentación de estos cuadernillos, pese a la cantidad de instrumentos que contemplaban, no tomaba más de 45-60 minutos en cada ocasión.

Se detallan a continuación únicamente los instrumentos utilizados para el presente trabajo, agrupándolos en cinco grandes bloques en función de sus objetivos de análisis. Todos estos instrumentos fueron sometidos a procesos de validación (Análisis Factorial Confirmatorio —CFA—) que aseguraron su adecuación con los participantes del estudio.

### 3.3.1. Bloque I: datos socio-demográficos

Se pedía a los chicos y chicas que respondiesen a una serie de preguntas directas que hacían alusión a datos relativos al centro (p. ej. curso, grupo, localidad, centro TIC) y a ellos mismos y sus familias (p. ej. sexo, fecha de nacimiento, ¿con quién vives?, estudios y profesión de madre y padre).

### 3.3.2. Bloque II: variables personales, comportamentales y actitudinales

#### 3.3.2.1. Autoestima

La autoestima de los adolescentes que participaron en este trabajo fue medida a partir de la escala desarrollada por Rosenberg a tal efecto (Self-esteem Scale: Rosenberg, 1965). Diseñada originalmente como una escala Guttman y testada en adolescentes, actualmente esta escala, compuesta por diez ítems (formulados cinco en positivo y cinco en negativo), suele ser puntuada como escala Likert de cuatro puntos (0-3), considerándose que a mayor puntuación, mayor nivel de autoestima. Su estructura factorial fue validada apuntando la medida de dos escalas: autoconfianza y autodesprecio ( $N=2.993$ ;  $GL=33$ ;  $X^2=458,932$ ,  $p=0,000$ ;  $NFI=0,945$ ;  $CFI=0,948$ ;  $RMSEA=0,066$  ( $Lo90-Hi90=0,060-0,071$ )).

La Escala de Autoestima de Rosenberg (1965) es probablemente uno de los instrumentos más utilizados para la medida de este aspecto en el ámbito de las ciencias sociales. Se cuenta con su traducción en, al menos, 28 idiomas y ha sido administrada a más de 16.998 participantes a lo largo de 53 países diferentes. En España la versión más extendida es la traducción realizada por Echeburúa (1995), si bien, incorporando algunas modificaciones lingüísticas (Vázquez, Jiménez y Vázquez-Morejón, 2004), validada posteriormente por Martín-Albo *et al.* (2007) con estudiantes universitarios.

### 3.3.2.2. Problemas internalizantes y externalizantes

El Youth Self-Report es un instrumento desarrollado por Achenbach (1991) para la evaluación de la psicopatología infantil y adolescente —entre 11 y 18 años— formado por 112 ítems para la exploración de conductas adaptativas y prosociales así como conductas problema.

Este instrumento ha sido objeto de adaptación y estudio en la población española (Lemos, Fidalgo, Calvo y Menéndez, 1992a; 1992b; 1992c), siguiendo la estructura del original. En este estudio, y tomando como referente los trabajos realizados por Lemos *et al.*, se han considerado un total de 26 ítems correspondientes a cuatro síndromes comunes: depresión y problemas de relación o aislamiento (comportamientos internalizantes) y conducta delictiva y agresividad verbal (comportamientos externalizantes). Estos ítems, referidos a diversas afirmaciones sobre distintas actitudes o comportamientos debían ser contestados por los adolescentes de acuerdo con su aplicabilidad y frecuencia, eligiendo 0 cuando su contenido no era verdad o no tenía sentido para ellos, 1 cuando era algo verdad o les sucedía a veces, y 2 cuando era muy cierto o les sucedía frecuentemente ( $N=2.798$ ;  $GL=266$ ;  $X^2=2158,031$ ,  $p=0,000$ ;  $NFI=0,851$ ;  $CFI=0,867$ ;  $RMSEA=0,050$  ( $Lo90-Hi90=0,048-0,052$ )).

### 3.3.2.3. Actitudes sexistas

Para medir las creencias sexistas de los jóvenes participantes en el presente trabajo, se utilizó la Escala de Detección del Sexismo Adolescente (Cuadrado *et al.*, 2005 citado en Recio, Cuadrado y Ramos, 2007). Elaborada a partir de un conjunto de 57 ítems, esta batería inicial fue sometida a un proceso de depuración basada en criterios conceptuales y psicométricos hasta llegar a una versión final validada de 26 ítems (Recio *et al.*, 2007). Los adolescentes debían responder en una escala Likert de 6 puntos según su grado de acuerdo (desde 1= «totalmente en desacuerdo» hasta 6= «totalmente de acuerdo») con una serie de afirmaciones que medían dos dimensiones de sexismo: benévolo (10 ítems) y hostil (16 ítems) ( $N=2.837$ ;  $GL=293$ ;  $X^2=2986,001$ ,  $p=0,000$ ;  $NFI=0,916$ ;  $CFI=0,924$ ;  $RMSEA=0,057$  ( $Lo90-Hi90=0,055-0,059$ )).

### 3.3.2.4. Consumo de sustancias

A partir de la revisión de diferentes instrumentos desarrollados y validados en su uso para el estudio del consumo de sustancias en adolescentes, se decidió diseñar un instrumento ad hoc (Ortega, Sánchez y Ortega-Rivera, 2008) que se adaptara a

los objetivos de estudio y que contemplara aquellos aspectos que interesaban medir para este trabajo. Se desarrollaron cuatro preguntas globales que analizaban el consumo de tabaco, alcohol y drogas (hachís o marihuana), la frecuencia en su consumo y la edad de inicio de estas prácticas.

### 3.3.3. Bloque III: Variables del contexto de iguales

#### 3.3.3.1. Comportamiento agresivo

Tras la revisión de diversos instrumentos para el estudio de los comportamientos y actitudes agresivas en población adolescente, y tomando como referencia el Cuestionario de Convivencia, Conflictividad y Acoso Escolar (Ortega, Del Rey y Mora-Merchán, 2008) desarrollado para el análisis del *bullying* tradicional, *bullying* xenófobo y *ciberbullying*, se seleccionaron dos preguntas directas que permitían obtener una medida de implicación en comportamientos agresivos entre iguales como agresor y como víctima.

#### 3.3.3.2. Molestias sexuales

Sea en el contexto nacional como internacional, uno de los instrumentos más utilizados para medir las molestias y comportamientos agresivos de carácter sexual ha sido el desarrollado para el Survey on Sexual Harassment in America (AAUW, 1993). Originalmente dirigido a 1.632 estudiantes de 79 escuelas de EEUU, el cuestionario ha sido traducido, adaptado y utilizado posteriormente en diversos contextos y diversas edades (entre otros, Ortega *et al.*, 2008; 2010, en el contexto nacional; en el contexto internacional, Dahinten, 2003; Hand y Sánchez, 2000; Pellegrini, 2001; Timmerman, 2002; Witkoska y Kjellberg, 2005; Pepler *et al.*, 2006; Gruber y Fineran, 2008; Nocentini y Menesini, 2008).

Para este estudio se han tomado como referentes los estudios realizados previamente por Ortega *et al.* (2008, 2010) en los que se aplicaba la traducción en español del instrumento original. Si bien, se han considerado algunas de las modificaciones aplicadas por McMaster *et al.* (2002) referidas a los anclajes de la escala Likert, a la limitación del tiempo en el que se producían los comportamientos y a la eliminación de un comportamiento que raramente se correspondía con la realidad de nuestras escuelas. Quedaron así 13 ítems medidos en escala Likert de cinco puntos en los que los participantes manifestaban con qué frecuencia habían estado implicados en los últimos tres meses,

como agresores o como víctimas, en una serie de molestias sexuales. El estudio cross-cultural España-Italia realizado por Ortega *et al.* (2010) centrado en la victimización por parte de las chicas, ponía de manifiesto una estructura bifactorial que consideraba un factor de molestias visuales/verbales con connotaciones sexuales (VVSH) y otro de molestias sexuales con contacto físico (PCSH). Sobre esta base, una estructura bifactorial ha sido validada para victimización ( $N=2.825$ ;  $GL=40$ ;  $X^2=645,457$ ,  $p=0,000$ ;  $NFI=0,943$ ;  $CFI=0,946$ ;  $RMSEA=0,073$  ( $Lo90-Hi90=0,068-0,078$ )) y agresión ( $N=2.942$ ;  $GL=29$ ;  $X^2=516,307$ ,  $p=0,000$ ;  $NFI=0,964$ ;  $CFI=0,966$ ;  $RMSEA=0,076$  ( $Lo90-Hi90=0,070-0,081$ )) diferenciando así entre molestias sexuales con contacto físico y molestias sexuales de índole visual/verbal.

### 3.3.3.3. *Comportamiento transgresivo*

Para medir el comportamiento transgresivo entre compañeros, se tomó como referente el *Peer Orientation* (Fuligni y Eccles, 1993), instrumento desarrollado para el análisis del comportamiento relacional entre iguales en sus dos vertientes —en términos positivos refiriéndose a la búsqueda de consejo y apoyo, y en término negativos, referido al comportamiento transgresivo respecto a la norma o a sus propios intereses—. Así, los adolescentes respondieron a cuatro ítems medidos en escala Likert de cinco puntos (1 = poco o nada; 5 = siempre) que medían la frecuencia con que realizaban diversos comportamientos transgresivos a favor del mantenimiento de la relación de amistad ( $N=3.204$ ;  $GL=2$ ;  $X^2=11,551$ ,  $p=0,003$ ;  $NFI=0,995$ ;  $CFI=0,996$ ;  $RMSEA=0,039$  ( $Lo90-Hi90=0,019-0,061$ )).

## 3.3.4. Bloque IV: Características y calidad de las relaciones sentimentales de los adolescentes

### 3.3.4.1. *Situación sentimental y experiencia de ruptura*

A partir de distintos focos de grupo con población adolescente, Connolly *et al.* desarrollaron un instrumento dirigido al estudio de las primeras parejas sentimentales y a la participación de los jóvenes en este tipo de relación social (Connolly *et al.*, 1999, 2000). Utilizado por las autoras en su versión actual en 2004, el instrumento se compone de ocho ítems dicotómicos (verdadero/falso) que describen actividades sociales en las que los adolescentes podían participar después de clase o los fines de semana, referentes a tres contextos sociales: grupos mixtos, grupos homogéneos o grupos mixtos con carácter sentimental. Se incluyen también preguntas sobre la si-

tuación sentimental actual, el interés por establecer relaciones sentimentales, la duración de estas en caso de tenerlas o el tiempo dedicado a ella después del colegio.

Para el presente trabajo se ha usado una adaptación de este instrumento utilizada previamente con población adolescente española e italiana (Ortega *et al.*, 2008; Sánchez *et al.*, 2008). Esta versión analiza las dimensiones cuantitativas y cualitativas de estas primeras relaciones sentimentales a partir de dos bloques de preguntas: el primero (diez ítems) evalúa la relación sentimental del adolescente tanto presente como pasada, incluyendo preguntas sobre el número de parejas, la duración de estas, las actividades que realizan, la frecuencia y el tiempo que pasan con ellas y la satisfacción respecto a su situación sentimental actual. El segundo bloque (seis ítems) aborda la experiencia de ruptura de una relación así como las consecuencias de este hecho.

#### 3.3.4.2. Factores de calidad de pareja

Para conocer cómo eran las parejas adolescentes en cuanto a la calidad de estas se refiere, se seleccionaron una serie de ítems que permitían indagar tres aspectos positivos y tres negativos: de un lado, compañía e intimidad, comunicación y expectativas de futuro; y de otro, conflicto, desequilibrio de poder y comportamiento transgresivo.

Para las tres escalas positivas, así como para la escala de conflicto se utilizaron ítems provenientes del Network Relationship Inventory (Furman y Burhmester, 1985; 1992). Este instrumento fue diseñado en origen con 30 ítems medidos en escala Likert de cinco puntos que evaluaban doce cualidades positivas y negativas de las relaciones que establecían los chicos y chicas con distintos miembros de la familia, amigos y profesores (siete correspondientes a disposiciones sociales como ayuda, afecto, intimidad... y cinco correspondientes a aspectos negativos como conflictos, castigos, enfados...). Posteriormente revisado (Furman y Wehner, 1994), el cuestionario se centró en el análisis de la percepción de los chicos y chicas respecto a la calidad de la relación con sus amigos íntimos y su relación sentimental. Estas cuatro escalas señaladas han sido utilizadas previamente en estudios españoles con adolescentes (Sánchez *et al.*, 2008; Menesini *et al.*, 2011), y confirmaron su validez para el presente estudio ( $N=2.312$ ;  $GL=85$ ;  $X^2=807,396$ ,  $p=0,000$ ;  $NFI=0,964$ ;  $CFI=0,967$ ;  $RMSEA=0,061$  ( $Lo90-Hi90=0,57-0,064$ )).

Tomando nuevamente como referente el *Peer Orientation* (Fuligni y Eccles, 1993), se hizo una adaptación de los cuatro ítems que medían el aspecto más negativo de la relación, referido a la transgresión de la norma o de los propios intereses a favor de esta.

Siendo la pareja el contexto de análisis, estos ítems medidos en escala Likert de cinco puntos constituyeron la escala de comportamiento transgresivo, haciendo alusión a una situación en la que los adolescentes daban tal importancia a su pareja que podían sacrificar el desarrollo positivo de algunos aspectos de su vida para mantenerla. A esta medida se añadieron ad hoc, y siguiendo la misma estructura de las escalas anteriores, cuatro ítems en escala Likert con el mismo número de anclajes dirigidos a la medida del desequilibrio de poder entre los miembros de la pareja ( $N=2.433$ ;  $GL=18$ ;  $X^2=168,614$ ,  $p=0,000$ ;  $NFI=0,968$ ;  $CFI=0,971$ ;  $RMSEA=0,059$  ( $Lo90-Hi90=0,059-0,067$ )).

### 3.3.5. Bloque V: Violencia en las relaciones sentimentales de los adolescentes

#### 3.3.5.1. Violencia física

Para estudiar la presencia de violencia física en el interior de las parejas adolescentes, se tomó como referencia la *Conflict Tactics Scale* desarrollada por Straus (1979) y diseñada originalmente para la medida de violencia física en diversos grados, así como violencia verbal. Esta escala, posteriormente modificada (M-TCS, Strauss *et al.*, 1996) ha sido uno de los instrumentos más utilizados dentro de este tópico de investigación. Esta última versión ha sido validada en España por Muñoz-Rivas *et al.* (2007a) con población juvenil de entre 16 y 26 años y por Montes-Berges (2008) con población clínica.

Nocentini *et al.* (2010; 2011) en estudios previos con población italiana y canadiense de entre 14 y 16 años centrados en violencia física en parejas adolescentes, realizan diversas modificaciones sobre los ítems originales considerando las dificultades que otros trabajos habían señalado en cuanto a frecuencias y superposición de ítems. La traducción de esta versión ha sido utilizada en España (Sánchez *et al.*, 2008), con población juvenil ofreciendo buenos resultados de fiabilidad.

En el presente estudio se utiliza esta última versión del instrumento, compuesta por un total de nueve ítems bidireccionales que miden la frecuencia con que chicos y chicas se ven envueltos en una serie de comportamientos violentos de carácter físico, sea en cuanto a agresión como en cuanto a victimización, en una escala Likert de cinco puntos (0 = nunca; 1 = raramente; 2 = algunas veces; 3 = muchas veces; 4 = siempre). Este instrumento ha sido validado recientemente con esta misma muestra de estudio (Viejo, Sánchez y Ortega, en prensa).



Un estudio  
con jóvenes andaluces



## Un estudio con jóvenes andaluces

Los estudios elaborados hasta el momento han establecido el marco de análisis en el ámbito de las relaciones sentimentales adolescentes, captando el interés de la comunidad científica y dirigiéndolo hacia elementos de estudio fundamentales para el progreso en este tópico. Se han señalado aspectos descriptivos, tan importantes como básicos, para la conceptualización de este tipo de relación social y su delimitación terminológica, y se han apuntado nuevas líneas de estudio de carácter más explicativo sobre las que la necesidad de análisis en profundidad resulta ineludible. De este modo, los esfuerzos por entender y avanzar en esta línea de investigación ponen al descubierto algunas lagunas de conocimiento en las que aún es necesario profundizar.

### 4.1. Análisis preliminares

Antes de comenzar con el estudio propiamente dicho, resultó necesaria la preparación de los datos y la comprobación de determinadas asunciones estadísticas.

Sobre la muestra original de 3.258 participantes y siguiendo las indicaciones de Salvador-Figueras y Gallardo (2003), se realizó un diagnóstico estadístico de la aleatoriedad de los datos ausentes comprobando que estos eran aleatorios. Sin embargo, ocho de los participantes presentaban un 65 % o más de variables perdidas, por lo que dada la alta tasa de respuesta ausente en cada uno de ellos y que el tamaño muestral no se veía significativamente reducido, se decidió la supresión de estos de la muestra final ( $N=3.250$ ).

Por otra parte, se abordó el análisis de los planteamientos básicos que subyacen a la mayoría de los procedimientos estadísticos. De un lado, el propio tamaño de la muestra representaba el primer hito a considerar. La mayoría de los estadísticos realizados para el presente estudio se basan en la generación de una hipótesis experimental y la comprobación de su efecto significativo sobre la población objeto de estudio (Field, 2009). Sin embargo, efectos pequeños o poco importantes pueden resultar estadísticamente significativos si la muestra empleada es demasiado grande (Field y Hole, 2003). Para evitar en la medida de lo posible este sesgo, se utilizó una medida de tamaño del efecto para aquellos test más sensibles al tamaño muestral.

Por último y pese a que en el campo de la investigación psicológica, educativa y de las ciencias sociales en general, es difícil asumir el cumplimiento de todos los prerrequisitos que asumen las diferentes pruebas estadísticas realizadas, sí es necesaria la consideración y valoración de los datos respecto a tales asunciones con el objetivo de que la interpretación de estos sea lo más ajustada posible a la realidad. Diversos autores (Field, 2009; Levy y Varela, 2006; entre otros) han señalado la necesaria consideración de, entre otros, criterios relativos al nivel de medida, al número de valores por indicador, al número mínimo de observaciones, al número de indicadores y al de indicadores por variable latente, a la distribución de los datos, etc. Los instrumentos utilizados permitían garantizar muchos de los prerrequisitos referidos al nivel de medida y a las características de los propios indicadores. Respecto a la asunción de la normalidad, se decidió no transformar los datos empíricos originales, prestando especial atención, no obstante, a la distribución de estos mediante la observación del histograma respecto a la curva normal así como al valor de asimetría y curtosis que presentaban. Del mismo modo, y siguiendo el estudio de Rodríguez y Ruiz (2008), al realizar los análisis correspondientes a CFA (Confirmatory Factor Analysis) de las escalas se consideró el valor del coeficiente de Mardia. Este estadístico ofrece una medida de distribución multivariante que, según estos autores, no debe superar 70 en valor absoluto para que la distribución pueda ser considerada dentro de los márgenes permitidos en estos análisis.

## 4.2. Parejas adolescentes: desvelando mitos

Si bien las relaciones sentimentales adolescentes han sido consideradas en numerosas ocasiones como un tipo de relación social superflua, marcadas con un carácter pueril e ingenuo que las dotaba de cierta trivialidad, los estudios han demostrado que la percepción de los adolescentes sobre ellas dista sobremedida

de esta concepción popular. Con el objetivo de conocer cuánto hay de verdad en cada una de estas ideas sociales convertidas en mitos, se presentan a continuación los resultados descriptivos derivados del estudio de las relaciones sentimentales adolescentes y su influencia en la vida de los chicos y chicas de estas edades.

#### 4.2.1. Situación sentimental de los adolescentes andaluces

Siguiendo las aportaciones de la literatura científica existente, se estableció como primer objetivo de estudio el conocimiento y análisis de la situación sentimental de los chicos y chicas participantes. Utilizando el instrumento desarrollado por Connolly *et al.* (2000), se establecieron tres categorías diferenciadas a razón de la experiencia sentimental que tenían o habían tenido los adolescentes.

**Tabla 2.** Situación sentimental actual de los adolescentes andaluces: sexo y edad

		Nunca tuve novio/a		Tengo novio/a actualmente		He tenido novio/a antes	
		Recuento	Porcentaje	Recuento	Porcentaje	Recuento	Porcentaje
Sexo	Chico	276	18,3 %	419	27,8 %	813	53,9 %
	Chica	189	11,5 %	781	47,6 %	670	40,9 %
	Total	465	14,8 %	1.200	38,1 %	1.483	47,1 %
N=3.148 perdidos 3,4 %.							
Edad	15	165	28,4 %	129	22,2 %	286	49,3 %
	16	106	13,9 %	254	33,4 %	401	52,7 %
	17	109	12,7 %	340	39,6 %	409	47,7 %
	18	74	10,8 %	337	49,3 %	272	39,8 %
	19 o más	7	3,2 %	118	53,9 %	94	42,9 %
	Total	461	14,9 %	1.178	38 %	1.462	47,1 %
N= 3.101: perdidos 4,8 %.							

La tabla 2 muestra los resultados obtenidos en función del sexo y edad de los participantes. Más del 80 % de los chicos y chicas tenía o había tenido experiencia sentimental en el momento de ser encuestados. No obstante, el porcentaje de implicados en este tipo de relaciones aumentaba a medida que se avanzaba en edad, de forma que mientras a los 15 años el 28,4 % de los adolescentes no había tenido nunca pareja, llegados a los 19 años aproximadamente, sólo un 3,2 % afirmaba no tener experiencia sentimental previa.

Dada la naturaleza de los datos y el objetivo de estudio, se hacía ineludible el análisis de las posibles diferencias establecidas en función del sexo y edad de los participantes. Atendiendo al valor de chi-cuadrado, la situación sentimental de los adolescentes difería en función del sexo de estos [ $\chi^2_{(2, n=3.148)}=133,970, p=0,000$ ], sin embargo, un valor de V de Cramer de 0,206 y de Lambda de 0,067 apuntaban que esta relación significativa podía deberse al tamaño muestral, siendo que la asociación entre ambas variables resultaba baja. De forma análoga ocurría al poner en relación la situación sentimental con la edad de los participantes: con un valor significativo de chi-cuadrado de  $\chi^2_{(8, n=3.101)}=197,299, p=0,000$ , los estadísticos V de Cramer ( $V=0,178$ ) y Lambda ( $\lambda=0,054$ ) indicaban una relación débil entre la edad y la situación sentimental de los adolescentes.

De este modo, los resultados confirman la importancia que este nuevo tipo de relación sentimental tiene para los chicos y chicas, de forma que hacia el final de la adolescencia la mayoría de ellos ha tenido algún tipo de experiencia sentimental, sin que el sexo ni la edad incidan de manera significativa en este aspecto.

#### 4.2.2. Características de las parejas adolescentes

Dada la importancia que este tipo de relaciones tiene para los adolescentes y su masiva implicación en ellas durante esta etapa del desarrollo, se profundizó en el estudio de estas parejas analizando algunas de sus características definitorias.

##### 4.2.2.1. Frecuencia y solidez de las parejas

En primer lugar, se analizó el número de parejas que los adolescentes habían tenido hasta el momento de ser encuestados, así como la duración media de estas. Se consideró para este análisis una submuestra ( $n=2.695$ ) correspondiente a los chicos y chicas que habían tenido experiencia sentimental pasada o presente. Como

en los análisis previos, se examinaron las posibles diferencias establecidas a razón del sexo y edad de los participantes.

La tabla 3 muestra los resultados obtenidos respecto al número y duración de las parejas de los adolescentes. Los chicos y chicas entrevistados habían tenido cuatro ó cinco parejas a lo largo de su vida sentimental, con duraciones variables que iban desde una semana hasta los cinco años de relación. Para analizar las diferencias en base al sexo de los implicados, se utilizó el estadístico T-Student. Siendo esta una medida sensible al tamaño muestral, se utilizó el coeficiente  $r$  de Pearson para estimar el tamaño del efecto (Field, 2009) —entendido como la transformación de las puntuaciones  $t$  en puntuaciones  $r$  de acuerdo a la fórmula  $r = \sqrt{t^2 / (t^2 + df)}$ — de manera que valores iguales o superiores a 0,10 indicaban un efecto pequeño, valores iguales o superiores a 0,30 indicaban un efecto medio, y valores iguales o superiores a 0,50 indicaban un amplio efecto. De este modo, la evaluación conjunta de la probabilidad de  $t$  y el tamaño del efecto medido en puntuaciones  $r$ , permitían una valoración más acertada de la significatividad de las posibles diferencias.

**Tabla 3.** Cantidad y duración de parejas

		Media	D. T.	Media	D. T.
¿Con cuántos has salido en total?	Chico	4,90	8,090	4,19	6,407
	Chica	3,61	4,543		
¿Con cuántos has salido en los dos últimos meses?	Chico	1,01	2,395	0,94	1,728
	Chica	0,89	0,829		
Si no tienes pareja ahora, ¿cuánto duró tu última relación?	Chico	21,59	(1-260)	22,14	(1-260 semanas)
	Chica	22,85	(1-156)		
¿Cuánto dura tu relación actual?	Chico	36,34	(1-216)	51,53	(1-288 semanas)
	Chica	59,55	(1-288)		
N= 2.695					

Los análisis t realizados mostraron, respecto al número total de parejas, una diferencia estadísticamente significativa a favor de ellos siendo que los chicos habían tenido más parejas que las chicas a lo largo de su vida sentimental adolescente [ $t_{(1.635, 97)}=4,691$ ;  $p=0,000$ ]. El tamaño del efecto, sin embargo, apuntaba un efecto pequeño ( $r=0,12$ ) que indicaba que tal diferencia estaba mediada en gran medida por el tamaño de la muestra. Respecto a la duración de la pareja actual, sin embargo, fueron ellas quienes apuntaron relaciones más duraderas que los chicos [ $t_{(1.058, 94)}=8,385$ ;  $p=0,000$ ], con un valor de  $r=0,25$  que, igualmente, apuntaba un tamaño de efecto pequeño (ver tabla 3).

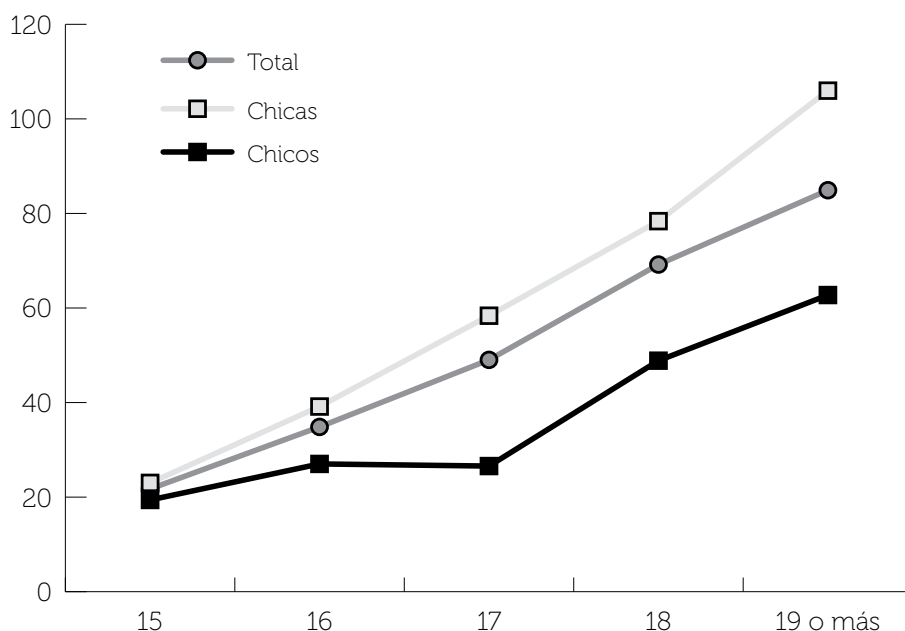
Para determinar la influencia de la edad sobre los resultados, se realizaron comparaciones múltiples de media a través de análisis ANOVA. Las diferencias significativas obtenidas con este estadístico fueron también contrastadas con los resultados derivados de la medida del tamaño del efecto —medido con el estadístico eta cuadrado  $\eta^2$ — (Field, 2009). Siendo que  $\eta^2$  es comparable a  $r^2$ , un valor de 0,01 indicaría un efecto pequeño, valores de 0,09 indicarían un efecto medio y valores de 0,25 indicarían un amplio efecto (Cohen, 1992).

Los resultados apuntaron que únicamente la duración de las relaciones, tanto pasadas [ $F_{(4, 438)}=11,933$ ;  $p=0,000$ ] como presentes [ $F_{(4, 1.178)}=46,793$ ;  $p=0,000$ ], se veía influida por la edad de los chicos y chicas resultando, en ambos casos, que el tamaño del efecto resultaba medio/alto ( $\eta^2=0,10$  y  $\eta^2=0,14$ , respectivamente). Las comparaciones post hoc utilizando la prueba de Tamhane señalaron que, mientras que para las relaciones pasadas las diferencias significativas se establecían entre los grupos de edad extremos (15-16 vs. 18-19 o más), para las relaciones actuales la duración de las parejas aumentaba de manera estadísticamente significativa a medida que aumentaba la edad de los chicos y chicas, dejando de existir tal significatividad a partir de los 18 años de edad (gráfico 1).

Se comprobó además el efecto de interacción entre el sexo y la edad sobre la duración de la pareja actual, puesto que los análisis habían señalado efecto independiente de ambas variables. El análisis ANCOVA realizado apuntaba un efecto de interacción significativo [ $F_{(4, 1.182)}=4,515$ ;  $p=0,001$ ], que indicaba que chicos y chicas seguían trayectorias diferentes a lo largo de la adolescencia en cuanto a la duración de sus parejas se refiere (gráfico 1), sin embargo, el tamaño de este efecto resultaba pequeño ( $\eta^2=0,02$ ).



**Gráfico 1.** Duración media de la relación sentimental actual: efecto de la edad y el sexo



Con todo ello, los resultados apuntaron que las incipientes parejas que se inician al comienzo de la adolescencia pueden llegar a consolidarse en el tiempo, lo que explicaría las diferencias significativas encontradas entre la duración de las parejas de los chicos más jóvenes y los más mayores. El sexo, y la interacción de este con la edad, no apuntaron diferencias estadísticamente significativas.

#### 4.2.2.2. Calidad de las relaciones sentimentales adolescentes

Para valorar la calidad de las relaciones y la satisfacción de los chicos y chicas respecto a estas, tan importantes resultan los comportamientos desplegados dentro de la pareja —por cada uno de sus miembros y en interrelación—, como la interpretación que ambos hagan de estos. En consecuencia, el análisis de las principales variables tanto positivas como negativas que pudiesen incidir en este sentido sobre la calidad de la pareja se revelaban como un aspecto fundamental para la comprensión de estas.

A partir de los instrumentos desarrollados por Furman y Burhmester (1992) y Furlini y Eccles (1993) se analizaron tres escalas de calidad positiva —compañía/intimidad, expectativas de futuro, comunicación— y tres escalas de calidad negativa —conflictos, desequilibrio de poder, comportamiento transgresivo—. Se presentan los resultados atendiendo al sexo y edad de los participantes.

La tabla 4 muestra los principales resultados obtenidos. Con puntuaciones medias en las escalas positivas por encima de 3,0 y en torno al 1,5 en las negativas, los adolescentes señalaron una calidad de pareja media-alta, exceptuando la escala de conflicto con una puntuación media de 2,19.

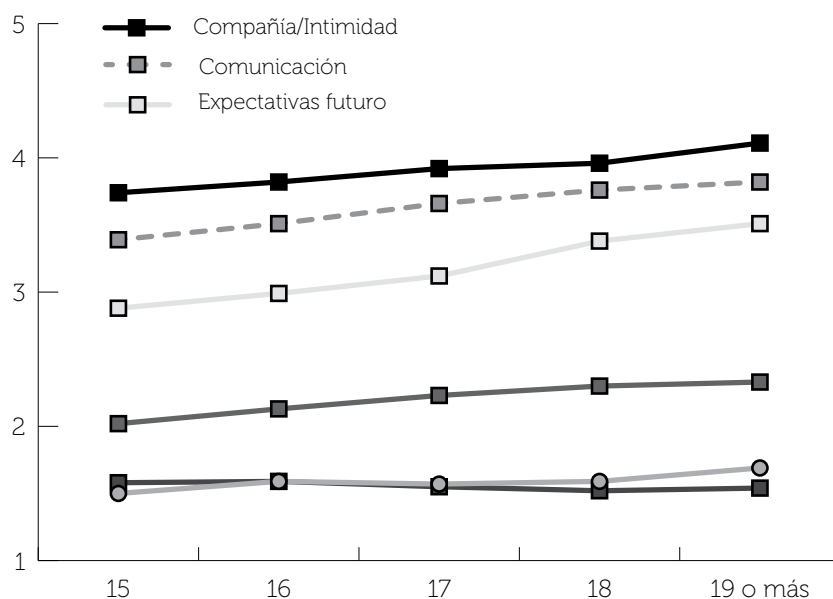
**Tabla 4.** Variables de calidad de las parejas adolescentes

		Media	D. T.	Media	D. T.
Compañía/Intimidad	Chico	3,683	1,018	3,888	0,928
	Chica	4,051	0,816		
Expectativas de futuro	Chico	2,844	1,3223	3,129	1,376
	Chica	3,353	1,377		
Comunicación	Chico	3,387	1,201	3,603	1,161
	Chica	3,772	1,101		
Conflicto	Chico	2,089	0,791	2,191	0,815
	Chica	2,271	0,823		
Desequilibrio de poder	Chico	1,657	0,712	1,578	0,659
	Chica	1,515	0,606		
Comportamiento transgresivo	Chico	1,689	0,735	1,558	0,654
	Chica	1,452	0,560		
N=2.695					

Respecto a la influencia de la edad de los chicos y chicas en la calidad de sus relaciones de pareja (ver gráfico 2), los análisis ANOVA señalaron diferencias significativas en todas las escalas positivas si bien, con valores de eta cuadrado pequeños (compañía [ $F_{(4, 2.260)}=6,562$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,01$ ], expectativas de futuro [ $F_{(4, 2.239)}=12,258$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,02$ ] y comunicación [ $F_{(4, 2.244)}=8,110$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,01$ ]) y en las escalas negativas de conflicto [ $F_{(4, 2.257)}=8,666$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,02$ ] y desequi-

librio de poder [ $F_{(4, 2.408)}=2,682$ ;  $p=0,030$ ;  $\eta^2=0,004$ ]. La escala de comportamiento transgresivo, sin embargo, no presentó diferencias significativas a lo largo del rango de edades consideradas.

**Gráfico 2.** Calidad de las relaciones sentimentales: el efecto de la edad



Con estos resultados, en cuanto a significatividad y tamaño del efecto, los análisis post hoc (Bonferroni en las escalas de compañía y expectativas de futuro; Tamhane en las escalas de comunicación, conflictos y desequilibrio de poder) se realizaron para conocer la tendencia de dichas diferencias que, si bien, se revelaron fuertemente mediadas por el tamaño muestral. Los resultados señalaron que en las escalas de compañía, comunicación y conflictos, las diferencias se establecían a partir de dos años de diferencia, esto es, en los chicos y chicas de 15 años respecto a los de 17 años o mayores, y en los de 16 años, respecto a los de 18 años o mayores. En los grupos mayores no se encontraron tales diferencias. En la escala de expectativas de futuro, sin embargo, las diferencias aparecían únicamente entre los

primeros grupos (15, 16 y 17 años) respecto a los grupos mayores, es decir, a partir de los 18 años los chicos y chicas aumentaban sus expectativas de futuro respecto a sus compañeros más jóvenes. Un patrón similar seguía la escala de desequilibrio de poder, aunque en este caso las diferencias se establecieron entre los grupos extremos, es decir, entre los adolescentes de 15 años y los de 19 años o más.

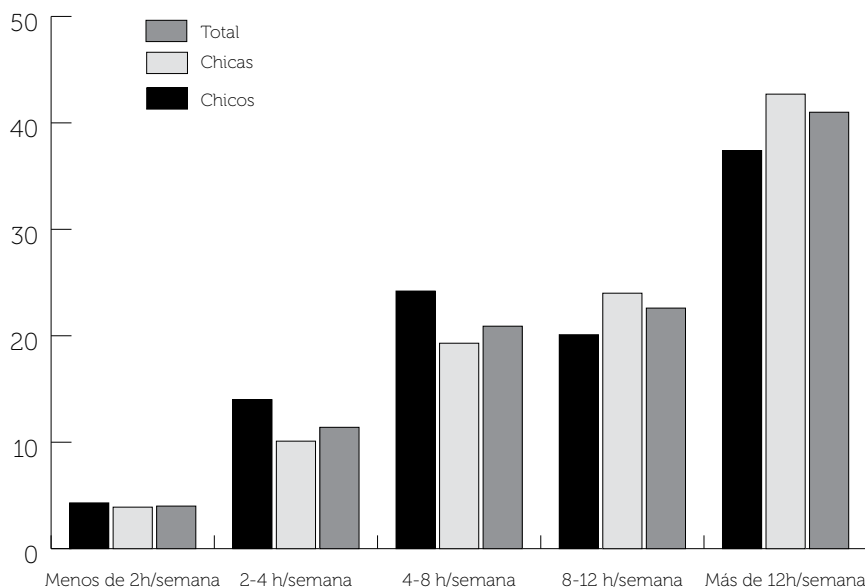
Al someter estas escalas a un análisis de la varianza univariante tomando como factores fijos las variables edad y sexo, el efecto de interacción entre estas variables resultaba significativo sólo en las escalas positivas (compañía [ $F_{(4, 2.259)}=4,079$ ;  $p=0,003$ ]; expectativas de futuro [ $F_{(4, 2.238)}=3,929$ ;  $p=0,004$ ]; comunicación [ $F_{(4, 2.243)}=3,263$ ;  $p=0,011$ ]), pero no así en las escalas negativas, lo que indicaba una evolución diferente para chicos y chicas de las variables positivas de la calidad de pareja. Sin embargo, el análisis del tamaño del efecto revelaba unos valores muy pequeños ( $\eta^2=0,008$  en todos los casos) que indicaban una pobre significatividad real de estas diferencias.

Con todo ello, los resultados señalaron que los chicos y chicas adolescentes se encontraban satisfechos con la calidad de sus relaciones de pareja, puntuándolas de forma positiva de acuerdo a las escalas analizadas. No obstante, la escala de conflicto se destacaba sobre las escalas negativas, siguiendo un patrón diverso y revelándose como un aspecto controvertido dentro de las relaciones sentimentales adolescentes. Respecto a las posibles diferencias establecidas por el sexo, la edad, o la interacción de estas variables, los resultados han apuntado tendencias, no significativas en cualquier caso, respecto sobre todo de las escalas de calidad positiva.

#### 4.2.2.3. *Tiempo y actividades compartidas*

El tiempo de ocio y las actividades compartidas constituyen un escenario de desarrollo particularmente relevante entre las parejas adolescentes y, por ende, el marco donde se fraguan los acontecimientos que determinan la calidad de estas relaciones. Con el objetivo de profundizar en estos aspectos, se seleccionaron aquellos chicos y chicas que tenían una relación presente ( $n=1.202$ ) y, siguiendo el cuestionario de Connolly *et al.* (2000), se analizaron los datos correspondientes a los hábitos de ocio en pareja y la relación con el grupo de iguales de referencia.

**Gráfico 3.** Tiempo compartido: ¿Cuánto tiempo pasas con tu novio/a después de clase o los fines de semana?



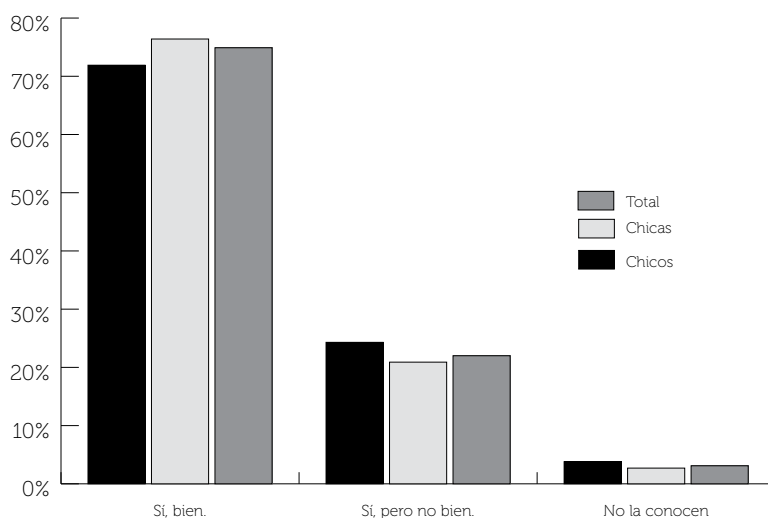
El gráfico 3 representa la distribución de horas semanales que chicos y chicas pasaban con sus parejas, resultando que la mayoría de los jóvenes pasaban más de 12 horas semanales con sus novios/as (42,7% ellas, 37,4% ellos). Pese a que el estadístico chi-cuadrado apuntaba un posible efecto del sexo [ $\chi^2_{(4, n=1202)}=9,972$ ,  $p=0,041$ ] y la edad [ $\chi^2_{(16, n=1202)}=28,894$ ,  $p=0,025$ ] sobre dichos resultados, los análisis realizados posteriormente eliminando el efecto del tamaño muestral señalaron que tales asociaciones eran muy débiles ( $V=0,093$ ,  $\lambda=0,000$ ;  $V=0,079$ ,  $\lambda=0,000$ ; para sexo y edad, respectivamente).

Para conocer la naturaleza de las actividades que se realizaban en ese tiempo se analizó el grado de relación de la pareja con el grupo de iguales, profundizando no sólo en la intimidad que se buscaba en tales ocasiones sino en la relación y conocimiento que el contexto social de amigos tenía acerca de la pareja.

**Tabla 5.** Intimidad en el tiempo compartido en pareja

	Porcentaje de implicados
Salgo con alguien en pandilla	62,9 %
Salgo con alguien los dos solos	69 %
Ocasionalmente, salgo con más de uno	14,2 %

**Gráfico 4.** Interacción pareja/amigos: ¿Conocen tus amigos a la persona con la que sales?



La tabla 5 y el gráfico 4 muestran los resultados obtenidos a este respecto. Entre el 60 % y el 70% de los chicos y chicas combinaban actividades en grupo y actividades con mayor intimidad sólo en pareja, de modo que en la mayoría de los casos el grupo de amigos conocía bastante bien a la pareja con la que salían (71,90 % ellos y 76,40 % ellas). En esta ocasión ni el sexo ni la edad de los participantes incidía en modo alguno en los resultados obtenidos.

### 4.2.3. Desarrollo de las relaciones adolescentes

Interesados por la posible evolución en términos de compromiso e intimidad en las parejas adolescentes desde su incipiente aparición hasta su consolidación, se realizaron una serie de análisis descriptivos considerando únicamente a los chicos y chicas que mantenían una relación sentimental en el momento de responder a los cuestionarios (N=1.202).

En primer lugar se analizó la valoración de los jóvenes respecto al momento en que se encontraba su relación sentimental (ver tabla 6). Los resultados apuntaron que el 71,6 % de chicos y chicas consideraban estar implicados en una relación seria, mientras que sólo un 20,5 % pensaba en comprometerse. Ni el sexo ni la edad de los encuestados establecieron diferencias significativas a este respecto.

**Tabla 6.** Naturaleza de la relación

		% verdadero	Total
Sólo estamos saliendo	Chico	52,3 %	47,3 %
	Chica	44,4 %	
Tenemos una historia seria	Chico	66,8 %	71,6 %
	Chica	74,1 %	
Pensamos en comprometernos	Chico	17,2 %	20,5 %
	Chica	22,3 %	
Estamos viviendo juntos	Chico	1,9 %	1,7 %
	Chica	1,7 %	

Sobre estos resultados se realizó un segundo grupo de análisis encaminado a describir la evolución de las relaciones de pareja a partir de las aportaciones de Collins (2003). De acuerdo con el autor, las relaciones sentimentales a lo largo de la adolescencia van evolucionando en términos de implicación, actividades compartidas, calidad de la relación y procesos cognitivos/emocionales. Se realizaron análisis de conglomerados que permitiesen la agrupación de los participantes a razón de su similitud en cuanto a estas cuatro dimensiones: implicación (medido a través de las variables *duración de la relación actual*, *número de parejas*, *número de rupturas en los últimos seis meses*), actividades compartidas (medido con las variables *tiempo*

*libre compartido y nivel de compañía en la pareja*), calidad de la relación (medido con las escalas de *comunicación/intimidad*, *conflictos y desequilibrio de poder*), y procesos cognitivos/emocionales (medido con la escala de *expectativas de futuro*).

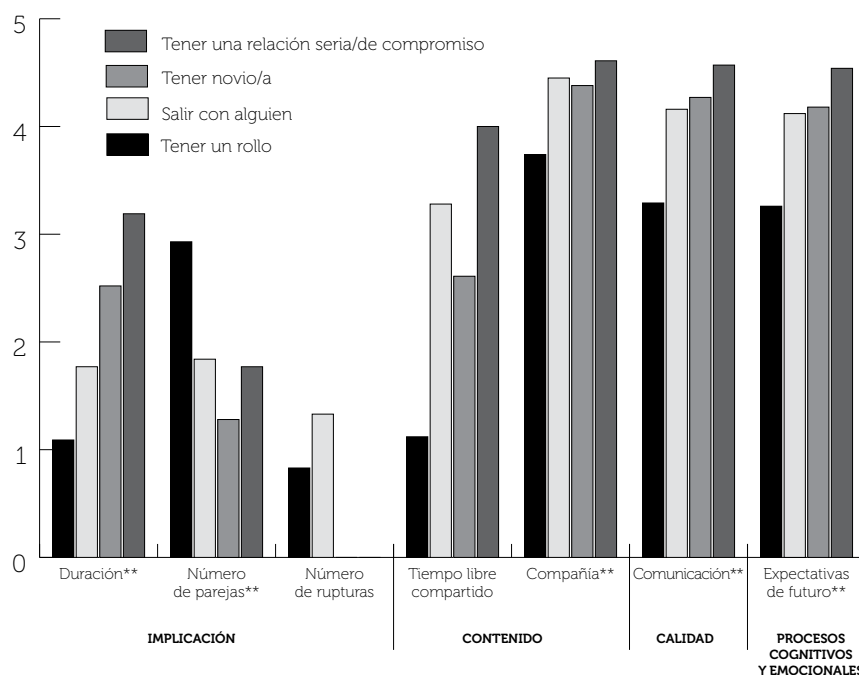
En primer lugar, se realizó un análisis de conglomerados en dos fases. Esta técnica permitió reducir las dimensiones de estudio para interpretar el conjunto de datos de acuerdo a sus rasgos comunes y diferenciales, es decir, permitió identificar conjuntos homogéneos entre los adolescentes sin que a priori se conociesen los criterios de agrupación, estableciendo grupos en los que los sujetos fuesen lo más semejantes posible entre sí, a la vez que dichos grupos eran lo más diferente posible entre ellos.

Utilizando una medida de distancia de log-verosimilitud y el criterio de conglomeración BIC, se realizó un primer acercamiento exploratorio determinando automáticamente el número de conglomerados. La solución propuesta de seis conglomerados fue depurada considerando la composición de cada una de las agrupaciones así como los resultados propuestos por otros estudios (Connolly *et al.*, 2000). Se repitió el análisis estableciendo un número fijo de cuatro conglomerados. Para medir las diferencias significativas que se establecían entre los grupos se realizó un análisis ANOVA con el estadístico post hoc de Bonferroni para las variables continuas, y una prueba Chi-cuadrado para las variables categoriales.

Los resultados apuntaron que todas las variables continuas, a excepción de los conflictos y el desequilibrio de poder, establecían diferencias significativas entre algunos de los grupos objeto de estudio, siendo el tamaño del efecto variable entre 0,03 y 0,24, pero en la mayoría de los casos medio-alto (duración de la pareja:  $F_{(3, 933)}=43,852$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,12$ ; número de parejas:  $F_{(3, 933)}=9,267$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,03$ ; compañía:  $F_{(3, 933)}=97,451$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,24$ ; comunicación/ intimidad:  $F_{(3, 933)}=81,764$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,21$ ; y expectativas de futuro:  $F_{(3, 933)}=72,663$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,19$ ). Por su parte, las variables cualitativas también indicaron un grado de asociación significativo respecto a los grupos obtenidos: los resultados apuntaban que tanto la variable número de rupturas [ $\chi^2_{(9, n=937)}=777,968$ ;  $p=0,000$ ;  $V=0,526$ ,  $\lambda=0,362$ ], como la variable tiempo libre compartido [ $\chi^2_{(12, n=937)}=1219,384$ ,  $p=0,000$ ;  $V=0,659$ ,  $\lambda=0,380$ ] establecían diferencias significativas entre los grupos.

El análisis de las características de cada uno de los grupos, así como las comparaciones 2 a 2 respecto al grupo inmediatamente siguiente a la luz de los estadísticos realizados, permitieron la definición de estos (ver descripción completa en Viejo, Sánchez y Ortega, 2013) (ver gráfico 5):



Gráfico 5. Evolución de las relaciones sentimentales<sup>a</sup>

<sup>a</sup> Las variables ordinales han sido tomadas como continuas en un rango de 0-4, según la escala Likert en la que fueron medidas. Las medidas correspondientes al número de parejas y la duración de estas han sido escaladas en un rango de 0-4, tomando como rango original la decena y la centena respectivamente.

\*\*p=0,000; Se han señalado las diferencias significativas respecto el conglomerado inmediatamente anterior apuntadas por el estadístico post hoc Bonferroni.

Los resultados obtenidos apuntan, por lo tanto, la existencia de cuatro grupos de jóvenes bien diferenciados en cuanto a las características, compromiso, calidad y expectativas de futuro en sus relaciones sentimentales, grupos que además varían en cuanto a la edad. Así, el primer y último grupo son los que más se diferencian tanto en las características definitorias de las parejas como en el significado que estas tienen para los adolescentes, mientras que los grupos intermedios, más próximos entre

sí, solo se diferencian en términos de la duración de la relación. Estos grupos reflejarían, en síntesis, momentos o fases en el desarrollo y evolución de las relaciones de pareja adolescente, dando lugar a tipos bien diferenciados de relaciones.

### 4.3. Parejas y bienestar adolescente

La experiencia sentimental representa para los adolescentes un contexto de desarrollo del amor como emoción y fortaleza humana. Son, por tanto, un marco fundamental de aprendizaje tanto social como personal que repercutirá en su estado de felicidad y bienestar. Las primeras parejas atienden simultáneamente a las condiciones de independencia, identidad e intimidad, y cumplen funciones de divertimento, descanso y relax, socialización y aprendizaje de roles, provisión de un contexto para la afectividad y experiencia sexual, etc.; sin embargo, el aspecto más importante de estas relaciones a nivel individual es la aportación a la construcción de la propia identidad. Las experiencias sentimentales y el autoconcepto que estas proporcionan pueden afectar a la autoestima y actitudes de los adolescentes, directamente implicadas en la identidad que construyen, e incidir indirectamente en la implicación de determinadas conductas problema.

De esta forma, se analizó en qué medida incidía en el desarrollo y ajuste personal de los chicos y chicas la experiencia sentimental —pareja en la actualidad, pareja en el pasado, o ausencia de experiencia sentimental—, así como en qué medida afectaba la calidad de la relación a este ajuste psicológico (Viejo, Ortega y Sánchez, en prensa). Las variables que se consideraron en el análisis fueron las siguientes: autoestima —considerando dos escalas diferenciadas, autodesprecio y autoconfianza—; comportamientos externalizantes, medidos a partir de la presencia de conductas delictivas y agresiones verbales; comportamientos internalizantes en términos de depresión y aislamiento; y actitudes sexistas, específicamente sexismo hostil y benévolo.

#### 4.3.1. Situación sentimental, ajuste psicológico y actitudes sexistas: diferencias por sexo y edad

Sobre la base de las diferentes interpretaciones que unos y otras pueden realizar sobre las relaciones sociales que establecen en la adolescencia y la importancia que les conceden a estas, se establece como objetivo de estudio el análisis del

ajuste psicológico y construcción de la identidad de los adolescentes atendiendo a su situación sentimental —con pareja en el pasado, con pareja en el presente, o sin experiencia sentimental previa— y de manera diferenciada para chicos y chicas.

La tabla 7 y la tabla 8 muestran las puntuaciones generales de los chicos y chicas en cada una de las variables analizadas. Diferentes análisis ANOVA permitieron profundizar en las diferencias existentes en relación a la situación sentimental.

La situación sentimental de chicos y chicas adolescentes parecía no tener efecto alguno sobre la autoestima general de estos, mientras que sí incidía en sus comportamientos internalizantes y externalizantes y en sus actitudes sexistas, estableciendo algunas tendencias que, sin embargo, señalaban un tamaño de efecto medio-bajo. Respecto a los comportamientos internalizantes, los chicos y chicas con experiencia sentimental presentaban medias más bajas que aquellos que nunca habían tenido pareja, mientras que respecto a los comportamientos externalizantes, los adolescentes con experiencia sentimental presentaban medias más altas que aquellos que no habían tenido pareja: en el caso de los chicos, los análisis ANOVA apuntaron diferencias significativas en función de la situación sentimental en las conductas de aislamiento [ $F_{(2, 1.473)}=19,240$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,03$ ], conducta delictiva [ $F_{(2, 1.477)}=18,195$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,02$ ] y agresión verbal [ $F_{(2, 1.479)}=14,509$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,02$ ], sin embargo el tamaño del efecto era en todos los casos medio-bajo; las chicas, por su parte, presentaron diferencias significativas en todas las escalas, si bien el tamaño del efecto resultaba bajo (escala de depresión), o medio-bajo, en todos los casos: depresión [ $F_{(2, 1.626)}=4,103$ ;  $p=0,017$ ;  $\eta^2=0,01$ ], aislamiento [ $F_{(2, 1.621)}=12,511$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,02$ ], conducta delictiva [ $F_{(2, 1.626)}=13,858$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,02$ ] y agresión verbal [ $F_{(2, 1.629)}=22,192$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,03$ ].

En el caso de las variables relativas a las actitudes sexistas, los chicos que habían tenido una experiencia sentimental previa presentaban índices más altos de sexismo hostil [ $F_{(2, 1.495)}=6,517$ ;  $p=0,002$ ;  $\eta^2=0,01$ ] y benévolo [ $F_{(2, 1.495)}=3,484$ ;  $p=0,031$ ;  $\eta^2=0,004$ ] mientras que para ellas, sólo se establecían estas diferencias en el caso del sexismo benévolo [ $F_{(2, 1.632)}=8,078$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,01$ ]. En este sentido, la influencia de la situación sentimental tanto para ellos como para ellas seguía un patrón muy similar, siendo en cualquier caso, poco significativa.

**Tabla 7.** Situación sentimental, ajuste psicológico y actitudes sexistas: chicos

	Pareja actual			Experiencia sentimental previa			Sin experiencia sentimental			Total		
	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
Autodesprecio	370	1,85	0,61	746	1,83	0,63	260	1,82	0,63	1.432	1,84	0,63
Autoconfianza	370	3,34	0,42	747	3,32	0,42	260	3,29	0,46	1.434	3,32	0,43
Depresión	408	0,19	0,29	798	0,18	0,27	275	0,21	0,32	1.531	0,19	0,29
Aislamiento	405	0,58	0,44	796	0,61	0,44	275	0,78	0,46	1.524	0,64	0,45
Conducta delictiva	407	0,22	0,31	798	0,21	0,28	275	0,10	0,21	1.530	0,20	0,28
Agresión verbal	409	0,81	0,44	798	0,79	0,41	275	0,65	0,37	1.532	0,76	0,41
S. hostil	418	2,42	1,09	809	2,47	1,00	271	2,22	0,92	1.548	2,42	1,02
S. benévolo	418	3,13	1,04	809	3,24	,98	271	3,07	1,00	1.548	3,18	1,00
N= 3.258												

**Tabla 8.** Situación sentimental, ajuste psicológico y actitudes sexistas: chicas

	Pareja actual			Experiencia sentimental previa			Sin experiencia sentimental			Total		
	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
Autodesprecio	715	2,08	0,70	632	2,13	0,67	174	2,03	0,68	1.547	2,10	0,69
Autoconfianza	715	3,21	0,46	632	3,16	0,45	175	3,18	0,47	1.548	3,19	0,46
Depresión	779	0,26	0,32	665	0,30	0,33	185	0,23	0,33	1.650	0,27	0,32
Aislamiento	776	0,61	0,39	663	0,64	0,42	185	0,78	0,43	1.645	0,64	0,41
Conducta delictiva	779	0,11	0,19	665	0,13	0,21	185	0,05	0,11	1.650	0,11	0,20
Agresión verbal	780	1,00	0,42	665	0,95	0,44	187	0,77	0,45	1.653	0,95	0,44
S. hostil	781	1,71	0,65	667	1,78	0,68	187	1,80	0,78	1.656	1,75	0,68
S. benévolo	781	3,10	1,11	667	3,33	1,07	187	3,20	1,09	1.656	3,21	1,10
N=3.258												

Del mismo modo, y con el objetivo de analizar si el efecto de las relaciones sentimentales en el ajuste psicológico de los chicos y chicas era el mismo a lo largo de todo el periodo de la adolescencia, se realizaron los análisis ANOVA correspondientes en función de los tres grupos de variables personales identificadas.

Los resultados apuntaron que durante los primeros años de adolescencia las diferencias que establecía la situación sentimental eran fundamentalmente comportamentales, mientras que hacia el final de la adolescencia, las diferencias eran actitudinales: si bien en cualquier caso estas diferencias tenían un efecto medio-bajo sobre el total de los participantes.

En este sentido, en los primeros tramos de edad considerados, el hecho de tener o haber tenido experiencia sentimental presentaba cierta relación con niveles más bajos de aislamiento —15 años,  $[F_{(2, 572)}=7,131; p=0,001; \eta^2=0,02]$ ; 16 años,  $[F_{(2, 742)}=13,084; p=0,000; \eta^2=0,03]$ ; 17 años  $[F_{(2, 842)}=13,224; p=0,000; \eta^2=0,03]$ ; 18 años  $[F_{(2, 672)}=6,732; p=0,001; \eta^2=0,02]$ —, y más altos de conducta delictiva —15 años  $[F_{(2, 574)}=12,066; p=0,000; \eta^2=0,04]$ ; 16 años  $[F_{(2, 742)}=9,637; p=0,000; \eta^2=0,03]$ ; 17 años  $[F_{(2, 847)}=3,706; p=0,025; \eta^2=0,01]$ — y agresión verbal —15 años  $[F_{(2, 574)}=11,870; p=0,000; \eta^2=0,04]$ ; 16 años  $[F_{(2, 745)}=19,352; p=0,000; \eta^2=0,05]$ ; 17 años  $[F_{(2, 847)}=17,111; p=0,000; \eta^2=0,04]$ ; 18 años  $[F_{(2, 674)}=7,003; p=0,001; \eta^2=0,02]$ —.

Sin embargo, en los últimos tramos de edad, aquellos que habían tenido experiencia sentimental previa presentaban valores más altos de sexismo hostil —16 años  $[F_{(2, 754)}=3,768; p=0,024; \eta^2=0,01]$ ; 18 años  $[F_{(2, 679)}=10,323; p=0,000; \eta^2=0,03]$ ; 19 años o más  $[F_{(2, 215)}=3,075; p=0,048; \eta^2=0,03]$ — y benévolo —18 años  $[F_{(2, 679)}=4,261; p=0,014; \eta^2=0,01]$ — que aquellos que tenían pareja en el presente.

#### 4.3.2. Ajuste psicológico y actitudes sexistas: tipo de relación y calidad de la pareja

Por último, para analizar si el ajuste psicológico de los chicos y chicas, así como sus actitudes sexistas, estaban relacionados con variables relativas a la propia relación de pareja —concretamente, respecto al tipo y calidad de esta—, se realizaron análisis ANOVA sobre aquellos adolescentes que mantenían una relación de pareja presente.

El primer lugar, el tipo de relación fue tomado como factor de contraste, siendo el objetivo del análisis conocer si el ajuste psicológico y las actitudes sexistas de los chicos y chicas variaban en función de tipo de relación que mantenían. La tabla 9 muestra los resultados obtenidos a este respecto.

**Tabla 9.** Ajuste psicológico y actitudes sexistas en los diferentes tipos de relación

	Tener un rollo			Salir con alguien			Tener novio/a			Tener una relación seria/ de compromiso		
	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
Autodesprecio	160	2,08	0,70	307	2,01	0,68	196	2,01	0,71	189	1,99	0,64
Autoconfianza	160	3,23	0,50	307	3,27	0,42	307	3,27	0,42	189	3,21	0,44
Depresión	174	0,25	0,33	329	0,24	0,30	216	0,27	0,35	209	0,21	0,29
Aislamiento	928	0,24	0,31	327	0,59	0,40	216	0,61	0,42	207	0,59	0,39
Cond. delictiva	174	0,17	0,23	329	0,14	0,23	216	0,14	0,25	209	0,11	0,19
Agresión verbal	174	0,94	0,43	329	0,96	0,45	218	0,91	0,43	209	0,96	0,41
Sexismo hostil	174	2,09	1,0	335	1,90	0,86	218	1,90	0,90	210	1,90	0,76
Sex. benévolo	174	3,23	1,15	335	3,11	1,04	218	3,07	1,11	210	3,16	1,08
N=1.202												

Los resultados señalaron que el tipo de relación sentimental durante la adolescencia no establecía diferencias significativas sobre ninguna de las escalas de autoestima, comportamientos internalizantes o externalizantes, ni sobre las escalas de sexismo.

Respecto a la calidad, se computó una variable a partir de las escalas de calidad positiva (compañía, comunicación y expectativas de futuro) y de calidad negativa (conflictos, desequilibrio de poder y comportamiento transgresivo). A la variable computada, *calidad general*, se le asignaron cinco valores a partir de la combinación de las variables anteriores: muy buena calidad de pareja (máxima puntuación en calidad positiva alta y mínima en calidad negativa baja), buena calidad (calidad positiva superior a la negativa), calidad media (buena y mala calidad en valores medios), mala calidad (calidad negativa con valores superiores a la calidad positiva) y muy mala calidad de pareja (máxima puntuación en calidad negativa y mínima en positiva).

Los resultados señalaron que la calidad de la pareja incidía en seis de las ocho variables analizadas, siendo que, de forma general, una calidad positiva se relacionaba con mejores índices de ajuste psicológico y menores índices de sexismo. Respecto a la autoestima, sólo la escala de autoconfianza mostraba medias significativamente diferentes en función de la calidad de la pareja pese a tener un tamaño de efecto muy bajo [ $F_{(3, 2.042)}=4,925$ ;  $p=0,002$ ;  $\eta^2=0,007$ ]. El análisis Bonferroni apuntó que estas diferencias se producían entre las parejas con muy buena calidad y el resto de parejas, de manera que las primeras puntuaban en autoconfianza con una media significativamente superior al resto de parejas consideradas.

Justo lo opuesto ocurría con las escalas de depresión [ $F_{(3, 2.205)}=6,716$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,009$ ] y agresividad verbal [ $F_{(3, 2.207)}=4,507$ ;  $p=0,004$ ;  $\eta^2=0,006$ ] —para las que el tamaño del efecto seguía siendo muy bajo—, resultando que las parejas con muy buena calidad presentaban índices significativamente inferiores a las demás. En las escalas de conducta delictiva [ $F_{(3, 2.204)}=22,754$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,03$ ] y sexismo hostil [ $F_{(3, 2.227)}=30,404$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,04$ ] y benévolo [ $F_{(3, 2.227)}=12,101$ ;  $p=0,000$ ;  $\eta^2=0,02$ ], sin embargo, eran las parejas con mala calidad o calidad media las que presentaban diferencias significativas con medias superiores al resto de parejas y un tamaño del efecto que, aunque pequeño, era superior a los casos anteriores.

Con todo ello, los datos indicaron que si bien el tipo de pareja no establecía diferencias en cuanto al ajuste psicológico y actitudes sexistas de los chicos y chicas, sí lo hacía la calidad de la pareja de forma que que, sobre todo, la mala calidad o calidad media de las parejas era la que mayor efecto tenía sobre los índices de conducta delictiva y actitudes sexistas de los chicos y chicas.

#### 4.4. Del erotismo a la violencia: agresión y victimización física en la pareja adolescente

Diferentes estudios se han interesado por la violencia que se produce en el interior de las parejas más jóvenes. Las altas tasas de implicación encontradas así como las consecuencias que este fenómeno ha demostrado tener para los chicos y chicas implicados en él ha puesto en alerta a la comunidad científica. De este modo, se ha ido avanzando en la caracterización de un constructo de identificación reciente que, no obstante, aun presenta diversas controversias. El objetivo

que se pretende en este apartado es la identificación y análisis de las características que la violencia física tiene en las jóvenes parejas andaluzas, profundizando en aquellos rasgos que la literatura ha identificado como elementos definitorios del fenómeno.

#### 4.4.1. Prevalencia de violencia física en las parejas adolescentes: efecto del sexo, edad y tipo de relación

Como primer objetivo se estableció el conocer las tasas generales de implicación en violencia física en pareja de aquellos chicos y chicas participantes en el estudio y que habían tenido alguna experiencia sentimental previa ( $N=2.695$ ). Considerando las indicaciones de trabajos previos y con vista a contrastar los resultados hallados por estos con los del presente estudio, se decidió en un primer momento, y a pesar de que los análisis preliminares demostraron la adecuación de un modelo bifactorial de violencia, examinar las tasas de implicación general en violencia diferenciando únicamente entre la agresión y la victimización. Posteriormente, se profundiza en el análisis del fenómeno y se consideran ambas escalas.

Utilizando la adaptación del instrumento desarrollado por Straus (1979) se realizó una dicotomización de las respuestas en términos de presencia *vs* ausencia de violencia física. Los datos se analizaron de forma diferenciada para la agresión y la victimización, considerando igualmente las posibles diferencias que el sexo o la edad de los participantes, así como el tipo de relación, pudiesen establecer.

Los resultados señalaron que el 22,8 % de los y las adolescentes estaban implicados en agresión física en sus parejas, mientras que 29,6 % lo estaban en victimización. La tabla 10 muestra la distribución atendiendo al sexo y edad de los participantes. Utilizando, en este caso, las puntuaciones originales que permitían la consideración de las variables como medidas continuas, se realizó un análisis ANOVA para el contraste de medias. No se encontraron diferencias significativas a razón del sexo o el tipo de relación; la edad, por su parte, apuntaba diferencias, si bien con un tamaño del efecto muy bajo ( $\eta^2=0,004$ ), en cuanto a agresión se refiere [ $F_{(4, 2.505)}=3,073$ ;  $p=0,015$ ].



**Tabla 10.** Distribución de la implicación en violencia a razón del sexo y la edad

		Chicos					Chicas				
		Años:	15	16	17	18	19 o más	15	16	17	18
Agresión	No implicados	84,5	79,9	81,1	74,8	71,8	81,7	72,8	76,7	75,8	74,0
	Implicados	15,5	20,1	18,9	25,2	28,2	18,3	27,2	23,3	24,2	26,0
Victimización	No implicados	81,3	75,6	73,7	70,7	67,3	76,5	64,6	66,7	65,6	69,1
	Implicados	18,8	24,4	26,3	29,3	32,7	23,5	35,4	33,3	34,4	30,9
N=2.695											

Los datos apuntan, por tanto, índices semejantes de implicación en violencia física sea en agresión como en victimización y sea en chicos o chicas, durante el periodo adolescente analizado.

#### 4.4.2. La violencia física a examen: frecuencia, rol de implicación y gravedad del comportamiento

La literatura existente ha señalado que, pese a los datos globales que se han presentado en numerosos estudios, la violencia física en las parejas adolescentes presenta una serie de características que podrían estar marcando las diferencias en cuanto a los resultados controvertidos que se obtienen. En este sentido, el presente bloque de resultados tenía un doble objetivo: por un lado, profundizar en el conocimiento de este tipo de violencia, analizando aquellos aspectos que la literatura identifica como notas características del fenómeno -un fenómeno extendido, pero ocasional, leve y con doble implicación en victimización y agresión-; y por otro lado, analizar en qué medida la consideración de estos aspectos podría estar en la base explicativa de tales controversias (ver: Viejo, en prensa).

Considerando las voces que señalan que la violencia en el ámbito de la pareja adolescente se caracteriza por ser un fenómeno ocasional en cuanto a la frecuencia de ocurrencia aunque extenso en cuanto al número de implicados, se siguieron las aportaciones de estudios previos (Menesini y Nocentini, 2008) para establecer una categoría de respuesta que, más allá de la presencia/ausencia de la violencia, considerase la

frecuencia con que esta se producía. Los resultados señalaron que la implicación, tanto en agresión como en victimización, era mayoritariamente ocasional, con datos que apuntaban en torno al 30 % de implicación frente a un 2 % de implicación frecuente.

La siguiente característica de la violencia en pareja adolescente, quizás una de las que más atención ha recibido por parte de la literatura, se refiere a la implicación que los chicos y chicas asumen en este fenómeno. Las perspectivas tradicionales que han guiado estos estudios —violencia de género, perspectiva feminista— ha contribuido a que la mayoría de los estudios asuman que ellos eran, principalmente, agresores y ellas, habitualmente, víctimas. Sin embargo, los estudios más recientes, centrados ya en la violencia en el ámbito de las parejas adolescentes, han señalado una doble implicación en violencia por parte tanto de chicos como de chicas, siendo que ambos se ven envueltos en agresión y victimización de y hacia sus parejas.

Los resultados de este estudio señalan que del 37,7 % de chicos y chicas implicados en violencia, el 22,4 % lo estaban en agresión y victimización simultáneamente. Con el objetivo de profundizar en esta doble implicación, se midió la correlación existente entre la agresión física y la victimización física. Un coeficiente de Pearson de 0,58, aun siendo significativo ( $p=0,000$ ), señalaba una correlación media que, si bien indicaba que ambos comportamientos estaban relacionados en cuanto a su ocurrencia, descartaba la posibilidad de tomarlos bajo una medida única de *implicación en violencia*.

Pese a no ser un aspecto ampliamente atendido, la literatura ha señalado que la violencia que se produce en el ámbito de la pareja adolescente utiliza generalmente los comportamientos violentos de carácter más leve, tales como escupir, empujar, etc. Algunos estudios han llegado a desestimar la medida de comportamientos como palizas e intentos de asfixia en cuanto que el porcentaje de implicación de los jóvenes era prácticamente inexistente. Siguiendo la estructura bifactorial que el instrumento diseñado por Straus (1979) permitía, y previa confirmación de dicha estructura de manera independiente para chicos y chicas (Viejo, Sánchez y Ortega, 2013), se propone profundizar en el estudio de la violencia física en pareja adolescente considerando la gravedad del comportamiento utilizado. La tabla 11 muestra los resultados en cuanto a implicación de los adolescentes en las formas leves y graves de violencia física considerando también la frecuencia de implicación. Los datos sostenían que la implicación resultaba, en cualquier caso, mayoritariamente ocasional. Sin embargo, mientras que la victimización era fundamentalmente leve, la agresión resultaba ser de manera casi indistinta, leve y grave.

Tabla 11. Implicación en agresión y victimización leve y grave

	Implicación ocasional	Implicación frecuente
Agresión leve	16,1 %	2,3 %
Agresión grave	19,7 %	2 %
Victimización leve	26,3 %	2,2 %
Victimización grave	6,7 %	1,4 %
N=2.695		

Basándose en la teoría de escalada del conflicto, cabría suponer que la implicación en violencia, sea en agresión o victimización, seguiría un patrón que empezaría con el uso de sus formas más leves y, progresivamente, se iría ampliando hasta considerar, además, las formas más graves. Sin embargo, los resultados de implicación obtenidos para la agresión parecían apuntar un patrón diferente, con porcentajes similares en las formas leves y graves. Sobre esta base, se realizaron unas correlaciones de Pearson que permitiesen concluir sobre la adecuación de diferenciar estos fenómenos como graves y leves o, si por contrario, representaban un mismo fenómeno para los adolescentes. La tabla 12 señala los valores de los coeficientes de Pearson que se alcanzaron, considerando que las correlaciones se realizaron, en todos los casos, entre las formas leves y graves de cada tipo de violencia.

Tabla 12. Correlaciones entre las formas leves y graves de violencia

	Agresión leve/grave	Victimización leve/grave
Chicos	0,713 (**)	0,690 (**)
Chicas	0,560 (**)	0,510 (**)
Total	0,641 (**)	0,596 (**)
** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).		

Los resultados señalaron que sólo en el caso de la agresión masculina, la correlación era significativa y alta (superior a 0,70, siguiendo a Field, 2009), siendo que en la victimización se rozaba esta misma tendencia. Para las chicas, no obstante, parece que la diferenciación de estos fenómenos es más clara, con correlaciones medias en torno a 0,60. Por ello, pese a poder considerar que son fenómenos correlacionados, los valores correlacionales alcanzados no invitan a asumirlos bajo una misma etiqueta.

**Tabla 13.** Victimización, agresión y doble implicación en violencia leve y grave

		Victimización	Agresión	Doble implicación	Total de implicación
Implicación leve	Chicos	13,2 %	2,8 %	11,8 %	27,8 %
	Chicas	14,4 %	4,4 %	16,6 %	35,4 %
	Total	13,9 %	3,7 %	14,5 %	32,1 %
Implicación grave	Chicos	1,3 %	19,2 %	5,4 %	25,9 %
	Chicas	2,8 %	13,1 %	6,2 %	22,1 %
	Total	2,1 %	15,8 %	5,8 %	23,7 %
N=2.695					

Con todo ello, los últimos análisis de este bloque se dirigieron a analizar el doble rol de implicación considerando la gravedad del comportamiento. Las correlaciones -coeficiente de Pearson- halladas entre las formas de agresión y victimización, aun siendo significativas, eran medias. Para la violencia leve el coeficiente de correlación agresión/victimización era de 0,58 ( $p=0,000$ ), en el caso de la violencia grave este descendía hasta 0,44 ( $p=0,000$ ). Respecto a los porcentajes de implicación en cada una de las formas de violencia, la tabla 13 muestra los resultados alcanzados.

Los resultados señalaron tendencias diferentes en cuanto a los comportamientos leves y graves, siendo que la doble implicación no era, en este caso, la tendencia generalizada. Estos datos subrayaban el hecho de que chicos y chicas siguen patrones similares de implicación en violencia: pese a verse envueltos en formas de agresión y victimización, estas no son siempre equivalente en cuanto a la gravedad del comportamiento.

#### 4.5. Hacia un modelo explicativo de la violencia física en pareja

El último objetivo del trabajo hacía referencia al análisis de aquellas variables que podían actuar como factores de riesgo de la violencia física en parejas adolescentes y a la sistematización de estos factores en un modelo explicativo que facilitara la comprensión de dicho fenómeno. En este sentido, el paso consistía en la identificación de aquellas variables que estaban relacionadas de alguna manera con las formas de violencia para, posteriormente, definir los modelos a partir de ellas.

Considerando las diferencias detectadas en cuanto a agresión y victimización, así como los apuntes previos ofrecidos por la literatura en cuanto a variabilidad de la interpretación que chicas y chicos hacen de estos comportamientos, se estimó oportuno la consideración de los modelos diferenciados por sexo y tipo de implicación en violencia (agresión vs. victimización), incluyendo a su vez, dentro de estos, la gravedad del comportamiento de manera diferenciada (violencia física leve y grave).

Siguiendo las indicaciones derivadas del modelo de Capaldi *et al.* (2003), se estudian las variables relacionadas con cada tipo de violencia en torno a tres grandes bloques: variables personales, variables del contexto de iguales y variables de la pareja. Para conocer la relación de las variables de cada bloque respecto a la violencia física, se hicieron una serie de análisis de correlaciones de Pearson, considerando de forma independiente los resultados para chicos y chicas.

A pesar del alto número de variables que presentaban correlaciones significativas a nivel estadístico, la mayoría de estas eran correlaciones bajas o muy bajas, lo que podría estar indicando el efecto del tamaño muestral. No obstante, la complejidad del fenómeno de análisis invita a considerar estas variables en términos de la proporción de variabilidad compartida o explicada, es decir, el coeficiente de determinación ( $r^2$ ), que estima el porcentaje de variabilidad compartida entre dos variables.

#### 4.5.1. Modelos explicativos de la violencia física en la pareja adolescente

Considerando como posibles factores predictores el amplio abanico de variables relacionadas con la agresión y victimización física, se realizaron cuatro Modelos de Ecuaciones Estructurales que permitieran aproximarse a la explicación del fenómeno de la violencia en la pareja adolescente.

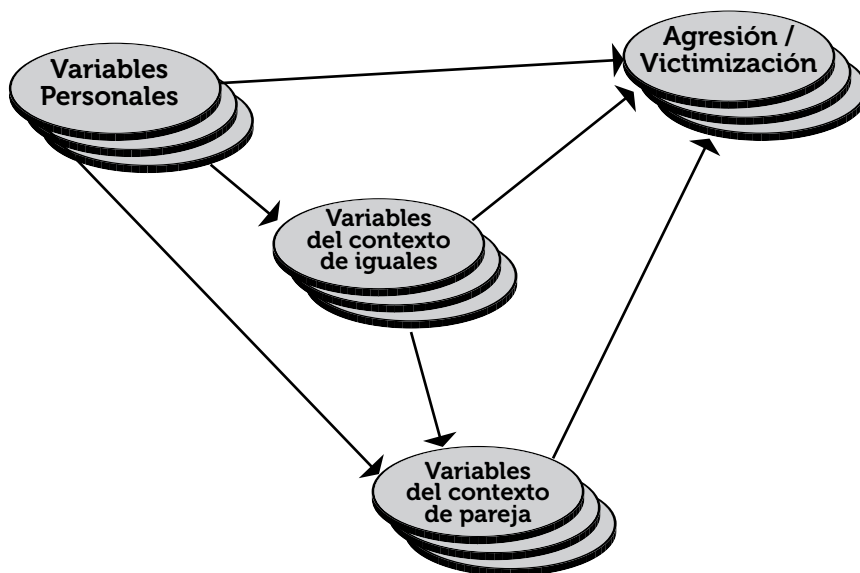
Como se hiciera anteriormente para la confirmación de la estructura de cada uno de los instrumentos, los modelos fueron ejecutados con el software estadístico AMOS 16.0. Así, la aproximación directa basada en el método de estimación de parámetros de máxima verosimilitud (ML), demostrando ser razonablemente robusta al incumplimiento perfecto del supuesto de normalidad multivariada (Hu y Bentler, 1995), se adecuaba a las características generales de la muestra. No obs-

tante, se realizó la comprobación previa del coeficiente de Mardia (Rodríguez y Ruiz, 2008) y se utilizó el método de Bootstrapping en los casos necesarios (Ledesma, 2008), lo que obligaba a la eliminación de los casos perdidos. Para cada uno de los modelos se explicita el tamaño muestral original del que se partía, y el tamaño final de la muestra una vez eliminados los casos perdidos, habiéndose comprobado previamente la distribución aleatoria de estos. Para valorar el tamaño de esta una vez reducida, se consideró el valor de la  $N$  crítica de Hoelter (Hoelter's  $0,1/\text{Hoelter's } 0,5 > 200$ ), estadístico centrado directamente en la adecuación del tamaño muestral para producir un ajuste del modelo adecuado a chi-cuadrado (Hu y Bentler, 1995).

Para la especificación e identificación de los modelos se siguieron, como pautas generales, las siguientes indicaciones:

- Las medidas de violencia física leve y grave (agresión y victimización, según el modelo) fueron tomadas como variables dependientes. Los factores que actuarían como variables independientes venían dados por las correlaciones previas descritas, de manera diferenciada para cada modelo, según fuesen chicos o chicas y victimización o agresión. Como criterio de inclusión a priori se estimó que la correlación debía ser significativa al nivel 0,01 (bilateral) y superior a 0,20.
- Teniendo en cuenta que el objetivo final era la explicación de la violencia física, esta actuaba como última variable dependiente. Las relaciones entre los factores y las variables de violencia venían dadas por las correlaciones presentadas. Para determinar las relaciones entre los factores que, a priori, funcionaban como variables independientes, se siguió un criterio de parsimonia (Schumacker y Lomax, 2004): partiendo de un modelo parsimonioso en el que sólo se incluyen los parámetros cruciales (en este caso, los factores relacionados con la violencia física), se van incluyendo paulatinamente aquellos parámetros que la valoración post hoc del modelo va indicando. Considerando que el modelo es recursivo siguiendo la dirección de factores personales, contexto de iguales, contexto de pareja y violencia, es decir, el modelo sigue un diseño lineal en el que se incluyen las relaciones que existen entre los factores personales y los factores contextuales y de pareja, y las relaciones entre los factores contextuales y los factores de pareja (ver gráfico 6).

Gráfico 6. Esquema-patrón de los modelos de ecuaciones estructurales



De forma previa a la realización del Modelo de Ecuaciones Estructurales (en adelante, SEM) se llevó a cabo un Análisis Factorial Confirmatorio (CFA) sobre las variables latentes de cada modelo. El análisis de los parámetros estimados estandarizados, permitió evaluar los posibles casos de multicolinealidad.

Para la evaluación, en cada caso, del ajuste del modelo sobre los datos empíricos, se siguió como aconseja la literatura (por ejemplo, Schumaker y Lomax, 2004; Kline, 2011), la valoración conjunta de diversos elementos (Byrne, 2009): de un lado, la adecuación de los parámetros y su significación estadística, así como el error estándar asociado a cada parámetro; de otro lado, la adecuación del modelo de forma global, atendiendo a los diferentes índices de ajuste.

De forma análoga a como se hiciese en los CFA de cada uno de los instrumentos utilizados, se optó por la valoración conjunta de distintos índices para la evaluación del ajuste global del modelo (Hu y Bentler, 1995). En esta ocasión y, considerando

que el objetivo no es la confirmación de un modelo teórico dado sino la elaboración de un nuevo modelo a la luz de la significatividad teórica además de metodológica, se utiliza un abanico más amplio de índices que se podrían agrupar en torno a tres bloques: en primer lugar, los índices de ajuste absoluto, considerando a) el coeficiente de mínima discrepancia o chi-cuadrado, utilizado en esta ocasión para la justificación de la adecuación de las modificaciones realizadas al modelo post hoc; b) el GFI, aun siendo identificado como un índice obsoleto por muchos autores (Byrne, 2009; Schumaker y Lomax, 2004), su amplio uso de manera tradicional empuja a seguir reportándolo, siendo que sus valores se usan de manera análoga al CFI siendo este último más ajustado; y c) el RMSEA, considerando que valores inferiores a 0,05 indican un buen ajuste, valores entre 0,05 y 0,08 representan un ajuste aceptable y valores superiores a 0,08 indicarían un mal ajuste y la necesidad de revisión del modelo. En segundo lugar, los índices de ajuste incremental o comparativo, atendiendo al índice CFI, siendo indicativos de un buen ajuste los valores superiores a 0,90 (según Bollen, 1989) ó 0,95 (siguiendo a Hu y Bentler, 1995). Y en tercer y último lugar, los índices de ajuste de parsimonia, evaluando el PCFI -relativos al anterior CFI-, considerando que valores en torno a 0,50 o por encima, indican un ajuste aceptable de la parsimonia (Mulaik *et al.*, 1989; Schreiber *et al.*, 2004).

#### 4.5.1.1. El modelo de agresión física en las chicas

En la construcción del modelo explicativo de la agresión femenina se consideraron las siguientes variables:

- Variables personales: conducta delictiva.
- Variables del contexto de iguales: victimización y agresión de molestias sexuales de carácter visual/verbal (VVSH), agresión de molestias sexuales con contacto físico (PCSH).
- Variables del contexto de pareja: conflicto, desequilibrio de poder, comportamiento transgresivo.

Tras la comprobación de no multicolinealidad entre dichas variables, el diseño del modelo inicial seguía las pautas explicitadas anteriormente, obteniendo los índices iniciales de ajuste que se indican en la tabla 14. La revisión de los índices de modificación llevó a realizar modificaciones sucesivas dirigidas a liberar parámetros que, siguiendo el sentido teórico del modelo, mejoraran el ajuste de este —medido en términos de la reducción de Chi-cuadrado y mejora de los índices de ajuste (CFI y RMSEA, principalmente)—.

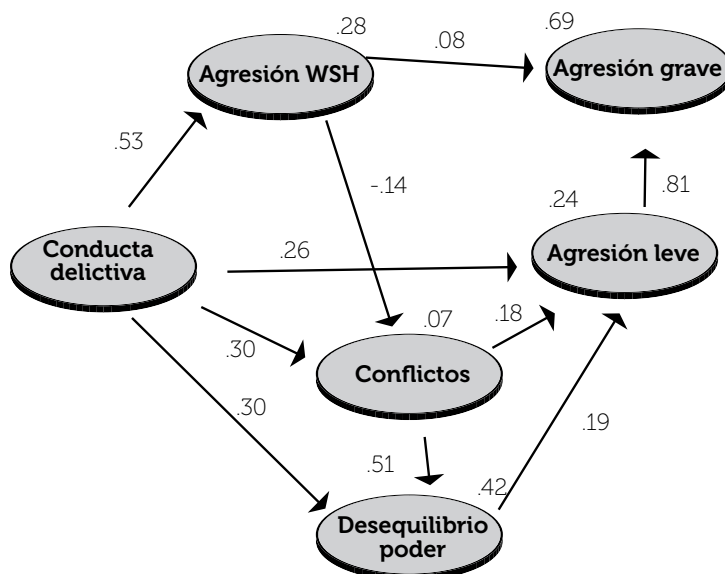


Una vez ajustados los índices de modificación (siempre referidos a los pesos de las regresiones de los factores principales del modelo), se procedió al ajuste de la parsimonia del modelo eliminando aquellas regresiones hipotetizadas inicialmente y que resultaban irrelevantes para el modelo. El ajuste de la parsimonia llevó a su vez, a la eliminación de las variables victimización de VVSH, agresión de PCSH y comportamiento transgresivo, de manera que en el modelo no representaban peso predictivo directo ni indirecto sobre la violencia. Con todo ello, el modelo resultante asumía los índices de ajuste que aparecen en la tabla 14. El diagrama resumen del modelo se representa en el gráfico 7.

**Tabla 14.** Índices de ajuste del SEM de agresión física femenina

	$\chi^2$	df	p	GFI	CFI	PCFI	RMSEA
Modelo original	3331,858	912	0,000	0,874	0,830	0,765	0,050
Modelo final	1128,170	415	0,000	0,936	0,918	0,819	0,040

**Gráfico 7.** Modelo resumen de agresión chicas



De esta forma, la agresión leve femenina queda definida en un 24 % por variables personales y variables del contexto de la pareja, por lo que el efecto de las variables del grupo de iguales se produce de manera indirecta a través de los conflictos de pareja. Esto es, aquellas chicas propensas a las conductas delictivas y que además tienen parejas en las que se producen conflictos y en las que perciben desequilibrio de poder, tienen mayor probabilidad de implicarse en agresiones leves contra sus parejas. Aquellas que se implican en agresiones graves son, con mayor probabilidad (69 % de varianza explicada), las que agreden de forma leve y además, tienen experiencia de agresión sexual de carácter visual/verbal con sus iguales.

#### 4.5.1.2. *El modelo de victimización en las chicas*

El modelo de victimización física femenina parte de la consideración de las siguientes variables:

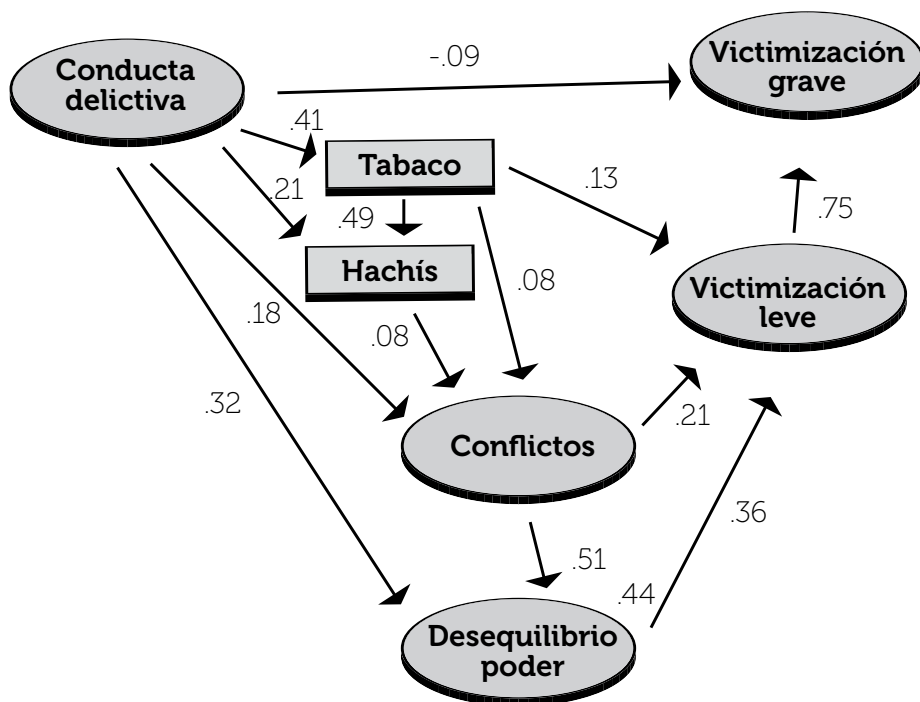
- Variables personales: conducta delictiva, consumo de tabaco, y consumo de hachís.
- Variables del contexto de iguales: victimización y agresión de VVSH.
- Variables del contexto de pareja: conflicto, desequilibrio de poder, y comportamiento transgresivo.

Como anteriormente, tras la comprobación de no multicolinealidad entre las variables consideradas, el modelo inicial obtenía los índices iniciales de ajuste que se indican en la tabla 15. La revisión de los índices de modificación y el ajuste de la parsimonia del modelo llevaron a la supresión de las variables correspondientes al bloque del contexto de iguales (victimización y agresión de VVSH) y del comportamiento transgresivo, alcanzando el modelo que se presenta en el gráfico 8. Este modelo presenta buenos índices de ajuste (tabla 15), así como buenos valores de los parámetros estimados y de los errores estándares.

**Tabla 15.** Índices de ajuste del SEM de victimización física femenina

	$\chi^2$	df	p	GFI	CFI	PCFI	RMSEA
Modelo original	3593,180	827	0,000	0,852	0,778	0,713	0,056
Modelo final	880,862	308	0,000	0,941	0,929	0,815	0,042

Gráfico 8. Modelo resumen de victimización chicas



De esta forma, las chicas que tienen mayor probabilidad de protagonizar episodios de victimización física leve a mano de sus parejas son aquellas que perciben conflictos y desequilibrios de poder en sus relaciones y además tienen un consumo abusivo de sustancias (tabaco, de forma directa, y hachís con efecto indirecto), de manera que estas variables explican el 31 % de la varianza. Si además de verse envueltas en estas victimizaciones leves, tienen poca tendencia a las conductas delictivas (ya que el efecto sobre la violencia es negativo), sufren mayor riesgo de verse expuestas a situaciones de victimización física grave a mano de sus parejas (54% de varianza explicada).

#### 4.5.1.3. El modelo de agresión física en los chicos

Como en los modelos anteriores, el modelo de agresión masculina se estableció de acuerdo a las variables que presentaron correlaciones significativas y superiores a 0,20, de las que se seleccionaron:

- Variables personales: depresión, conducta delictiva, agresividad verbal, sexismo hostil y consumo de tabaco y hachís.
- Variables del contexto de iguales: victimización y agresión de VVSH, y agresión y victimización de PCSH.
- Variables del contexto de pareja: conflicto, desequilibrio de poder, comportamiento transgresivo.

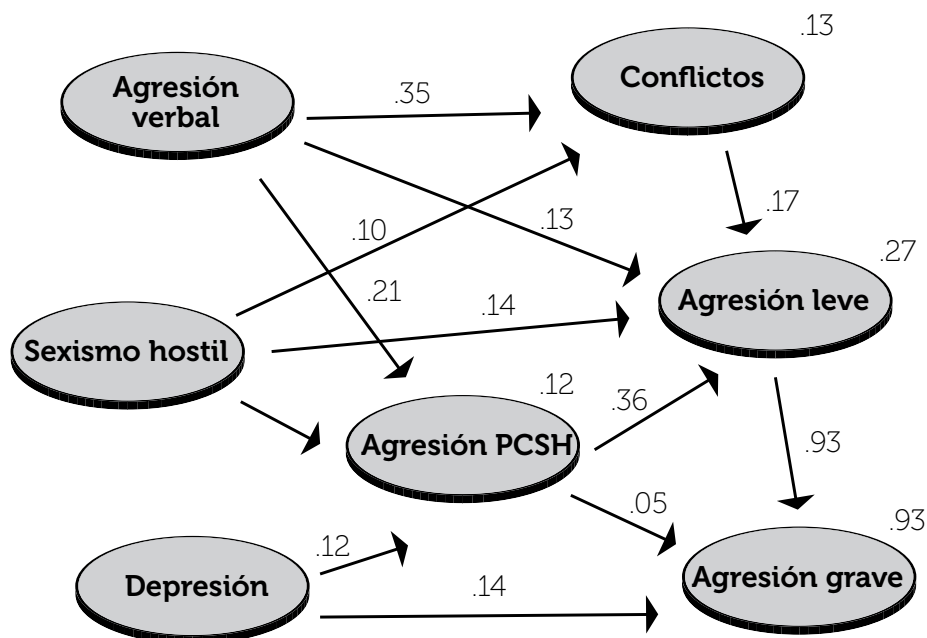
Previo comprobación de no multicolinealidad entre dichas variables, el modelo inicial obtenía los índices iniciales de ajuste que se indican en la tabla 16. La revisión de los índices de modificación y el ajuste de la parsimonia del modelo llevaron a eliminar las variables de conducta delictiva y consumo de tabaco y hachís, las de violencia VVSH y victimización de PCSH, y el desequilibrio de poder y comportamiento transgresivo, alcanzando el modelo que se presenta en el gráfico 9.

Tabla 16. Índices de ajuste del SEM de agresión física masculina

	$\chi^2$	df	p	GFI	CFI	PCFI	RMSEA
Modelo original	7902,924	3341	0,000	0,758	0,794	0,761	0,047
Modelo final	2276,075	1161	0,000	0,871	0,911	0,861	0,040

De esta forma, variables personales, del grupo de iguales y de la propia pareja predecían el 27 % de la agresión física leve en la pareja: los chicos que manifestaban comportamientos externalizantes (agresividad verbal) y actitudes de sexismo hostil, tenían mayor riesgo de tener conflictos en sus parejas y, a su vez, estas tres variables tenían un efecto directo sobre la agresión leve en pareja. El riesgo aumentaba si, además, estaban implicados en agresiones sexuales con contacto físico en el contexto de los iguales. La 93 % de la varianza de la agresión grave, por su parte, venía dada por el cúmulo de experiencias en agresión y comportamientos internalizantes: aquellos que eran agresores leves en el contexto de la pareja y agresores en el contexto de los iguales y tenían comportamientos depresivos, tenían mayor probabilidad de ejercer la agresión física grave contra sus parejas.

Gráfico 9. Modelo resumen de agresión chicos



#### 4.5.1.4. El modelo de victimización física en los chicos

El modelo de victimización física masculina parte de la consideración de las siguientes variables:

- Variables personales: depresión y conducta delictiva.
- Variables del contexto de iguales: victimización y agresión de VVSH, agresión y victimización de PCSH, y comportamiento transgresivo.
- Variables del contexto de pareja: conflicto, desequilibrio de poder, comportamiento transgresivo.

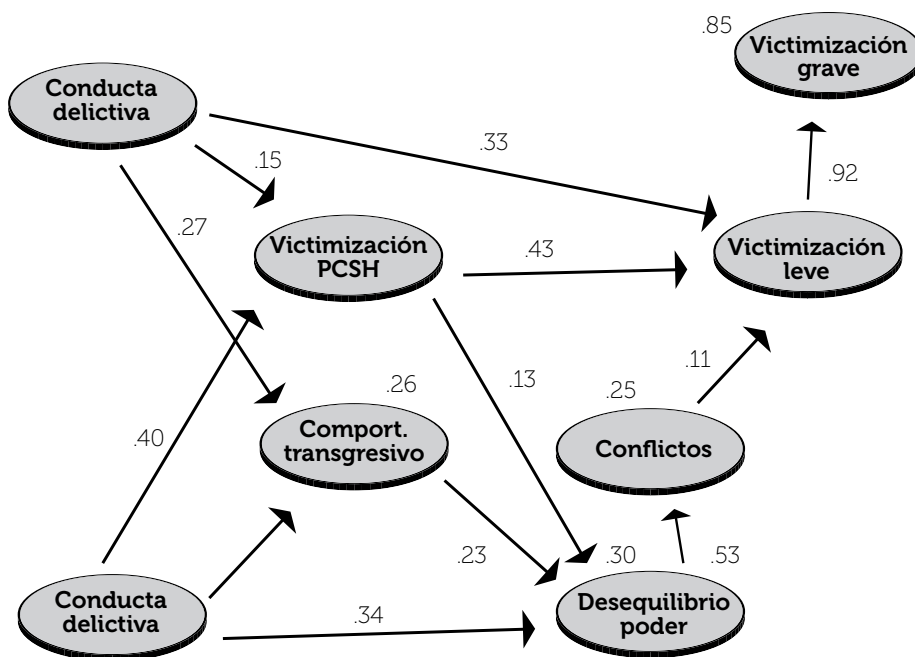
Como anteriormente, tras la comprobación de no multicolinealidad entre las variables consideradas, el modelo inicial obtenía los índices iniciales de ajuste que se indican en la tabla 17. La revisión de los índices de modificación y el ajuste

de la parsimonia del modelo llevaron a la supresión de tres de las variables del contexto de iguales (victimización y agresión de VVSH y agresión de PCSH) y del comportamiento transgresivo en pareja, alcanzando el modelo que se presenta en el gráfico 10.

Tabla 17. Índices de ajuste del SEM de victimización física masculina

	X <sup>2</sup>	df	p	GFI	CFI	PCFI	RMSEA
Modelo original	5453,667	1831	0,000	0,792	0,817	0,766	0,053
Modelo final	2145,5911	841	0,000	0,876	0,886	0,826	0,047

Gráfico 10. Modelo resumen de victimización chicos



Aún sin alcanzar un índice CFI ajustado a los estándares de significación, el modelo tiene un buen ajuste RMSEA y sigue los estándares teóricos de los modelos anteriores. Así, la victimización masculina se dibuja como uno de los modelos más complejos. Ser víctima grave a manos de la pareja, sólo queda pronosticado (85 % de varianza explicada) por la experiencia previa de victimización leve. Ser víctima leve, sin embargo, apunta diversos factores predictores del ámbito de las variables personales, del contexto de iguales y del contexto de la pareja, de forma que la conducta delictiva y la depresión, como variables personales, ejercen peso predictor sobre las variables del grupo de iguales (comportamiento transgresivo y victimización sexual con contacto físico) y estas, a su vez, sobre el desequilibrio de poder que incide en el conflicto en pareja. Finalmente es este, el conflicto, el que junto a la depresión y a la experiencia de victimización sexual con contacto físico en el contexto de iguales, inciden de forma directa en la experiencia de victimización leve en el contexto de la pareja alcanzando en su conjunto un 37 % de varianza explicada.





# **Tercera parte**

---

Sacando conclusiones



## Conclusiones y futuras líneas de investigación



## Conclusiones y futuras líneas de investigación

Los resultados del trabajo empírico desarrollado permiten contrastar los datos que la literatura científica analizada previamente había puesto de manifiesto, dejando ver, al mismo tiempo, las dificultades que se han encontrado en el proceso y las posibilidades y formas de actuación que esta línea de estudio aún presenta. En este sentido, el presente capítulo se propone, por un lado, discutir los resultados obtenidos y sacar de ellos las conclusiones más relevantes y, por otro, identificar las aportaciones y limitaciones del estudio e indicar posibles vías por las que continuar la investigación en esta área, abordando aquellos aspectos que aún están desiertos.

### 5.1. Discusión y conclusiones

Siguiendo el orden discursivo de los propios objetivos, se analizan los resultados obtenidos contrastándolos y discutiéndolos con la literatura científica existente al respecto. No se pretende con esto, en ningún caso, realizar una descripción exhaustiva de los datos hallados en el presente trabajo, sino discutir estos desde un punto de vista teórico, validando o refutando cada una de las hipótesis asociadas a los objetivos de estudio y avanzando hacia la comprensión del fenómeno.

### 5.1.1. Las relaciones sentimentales adolescentes: características y desarrollo

El primer objetivo de estudio hacía referencia al análisis y descripción de las relaciones sentimentales adolescentes, profundizando en sus características y en su proceso de desarrollo a lo largo de este periodo evolutivo. En este sentido, los datos han confirmado aquello que se apuntaba desde la literatura nacional e internacional, subrayando la importancia que este tipo de relaciones tiene para los chicos y chicas, así como la evolución que se produce en cuanto al significado de estas parejas en cada uno de los estadios por los que van pasando ya que, en muchos casos, las relaciones sentimentales iniciadas durante la adolescencia se convierten en relaciones estables y duraderas.

Estudios anteriores ya habían señalado que tres de cada cuatro chicos y chicas habían tenido al menos una pareja sentimental al llegar a la adolescencia tardía (Connolly *et al.*, 2000; Furman y Whener, 1997; Menesini y Nocentini, 2008; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007), lo que queda avalado por los resultados de este estudio que apuntan un incremento de estas relaciones a lo largo del periodo adolescente, resultando que menos del 5 % de los chicos y chicas hacia los 19 años afirmaba no haber tenido nunca pareja. Con una media de cuatro a cinco parejas durante este corto periodo de experiencia sentimental, los adolescentes afirman que estas relaciones pueden llegar a estabilizarse en el tiempo con una media de duración en torno al año, si bien el rango de oscilación va desde apenas una semana hasta los cinco años, lo que nos hace pensar que, como Collins (2003) ya señalaba, no todas las relaciones a esta edad son encuentros puntuales y fugaces. Como cabe prever, la edad es una variable determinante en esta duración, siendo que las relaciones son más largas a medida que los chicos y chicas avanzan en la adolescencia. La investigación nacional e internacional (Connolly *et al.*, 2004; Menesini y Nocentini, 2008; Sánchez *et al.*, 2008) indica, además, diferencias respecto al sexo en la duración de las parejas adolescentes, sin embargo, en el presente estudio sólo se ha encontrado una tendencia en este sentido, ya que el tamaño del efecto ha sido pequeño: las chicas reportaban tener o haber tenido parejas ligeramente más estables y duraderas que los chicos, lo que podría explicarse, como sugiere la literatura (Carver *et al.*, 2003), por la diferente madurez biológica y cognitiva de ellas respecto a ellos.

Con todo, se señala la importancia que este tipo de relaciones tiene para los adolescentes (Chóliz, 2004; Collins, 2003; Dunphy, 1963) como una nueva forma

de filiación al grupo de iguales, suponiendo un nuevo contexto de desarrollo compartido con el mundo de las amistades. Las características de estas parejas invitan a pensar que para sus protagonistas constituyen verdaderas experiencias amorosas y no tanto encuentros esporádicos o sin importancia sentimental (*dating*, como se denomina en los estudios internacionales, aludiendo a las citas). Los adolescentes muestran su preferencia por este nuevo tipo de relación social, siendo que el afecto que mueve estas incipientes parejas les supone una fuente de emoción positiva, no solo desde un punto de vista adaptativo e inclusivo en el grupo, sino por la sensación placentera que les genera esta nueva manifestación de amor (Hervás, 2009). En este sentido, acorde con la teoría evolutiva de Dunphy (1963), los chicos y chicas participantes en este estudio apuntan un progresivo movimiento desde el gran grupo hacia la díada que cristaliza en sus hábitos en el tiempo de ocio: las actividades que realizan en su tiempo libre se combinan entre actividades en pandilla y actividades a solas con la pareja e indicando el paso hacia la desvinculación del grupo de iguales y la priorización de la pareja.

La importancia y estabilidad de estas parejas es acorde a la percepción que chicos y chicas tienen de ellas respecto a calidad y satisfacción. Siguiendo la línea de resultados que Sánchez *et al.* (2008) presentaban con jóvenes españoles, los participantes en el presente estudio afirmaban sentir su experiencia de pareja como fuente de satisfacción, manteniendo un buen nivel de comunicación y expectativas moderadas sobre la continuidad de la relación sentimental. Las puntuaciones sobre las escalas negativas de calidad resultaban más bajas, manifestando escasos niveles de desequilibrio de poder y constatando que estas relaciones no suponían para los chicos y chicas un foco de presión sobre su comportamiento en relación a la familia o sus tareas escolares. La escala de conflicto, sin embargo, presentaba un patrón diferente al resto de escalas negativas, mostrando una incidencia que, sin ser alta, sí que era superior a la del resto de escalas de calidad negativa. Estos datos avalarían los datos apuntados por otros trabajos en los que se señalaba mayor existencia de conflictos a medida que la relación se estabiliza (Menesini y Nocentini, 2008; Sánchez *et al.*, 2008). Según apuntan Ortega *et al.* (2008), mientras el contexto fundamental de relación es el contexto de iguales, el interés se centra en la consolidación de status social dentro de este y, por ende, los posibles conflictos se dan con los iguales. Sin embargo, cuando es el contexto de la pareja el que toma el protagonismo como contexto de relación social, los conflictos se trasladan a este ámbito, provocándose, incluso, situaciones de desequilibrio de poder entre los miembros de la díada.

Respecto a la incidencia de la edad y el sexo en estas variables de calidad, los resultados apuntaron únicamente tendencias con tamaños de efecto pequeño. Particularmente interesante, por lo ya mencionado, es el hecho de que el conflicto resulta ser una de las variables que aumenta de modo más significativo con la edad. Las expectativas de futuro, dentro de las escalas de calidad positiva, es la otra variable que más influenciada está por la edad, lo que adquiere sentido al valorar este resultado de forma conjunta con el aumento de la duración de las relaciones ya mencionado y, por ende, la consolidación de las mismas.

Respecto al sexo, aun considerando el bajo tamaño de efecto asociado a estos resultados, son ellas quienes tienden a manifestar una mayor satisfacción respecto a su situación de pareja al mismo tiempo que perciben sus relaciones como más comunicativas y afirman mayores expectativas de futuro. Sin embargo, también resultaban ser ellas quienes manifestaban tasas de conflicto ligeramente superiores a las que reportaban ellos. Ellos, por su parte, apuntaban tasas ligeramente superiores de comportamiento transgresivo y desequilibrio de poder. Si bien no se encuentra explicación unánime desde la literatura para estas tendencias —ya apuntadas, sin embargo, en trabajos previos con adolescentes andaluces (Viejo, 2009)— las interpretaciones biológicas, que aluden de nuevo a la madurez femenina, o las teorías feministas, apoyadas en las concepciones e ideologías sociales tradicionales en las que ellos son los dominantes, apuntan las referencias más extendidas. Sánchez *et al.* (2008) sugieren, además, que asumiendo una perspectiva evolutiva-contextual y desde la óptica que ofrece el *Modelo de Inversión* (Martínez y Fuertes, 1999; Rusbult, 1980; 1983), las chicas realizarían una mayor inversión en sus relaciones, adquiriendo un mayor compromiso y manifestando, por tanto, mayor satisfacción que los chicos pero también mayores tasas de conflicto cuando no se ven correspondidas en su inversión.

No obstante, las características respecto a algunas variables de calidad de estas parejas oscilan a lo largo del proceso de desarrollo que siguen estas relaciones. Algunos trabajos han apuntado contribuciones relevantes para la explicación del desarrollo y consolidación de estas primeras relaciones de pareja (Collins, Welsh y Furman, 2009; Yela, 1997), estableciendo una serie de estadios que iban desde un apasionamiento inicial (Connolly y Goldberg, 1999) hasta relaciones más maduras, con mayor vinculación y compromiso con la otra persona (Connolly y McClusac, 2008). En este sentido, los resultados de este estudio avalan la perspectiva de desarrollo de estas relaciones sentimentales, permitiendo identificar cuatro grupos diferenciados que se corresponderían con diferentes momentos



de consolidación de la pareja y, por ende, con percepciones diferentes por parte de los chicos y chicas de lo que significa para ellos la relación. Shurman y Scharf (2000) ya señalaban que en torno a los 16 años, las características, en términos de exigencias o requisitos, para ser consideradas en una pareja eran menores, o diferentes, que las que se contemplaban en una adolescencia más avanzada, cuando se es más restrictivo y selectivo para aplicar esta etiqueta, evolución que queda avalada en estos resultados. La descripción de estos momentos da, además, soporte empírico al modelo desarrollado por Collins (2003) sobre el significado de las experiencias sentimentales durante la adolescencia, permitiendo comprender los cambios que se producen en la calidad y cualidad de estas incipientes parejas.

Siguiendo la aportación de Collins (2003) en cuanto a las áreas incidentes en la significación de estas relaciones, los resultados han señalado diferencias significativas en todas ellas, siendo, no obstante, que algunas variables adquirirían mayor importancia que otras. Así, por ejemplo, respecto a la implicación, el primer grupo identificado «tener un rollo» apuntaba un mayor número de relaciones poco estables, mientras que el último grupo, «tener una relación de compromiso», invertía estos datos. Los grupos intermedios, «salir con alguien» y «tener un novio», más semejantes entre sí, indicaban valores intermedios. La segunda área, correspondiente a las actividades compartidas, señalaba que, si bien si existía un aumento en cuanto a la percepción de compañía a medida que se hablaba de relaciones más estables, el tiempo compartido no variaba significativamente entre los grupos adyacentes. Esto podría explicarse, como se comentó anteriormente, a que los chicos del estudio se encontraban en el mismo momento de desvinculación del grupo a favor de la pareja (Connolly *et al.*, 2004; Kuttler y La Greca, 2004), siendo que en todos los grupos la edad media de los participantes giraba en torno a los 17 años. Junto a este aumento en la percepción de la compañía, aparecía también un aumento en cuanto a la percepción de comunicación e intimidad, lo que indicaba un aumento en la calidad positiva de la pareja. Las variables relativas a la calidad negativa, sin embargo, se mantenían estables. El conjunto de estas características podrían estar explicando el cambio que se produce en la última área y que se corresponde con las expectativas de futuro: si las relaciones ganan en estabilidad, en percepción de compañía y en calidad positiva, es lógico pensar que los chicos y chicas aumenten sus expectativas respecto al futuro de la relación. Estos resultados subrayan el hecho de que, incluso en un rango de edad muy pequeño, es posible encontrar grupos de adolescentes que dan a sus relaciones de pareja un significado muy diferente, aportando validez al modelo de Collins (2003).

### 5.1.2. Las parejas y el desarrollo personal de sus protagonistas

En un segundo momento de este trabajo se abordó el análisis de la influencia de las relaciones de pareja para el desarrollo personal, en términos del ajuste psicológico y de las actitudes sexistas que los chicos y chicas manifiestan. En este sentido, los resultados también han proporcionado soporte empírico a la mayor parte de los postulados teóricos que se habían revisado.

Diferentes estudios habían relacionado la experiencia sentimental durante la adolescencia con mejores niveles de bienestar general, lo que contribuía al logro de la identidad y a un mejor ajuste psicológico (Bouchey, 2007; Braithwaite *et al.*, 2010; Shaffer y Furman, 2009; entre otros). Siguiendo la línea de estudio de Campbell *et al.* (1994), quienes apuntaban que los chicos y chicas con relación de pareja señalaban mejores índices en su autoconcepto y satisfacción general que aquellos que no tenían experiencia sentimental, se trató de analizar el ajuste psicológico y las actitudes sexistas de los participantes comparando las medias alcanzadas por aquellos que tenían pareja en el momento de ser encuestados, lo que tenían experiencia sentimental previa pero no en el momento de la encuesta, y aquellos que nunca habían tenido pareja sentimental. Aún más, el objetivo consideraba las posibles diferencias que las variables sexo y edad pudiesen establecer.

Los resultados señalaron que la situación sentimental de los adolescentes afectaba a chicos y chicas de manera muy similar e incidía, sobre todo, en las variables comportamentales y a las actitudes sexistas, siendo además, que estas diferencias evolucionaban a través del periodo adolescente.

A este respecto, algunos autores han señalado que la edad, fuertemente ligada a la identidad, tiene un importante peso modulador (Hartfield, 1988; Martínez, 1997). En los primeros años de la adolescencia, cuando la identidad aún no está sólidamente construida, el efecto de la experiencia sentimental puede ser tan beneficioso como contraproducente, en el sentido de que los chicos y chicas son más vulnerables a las valoraciones que la pareja pueda hacer sobre ellos, siendo a su vez, más maleables en cuanto a su comportamiento. En esta línea, los resultados del presente estudio señalaron que los chicos y chicas con experiencia sentimental apuntaban, durante sus primeros años adolescentes, mayores tasas de comportamientos externalizantes tales como agresividad verbal o conductas delictivas. Estudios internacionales habían concluido ya en este sentido, señalando que las interacciones románticas podrían relacionarse con variables desfavorables para el bienestar general, estando vinculadas a conductas ansiosas y depresivas, comportamientos agresivos y/o

delictivos, etc. (Joyner y Udry, 2000; Neeman *et al.*, 1995; Shaffer y Furman, 2009). En este trabajo, sin embargo, los comportamientos internalizantes no apuntaban en esta línea, siendo que la depresión no manifestaba diferencias en función del estado sentimental y las conductas de aislamiento eran significativamente más altas en aquellos adolescentes que no habían tenido nunca pareja. Aún sin poder ofrecer datos concluyentes a este respecto, se podría presumir que la interacción entre el tiempo de relación y la edad de los protagonistas podría ayudar a comprender estos resultados de forma que una vez construida la identidad de manera sólida, podría identificarse de forma más precisa la incidencia que una relación más o menos estable tiene sobre el ajuste psicosocial de sus protagonistas.

Hacia el final de la adolescencia, sin embargo, son las variables actitudinales las que manifestaban diferencias en función del estado sentimental de los chicos y chicas. Siendo que los chicos señalaban tales diferencias tanto en sexismo hostil como benévolo y las chicas únicamente en la escala de sexismo benévolo, hacia los últimos tramos de edad analizados (17-19 años), aquellos adolescentes que habían tenido una relación sentimental pero que no la mantenían en el momento de ser encuestados, eran quienes manifiestan mayores índices de sexismo. Diferentes autores (Glick y Hilt, 2000; Lemus, Castillo, Mora, Padilla y Ryan, 2007) han identificado la adolescencia como un periodo fundamental para la consolidación de las actitudes sexistas, ligadas estas a la construcción de una identidad de género. Las primeras relaciones sentimentales suponen para los adolescentes un contexto de relación en el que es necesaria la negociación de intereses y, por ende, las conductas sexistas más hostiles, propias de las primeras edades, evolucionan hacia conductas más benévolas pero igualmente sexistas. Por tanto, la experiencia sentimental constituye una variable moduladora de estas actitudes, siendo que favorece el desarrollo de la identidad de género y con ella la construcción de los estereotipos, respecto a los roles, que regulan estas relaciones.

Procurando un análisis más exhaustivo del ajuste psicológico y las actitudes sexistas de aquellos adolescentes que se encontraban en pareja o que habían tenido experiencia sentimental, y siguiendo los trabajos de Furman *et al.* (2009), Grove y Nangle (2007) o Yela (2012), entre otros, que apuntaban la incidencia en estas variables, no tanto de tener o no tener pareja, como del momento en el que se encontrara la pareja y de la calidad de esta, se exploró la relación entre estos aspectos.

Si bien Furman *et al.* (2009) han señalado que el estadio en el que se encuentra la relación, y la implicación que esta supone, es una variable mediadora de la repercusión que el estado sentimental tiene en el ajuste de los adolescentes, los resul-

tados del presente estudio no apuntaron diferencias significativas a este respecto. Los chicos y chicas encuestados manifestaron niveles similares de ajuste psicológico y actitudes sexistas en los diferentes estadios de las relaciones previamente encontrados, desde las más esporádicas y menos comprometidas hasta aquellos estadios que suponían mayor implicación y compromiso con la pareja. No ocurría lo mismo, sin embargo, respecto a la calidad de la pareja, resultando que aquellos que manifestaban tener una mala calidad de pareja presentaban también peores índices de ajuste psicológico, en cuanto a mayores tasas de comportamientos externalizantes y mayores niveles de sexismo. Estos resultados se encuentran en la línea de los encontrados en estudios previos: aquellos adolescentes cuya relación de pareja les reporta una baja satisfacción estarían más próximos a conductas depresivas, ansiedad, dificultades académicas, etc. (Davila, Steinberg, Kachadourian, Cobb y Fincham, 2004; La Greca y Harrison, 2005).

Parece, pues, que para los adolescentes en este tramo de edad resulta más importante la calidad de la pareja que el momento en que esta se encuentre. Considerando que los elementos de calidad que marcan la diferencia hacen referencia a la calidad negativa y que los estadios de desarrollo de las parejas se identificaban en base a los elementos de calidad positiva —mientras que aquellos referidos a calidad negativa se mantenían constantes—, podemos interpretar que las parejas adolescentes que evolucionan a lo largo de los estadios identificados se mueven dentro del rango de calidad positiva y, por tanto, no muestran diferencias significativas en cuanto a su incidencia respecto al ajuste psicológico de los chicos y chicas implicados en ellas.

### 5.1.3. La violencia física en las relaciones sentimentales adolescentes

El tercer objetivo de este trabajo hacía referencia al análisis de la presencia, formas y frecuencia de este tipo de violencia, considerando las diferencias que pudiesen existir con relación a la edad y el sexo de los participantes.

La literatura nacional ha señalado una alta implicación de chicos y chicas en este tipo de violencia (González y Santana, 2001; Muñoz-Rivas *et al.*, 2007a; 2007b; 2009; Sánchez *et al.*, 2008), ligeramente superior incluso que la presentada por trabajos internacionales. Esperando que los datos del presente estudio avalasen esta tendencia de implicación, se encuentra que los resultados se aproximan, sin embargo, a las aportaciones internacionales (Katz, Washington-Kuffel y Coblenz,

2002; Menesini y Nocentini, 2008; Wekerle y Wolfe, 1999): chicos y chicas afirmaban estar implicados en este tipo de dinámica relacional violenta en porcentajes nada triviales, siendo que la victimización rozaba el 23 % de implicación y la agresión se situaba en torno al 30 %. Estas altas tasas de implicación, sean en un rol como en otro de la dinámica agresiva, podrían estar avalando la perspectiva teórica señalada por Ortega *et al.* (2008; 2011) que alude al establecimiento de una pauta erótico-agresiva al inicio de las relaciones que incluye en sus procesos comunicativos elementos simples y poco estructurados en forma de conductas agresivas recíprocas (*dirty dating*). Esta dinámica actuaría como un burdo patrón relacional para la iniciación en los primeros contactos sentimentales, muy extendido, sin embargo, entre los inexpertos adolescentes y, posiblemente, relacionado con la propia falta de experiencia personal en un fenómeno que exige mutua aceptación de una convención todavía no bien establecida.

Los estudios previos habían señalado, no obstante, que esta violencia se caracterizaba por ser ocasional —en cuanto a la frecuencia de implicación—, leve —en cuanto a la gravedad del comportamiento— y de doble implicación —en cuanto a los roles adoptados por sus protagonistas— (Foshee y Reyes, 2010; Sánchez *et al.*, 2008; White *et al.*, 2000). Los resultados del presente estudio permiten profundizar en estos aspectos. De acuerdo a estudios previos, la implicación resulta, sobre todo, ocasional (Menesini y Nocentini, 2008; Ortega *et al.*, 2008; Sánchez *et al.*, 2008), con datos muy similares entre chicos y chicas. Si se considera, además, la gravedad del comportamiento —esto es, una medida de agresión leve y otra de grave y, de la misma manera, una medida de victimización leve y otra de grave—, la implicación de chicos y chicas sigue siendo ocasional. Sin embargo, los datos apuntan que, mientras la agresión leve y grave se produce en porcentajes similares, no ocurre lo mismo con la victimización, siendo que la leve presenta una tasa de incidencia superior a la grave. Esto podría comprenderse en base a la interpretación que chicos y chicas hacen de esta violencia. Como White *et al.* (2000) señalaban, es necesario valorar estos comportamientos dentro de un contexto, considerando no sólo el comportamiento en sí mismo sino la valoración que la persona implicada hace de él o de los factores que inciden en su aparición. Los chicos y chicas, insertos en un contexto social donde la violencia está bastante normalizada (Hird, 2002; Rodríguez *et al.*, 2012), podrían no dar importancia a los comportamientos de carácter agresivo que utilizan con sus parejas —acentuada esta tendencia por el posible uso de las formas más leves durante el proceso de cortejo (*dirty dating*)—; sin embargo, sí es posible reconocer el desagrado que sentirse víctima de estos comportamientos produce, identificando las conductas de manos de la

pareja como comportamientos agresivos. En esta misma línea, estos resultados apuntan que agresión y victimización siguen patrones diversos: podría entenderse que, de acuerdo a la teoría del escalamiento (p. ej. Straus y Gelles, 1987), la victimización sigue un patrón que empieza por las formas más leves y evoluciona, paulatinamente, incluyendo formas más graves de victimización. La agresividad, sin embargo, resulta producirse indistintamente en sus formas leves y graves, incluso de manera combinada, lo que podría estar indicando que los chicos y chicas no perciben realmente estas formas de violencia de acuerdo a una gravedad escalada. No obstante, no es posible concluir a este respecto, siendo necesarios estudios focalizados en la percepción de los adolescentes para arrojar luz en esta línea. En cuanto a la doble implicación, los resultados del estudio avalan lo que estudios previos ya señalaban: los chicos y chicas que están implicados en estos comportamientos agresivos son, generalmente, tanto agresores como víctimas (Fernández-Fuertes *et al.*, 2006; Menesini *et al.*, 2011; Ortega *et al.*, 2008; Sebastián *et al.*, 2010). Esta tendencia podría explicar la similitud entre los índices de chicos y chicas en cada uno de los roles considerados. Como otros autores han señalado, esta particularidad en cuanto a la doble implicación podría conllevar el establecimiento de una dinámica recíproca en cuanto a la estructura violenta que se mantiene entre los miembros de pareja, con una mayor facilidad para perpetuarse en el tiempo. Ortega-Rivera *et al.* (2010) han señalado que esta doble implicación hace pensar que los roles agresivos no están claramente delimitados en la violencia sentimental adolescente, dentro de lo que consideramos el esquema dominio-sumisión (Ortega, 1998; 2003). Por el contrario, apuntan que

«...este esquema de dinámica relacional agresiva adquiriría una mayor complejidad, diseminándose en múltiples actitudes y conductas de dominio-sumisión protagonizadas por ambos miembros de la pareja posiblemente en distintos momentos y acompañando diferentes pautas de comunicación y gestión del poder, lo que hace al problema de la violencia en el cortejo y la pareja incipiente un asunto de la máxima complejidad relacional y afectiva» (Ortega-Rivera *et al.*, 2010, pp. 227).

Esta perspectiva explicaría, a su vez, que al considerar la gravedad del comportamiento agresivo, esta doble tendencia de implicación se difumine, resultando que no necesariamente los comportamientos que ejercen y que sufren tienen la misma gravedad. Tradicionalmente esta diferencia ha sido defendida desde la perspectiva feminista que consideraba la agresión femenina como una respuesta defensiva a la agresión masculina y, por ende, sería ejercida en sus formas más leves (Reed *et*

*al.*, 2010). Sin embargo, el hecho de que no existan diferencias a razón del sexo hace presumir que este comportamiento de doble implicación en violencia, si bien con comportamientos de gravedad diversa, es tan propio de chicos como de chicas, de modo que las lecturas explicativas que se hicieran del fenómeno serían igual de válidas para ambos sexos.

#### 5.1.4. Modelos explicativos de la violencia física en pareja

Procurando la comprensión de este comportamiento en el seno de las parejas adolescentes, se propone el cuarto objetivo de este trabajo: indagar las variables asociadas a la violencia física en parejas adolescentes, identificando aquellas que podrían estar actuando como factores de riesgo para que esta violencia se desarrolle.

En primer lugar, los resultados han subrayado la adecuación de tratar la agresión y victimización como fenómenos diferenciados en cuanto a su base explicativa, considerándolos, no obstante, como fenómenos que tienden a concurrir y que presentan altas correlaciones entre ellos. Sumado a ello se destacan las posibilidades explicativas que ofrece la consideración de la violencia en un modelo bifactorial que diferencia entre agresión o victimización leve y grave. En este sentido, han sido diversos autores los que han señalado que la violencia en pareja se manifiesta de forma progresiva (González y Santan, 2001; Taylor *et al.*, 2010), siguiendo la tendencia de escalada del conflicto, favorecida además por el carácter bidireccional que presenta este tipo de comportamientos violentos. De esta manera, chicos y chicas comenzarían siendo agresores y víctimas en las formas más leves, y progresivamente se iría aumentando la intensidad de estas conductas convirtiéndose en las formas más graves de violencia.

Esta perspectiva, sin embargo, estaría algo menos definida en el caso de la agresión de los chicos particularmente. Teniendo en cuenta que la implicación en agresión manifestaba índices parecidos tanto en las formas leves como en las formas graves, podría entenderse que ambos fenómenos se produjeran de forma más o menos indistinta. Sin embargo, esta tendencia se acentúa en el caso de los chicos, quienes presentaban índices de agresión grave incluso superiores a los de agresión leve. Para comprender este suceso se debería argüir, probablemente, al propio instrumento de medida el cual, ya en los análisis confirmatorios a los que fue sometido en cuanto a su estructura bifactorial, apuntaba la ambivalencia de los chicos, quienes también ofrecían un modelo monofactorial con ajuste aceptable.

Esto podría estar indicando que los chicos no tienen una percepción diferenciada de los comportamientos violentos en cuanto a su gravedad, quizás por la normalización que hacen del uso de estos. Diversos autores han apuntado la preferencia masculina por establecer contactos sociales a través del contacto físico (Ortega-Rivera *et al.*, 2010) en numerosas ocasiones, a través de sus formas más rudas; por ende, estos comportamientos podrían estar desnaturalizados, incluso considerados como no violentos, haciéndose uso de las formas más graves cuando se quiere actuar de manera violenta.

En segundo lugar, los resultados han avalado la hipótesis en cuanto a la idoneidad de una aproximación multifactorial que considerase, siguiendo los trabajos desarrollados por Capaldi, variables no sólo de índole personal, sino también contextual. En este sentido, chicos, chicas, víctimas y agresores, aun con sus diferencias, han subrayado la complejidad de un fenómeno que no puede explicarse a partir de modelos simples que se focalicen únicamente en variables proximales, obviando otras variables distales o la relación entre las primeras y las segundas.

Respecto al bloque de variables personales consideradas, los modelos han señalado, de acuerdo a la literatura, la importancia que, tanto los comportamientos internalizantes como externalizantes, así como algunas conductas de riesgo asociadas con el consumo, tienen para la explicación de la implicación en violencia. Respecto a los comportamientos internalizantes, si bien en la literatura se encuentran resultados que apuntan los síntomas depresivos como predictores para la implicación en violencia, fundamentalmente, de las chicas (Kim y Capaldi, 2004) y la baja autoestima como predictora, fundamentalmente, de los chicos (Foshee *et al.*, 2004), los modelos de este trabajo han avalado la línea de resultados de Roberts y Klein (2003), apuntado la depresión como variable con peso predictor para los chicos, ya sea en agresión como en victimización. En este sentido, los comportamientos internalizantes tendrían efecto predictor directo e indirecto sobre la implicación en violencia masculina. Para las chicas, las variables personales que toman el peso predictor de la violencia son, únicamente, los comportamientos externalizantes y las conductas de riesgo.

Estudios previos habían señalado la importancia que los comportamientos externalizantes tenían como predictores de la implicación en violencia por parte de los chicos (p. ej. Woodward *et al.*, 2007), siendo para las chicas la consecuencia de este tipo de violencia (Roberts y Klein, 2003), si bien la falta de estudios longitudinales que confirmen estas tendencias podría estar incidiendo en estas diferencias. En



este estudio los resultados han subrayado el papel que jugaba la conducta delictiva tanto para la explicación de la victimización de chicos y chicas como para la agresión por parte de estas últimas, con peso predictor no sólo sobre la violencia misma, sino sobre otras variables del contexto de los iguales y de la propia pareja que, a su vez, actuaban como predictoras de la violencia. Esta misma tendencia de incidencia directa e indirecta se repetía en la agresión masculina, sin embargo, resultaba ser la agresividad verbal, como manifestación de estos comportamientos externalizantes, la que asumía el peso predictor. Del mismo modo, los resultados de este estudio apoyan las conclusiones alcanzadas por diversos estudios (González-Ortega *et al.*, 2008, por ejemplo) respecto a la correlación que existe, en el caso de las chicas, entre los comportamientos externalizantes y conductas de riesgo asociadas con el consumo de sustancias. En este sentido, y coincidiendo con los resultados de Rivera-Rivera *et al.* (2006), el modelo de victimización femenina señala el consumo de tabaco y drogas como variables asociadas a la conducta delictiva y, a su vez, predictoras de conflictos en la pareja y de victimización leve a manos de esta.

Por último, en relación a las variables personales, algunos estudios habían señalado el papel que variables de tipo actitudinal, perpetuando los modelos de comportamientos sexistas, jugaban en la implicación de violencia en la pareja (Foshee *et al.*, 2004; Rojas-Solís y Carpintero, 2011). En este sentido, se ha detectado el sexismo hostil como variable predictora de la agresión de mano de los chicos, lo que confirmaría las teorías que apuntan que el sentimiento masculino de pertenencia de la chica y de inferioridad de esta está en la base de muchas de las agresiones físicas que se producen en el seno de las parejas.

Respecto a las variables socio-contextuales, como ya indicara Swahn *et al.* (2008), la implicación en violencia con los iguales aparece, en la mayoría de los casos, asociada a la implicación en violencia en pareja. Respecto a los modelos de agresión, estudios previos habían señalado que la experiencia de agresión hacia los iguales actuaba como factor de riesgo para la implicación en violencia hacia la pareja siendo esta, por tanto, una variable de considerable peso predictor (Pepler *et al.*, 2006; Swahn *et al.*, 2008). Considerando las diversas voces que apuntan la estrecha relación que existe entre la violencia física y la violencia sexual (Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; Viejo, 2009), se pueden comprender los resultados que aporta este estudio: tanto para chicos como para chicas, la experiencia previa de agresión sexual en el contexto de iguales actúa como factor predictor de la implicación en agresión en el contexto de la pareja. Para las chicas, eran las formas más leves de

agresión sexual en iguales —aquellas que implican violencia verbal o visual— las que ejercen el peso predictor no sólo en cuanto a la implicación en agresión en la pareja, sino en cuanto al desarrollo de conflictos que, a su vez, actúan como predictores de dicha violencia. En el modelo de victimización, sin embargo, esta variable predictora desaparece. En el caso de los chicos, son las formas más graves de violencia sexual —las que implican un contacto físico— las que actúan como predictoras directas de la agresión en pareja en sus formas leves y graves y como predictoras directa e indirecta —a través de las variables de calidad negativa en la pareja— de la victimización en pareja.

Capaldi *et al.* (2003; 2005) ya habían señalado que, entre las variables contextuales, las relativas al propio contexto de la pareja asumen una especial relevancia en cuanto a la explicación de la violencia. Los modelos explicativos alcanzados avalan esta perspectiva, señalando en todos los casos variables de calidad negativa en la pareja como predictoras de la implicación en violencia. Pese a que la literatura había señalado que la duración y/o solidez de la relación actúa como variable predictora (Kaestle y Halpern, 2005; Ray y Gold, 1996), las correlaciones realizadas de forma previa a los modelos explicativos no mostraron relación entre esta variable y la implicación en violencia física, sea en chicos o chicas, así como en agresión o victimización. Sin embargo, sí señalaron la relación que existía entre esta violencia y las variables de conflictos y desequilibrio de poder, fundamentalmente. En la línea de las investigaciones que subrayan el papel que juegan los celos en el establecimiento de conflictos en el seno de la pareja, así como la relación que existe entre estos y el desequilibrio de poder entre los miembros de la díada (O'Leary y Smith-Slep, 2003; Vezina y Hebert, 2007, entre otros), los modelos han señalado que estos conflictos actúan, en todos los casos, como predictores de las formas leves de agresión y victimización física. Algunos autores identifican esta relación como parte de un proceso de escalada del conflicto (p. ej. Straus y Gelles, 1987) que comienza con desencuentros y diferencias de opinión en la pareja y, progresivamente, se va sumiendo en una dinámica relacional negativa que llega a saldarse con agresiones hacia la pareja, comenzando con las formas verbales o físicas más leves y pudiendo llegar a las formas más graves de violencia.

Con todo ello, los modelos alcanzados han avalado las propuestas generales realizadas desde la literatura (Capaldi *et al.*, 2003), apuntando la significatividad explicativa que tanto las variables personales como las variables contextuales, sean del contexto de iguales, sean del contexto de la pareja, tienen para la explicación de un fenómeno tan complejo como es la violencia física en pareja. Asimismo y,

como ya apuntaron diversos autores (Follingstad *et al.*, 1991; 1999; Jackson, 1999; O'Keefe y Treister, 1998; Capaldi y Owen, 2001; Magdol *et al.*, 1998; entre otros), se avala la conveniencia de establecer modelos diferenciales para chicos y chicas siendo que, pese a que en ambos casos los bloques de variables identificadas son similares, no lo son las variables concretas que asumen el peso explicativo ni el peso específico de estas.

En este sentido y, de acuerdo a lo que hacían presagiar las correlaciones previas, las chicas partían de modelos más simples que los chicos y, además, presentaban modelos finales con mejores índices de ajuste. La agresión física femenina quedaba definida de manera directa por comportamientos externalizantes y calidad negativa de la pareja, mientras que la experiencia de agresión en el contexto de los iguales sólo tenía efecto directo sobre la agresión grave. En el modelo de agresión masculina, sin embargo, además de los comportamientos externalizantes y los conflictos en la pareja, la experiencia previa de agresión con los compañeros ejercía un efecto directo sobre la agresión leve. La agresión grave masculina, por su parte, quedaba definida por la experiencia previa de agresión, fuese en el contexto de pareja, como en el contexto de iguales, pero se sumaba además la variable personal de depresión. Especial interés en este modelo asume la variable de sexismo hostil que podría estar señalando la reminiscencia de una tradicional ideología machista entre los adolescentes implicados en violencia.

Respecto a la victimización los patrones se repiten, siendo ellas quienes asumen modelos más simples. Así, el peso predictor de la victimización leve femenina lo asumen, de nuevo, variables personales junto a variables del contexto de la pareja y la victimización grave queda predicha por la experiencia de victimización leve y la falta de disposición hacia la conducta delictiva (o dicho de otro modo, la conducta delictiva podría estar actuando de factor protector para la victimización grave femenina). En este caso, las variables relativas al contexto de los iguales llegan a desaparecer. Los chicos, por su parte, para aproximarse a la explicación de la victimización física masculina, ponen en juego variables de los tres ámbitos que, además, interaccionan entre sí y con la victimización física leve de forma directa e indirecta. La victimización grave, sin embargo, sólo viene dada por la experiencia previa en victimización leve.

Desde todos los modelos se subraya lo apuntado anteriormente: chicos y chicas viven y perciben de forma diferente la experiencia de violencia en el seno de sus parejas, sin embargo, todos presentan una pauta común de comportamiento en

la que las variables personales y del contexto de la pareja toman el peso directo sobre la explicación de la violencia leve, mientras que el contexto de iguales actúa, generalmente, en un segundo plano. Por otra parte, los resultados ponen en evidencia, como ya señalaba la literatura, que esta violencia es progresiva en cuanto a gravedad, de manera que la implicación previa en violencia leve suele ser la mejor variables predictora para la violencia grave.

Por todo ello, parece que la aproximación al fenómeno desde una perspectiva multifactorial resulta la más adecuada para abordar un fenómeno complejo como este, ya que permite el análisis y la explicación de la violencia física en pareja adolescente de manera pormenorizada.

## 6.2. Aportaciones, limitaciones y futuras líneas de investigación

En la línea de los trabajos realizados sobre el fenómeno de las parejas adolescentes, en general, y sobre el ámbito de la violencia de la física que se produce en ellas, en particular, el objetivo del presente trabajo ha sido en todo momento realizar una aportación empírica que permitiese avanzar en la comprensión de este fenómeno. En este sentido, los resultados que se han derivado de este estudio, así como las conclusiones que se han alcanzado tras su análisis, han procurado aportar nuevos datos y esclarecer otros aún confusos en los estudios disponibles. Sin embargo, estas aportaciones al campo de la investigación científica no deben esconder aquellas limitaciones que se han encontrado en el proceso de trabajo, limitaciones que, por un lado, invitan a interpretar los resultados con la cautela necesaria y, por otro, esbozan el camino para futuras investigaciones.

Quizá, la primera aportación reseñable que ofrece el presente estudio resida en su estructura misma: concibiendo las relaciones sentimentales adolescentes desde una amplia perspectiva, aún a las dos caras más controvertidas de estas. De un lado, pone de manifiesto la importancia que estas relaciones tienen para los adolescentes y la contribución que hacen a su desarrollo, más aún cuando hablamos de relaciones sentimentales satisfactorias. De otro lado, pone de manifiesto uno de los principales riesgos que conlleva este nuevo tipo de relación sentimental, el riesgo de violencia en pareja. De este modo se enfatiza la necesidad, no sólo de prevenir o erradicar esta violencia, sino la necesidad de ayudar a los jóvenes a construir relaciones satisfactorias y de calidad, con el consiguiente beneficio para el propio desarrollo personal y la búsqueda de la felicidad.

Los aspectos referidos a la metodología constituyen otro de los puntos fuertes de este trabajo. De un lado, la muestra representativa de más de 3.000 adolescentes andaluces que han formado parte del estudio, siendo además seleccionados con un procedimiento muestral que permite la generalización de los resultados al ámbito regional; de otro, la validación mediante CFA de una batería de instrumentos que permiten el estudio y análisis de las parejas adolescentes y de las dinámicas violentas que se producen en ellas, así como de algunas de las características de personalidad de sus protagonistas.

Por último, resultan ineludibles aquellas aportaciones referidas a los resultados mismos. La consideración de la perspectiva de la Psicología Positiva aplicada específicamente al ámbito de la pareja adolescente resulta, en sí mismo, un aspecto innovador. Ciertamente el análisis de los beneficios del amor habían sido abordados desde esta perspectiva, así como habían sido analizados los beneficios que estas relaciones podrían tener en el desarrollo adolescente, pero considerando la reciente inclusión de ambos aspectos en el ámbito científico —tanto el estudio de la pareja adolescente, como la perspectiva de la Psicología Positiva—, el presente trabajo resulta un primer acercamiento hacia la consideración conjunta de estos aspectos. La potencialidad que han apuntado los resultados a este respecto resulta motivadora para continuar analizando en mayor profundidad esta línea de estudio.

Por otro lado, los aspectos referidos a la búsqueda de modelos explicativos de la violencia física en pareja, considerando de un lado, la amplia variedad de variables analizadas y, de otro, la naturaleza misma de los análisis realizados, resultan de gran valor para la comprensión del fenómeno *dating violence*. La investigación interesada por los factores de riesgo ha favorecido de manera directa el desarrollo de programas de prevención e intervención contra la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes, por lo que estos modelos explicativos tienen un gran interés no sólo para el ajuste de las medidas de prevención e intervención adoptadas hasta el momento, sino para el desarrollo de nuevas medidas que consideren las diferencias detectadas, por ejemplo, en cuanto a la gravedad de los comportamientos que se llevan a cabo.

No obstante y, como se señalaba en un principio, es necesario señalar algunas limitaciones detectadas a lo largo del desarrollo del trabajo. En primer lugar, la muestra de participantes, si bien permite la generalización a la región andaluza, no resulta suficiente ni representativa de la población española. De este modo, las dificultades que presenta la literatura respecto a las diferencias culturales que

podrían establecerse no sólo en cuanto a la definición de las relaciones, sino en cuanto a la interpretación de los comportamientos que se producen en ellas, sigue siendo un aspecto por desarrollar. Futuros estudios podrían subsanar este aspecto ampliando la muestra a nivel nacional —lo que permitiría, además, realizar trabajos cross-nacionales—, o comparando aspectos culturales con otras regiones españolas, de forma que se validase la generalización de estos resultados.

Los instrumentos utilizados han supuesto, del mismo modo, cierta limitación. Si bien la amplitud de la batería de cuestionarios ha permitido el análisis de varios aspectos, la inclusión de instrumentos de corte cualitativo hubiese favorecido la comprensión de aspectos que quedan desiertos. Ejemplo de ello serían los análisis dirigidos al establecimiento de los estadios de la pareja. La inclusión de una entrevista semi-estructurada, o de técnicas de *focus-group* hubiese permitido profundizar en la detección de variables que estén incidiendo en esta evolución y que, quizá, estén ligadas al ámbito cultural. Del mismo modo, estas técnicas de recogida de datos hubiesen favorecido la comprensión de las diferencias entre chicos y chicas en cuanto a los comportamientos violentos y a la interpretación que realizan de ellos. La combinación de instrumentos cualitativos y cuantitativos sería una buena técnica de análisis a considerar en próximos trabajos.

Asimismo, los estudios de corte longitudinal ayudarían a la comprensión de estos aspectos, estrechamente ligados al desarrollo adolescente, a la vez que facilitarían la interpretación de análisis referidos a los factores predictores, enriqueciendo la aproximación de los modelos explicativos y haciéndolos más ajustados a la población de referencia. En esta línea, otra de las limitaciones de este estudio, referida a los modelos explicativos de la violencia, es la consideración lineal de estos —desde las variables personales a las del grupo y, de estas, a las de la pareja—, sin considerar las relaciones bidireccionales que podrían estar ocurriendo en sentido inverso. El enriquecimiento que la pareja podría estar suponiendo para el desarrollo personal, así como el efecto que podría tener sobre el comportamiento en el grupo de iguales, podría ayudar a definir nuevos modelos explicativos que considerasen el desarrollo evolutivo en interacción.

Por último y, quizá, uno de los aspectos más importantes que queda aún por desarrollar dentro de esta línea de investigación sea el referido a los estudios focalizados en la pareja misma, analizando no sólo la perspectiva de uno de los miembros de la díada, sino contrastando la percepción e interpretación que ambas partes realizan sobre el desarrollo de la relación y sobre la dinámica misma que se

establece en el interior de estas parejas. Siguiendo las voces que apuntan la necesidad de estudiar no sólo el comportamiento agresivo, sino el contexto en que se produce y la interpretación que de él se realiza, el enriquecimiento que supondría la comparación del punto de vista ofrecido por cada miembro de la díada sobre la dinámica relacional que se produce en la pareja y que lleva al establecimiento de esta violencia, así como la diferencia de significados que se producen entre chicos y chicas en cuanto a la interpretación de tales episodios agresivos, permitiría profundizar en el conocimiento y análisis de la dinámica relacional que sostiene este vínculo sentimental.





## Bibliografía



## Bibliografía

AAUW. AMERICAN ASSOCIATION OF UNIVERSITY WOMEN: *Hostile hallways: The AAUW survey on sexual harassment in America's schools*. Washington, DC: American Association of University Women Educational Foundation, 1993.

ACHENBACH, T. M.: *Manual for the Youth Self Report and 1991 profile*. Burlington, VT: University of Vermont, 1991.

ACKARD, D. M. y NEUMARK-SZTAINER, D.: «Date violence and date rape among adolescents: associations with disordered eating behaviors and psychological health», *Child Abuse and Neglect*, 26, 2002, pp. 455-473.

ACOSTA, L.; FERNÁNDEZ, A. y PILLÓN, S.: Factores sociales para el uso de alcohol en adolescentes y jóvenes. *Revista Latino-Americana Enfermagem*, 19, 2011, pp. 771-781.

AGUIRRE, A. M. y GARCÍA-QUIROGA, M.: «Violencia prematrimonial: un estudio exploratorio en universitarios», *Última Década*, 6, 1997, pp. 1-9.

AMURRIO, M.; LARRINAGA, A.; USATEGUI, E. y DEL VALLE, A.: «Violencia de género en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes de Bilbao», *Zerbitzuan*, 47, 2010, pp. 121-134.

ARCHER, J.: «Sex differences in Aggression between heterosexual partners: a Meta-Analytic review», *Psychological Bulletin*, 126 (5), 2000, pp. 651-680.

ARIM, R.; DAHINTEN, S.; MARSHALL, S. y SAHPKA, J.: «An examination of the reciprocal relationships between adolescents' aggressive behaviors and their perceptions of parental nurturance», *Journal of Youth Adolescence*, 40, 2011, pp. 207-220.

ARRIAGA, X. y FOSHEE, V. A.: «Adolescent Dating Violence: Do adolescents follow in their friends', or their parents', footsteps?», *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 2004, pp. 162-184.

BANDURA, A.: *Aggression: A social learning analysis*. Oxford: Prentice-Hall, 1973.

BANDURA, A.: «Social Learning Theory of Aggression», en KNUTSON, J. F. (eds.): *The control of Aggression* (pp. 201-252). New Brunswick: Aldine Transaction, 2007.

BANK, L. y BURRASTON, B.: «Abusive home environments as predictors of poor adjustment during adolescence and early adulthood», *Journal of Community Psychology*, 29, 2001, pp. 195- 217.

BARNES, J.; NOLL, J.; PUTMAN, F. y TRICKETT, P.: «Sexual and Physical Revictimization among victims of severe childhood sexual abuse», *Child abuse Neglect*, 33, 2009, pp. 412-420.

BAUMEISTER, R. y LEARY, M.: «The need to belong: desire for interpersonal attachment as a fundamental human motivation», *Psychological Bulletin*, 117, 1995, pp. 497-529.

BENSON, P.; SCALES, P.; HAMILTON, S. y SESMAN, A.: «Positive youth development: Theory, research and applications», en LERNER, R. M. (ed.): *Theoretical models of human development (I). Handbook of Child Psychology*. Hoboken, New Jersey: Wiley, 2006, pp. 894-941.

BLACK, M. C.; NOONAN, R. y LEGG, M.: «Physical dating violence among high school students. United States, 2003», *Morbidity and Mortality Weekly Report*, 55, 2006, pp. 532-535.

BOLLEN, K. A.: *Structural equations with latent variables*. New York: Willey, 1989.

BONINO-MÉNDEZ, L.: «Desvelando los Micromachismos en la Vida Conyugal», en CORSI, J. M. L.; DOHMEN, y SOTÉS, M. A. (eds.): *Violencia Masculina en la Pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*. México, Buenos Aires, Barcelona: Paidós, 1995, pp. 191-208.

BOOKWALA, J.; FRIEZE, I.; SMITH, C. y RYAN, K.: «Predictors of Dating Violence: a multivariate analysis», *Violence and Victims*, 7 (4), 1992, pp. 297-311.

BOUCHEY, H.: «Perceived Romantic Competence, Importance of Romantic Domains, and Psychosocial Adjustment», *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 36, 2007, pp. 503-514.

BOUCHEY, H. A. y FURMAN, W.: «Dating and romantic experiences in adolescence», en ADAMS, G. R. y BERZONSKY, M. (eds.): *The Blackwell handbook of adolescence*. Oxford, UK7: Blackwell Publishers, 2003, pp. 313-329.

BOWLBY, J.: *Attachment and loss: Attachment (I)*. New York: Basic, 1969.

BRAITHWAITE, S.; DELEVI, R. y FINCHAM, F.: «Romantic relationships and the physical and mental health of college students», *Personal relationships*, 17, 2010, pp. 1-12.

BRENDGEN, M.; VITARO, F.; TREMBLAY, R. y WANNER, B.: «Parent and peer effects on delinquency-related violence and dating violence: A test of two mediational models», *Social Development*, 11, 2002, pp. 225-244.

BROWN, B. B.: «“You’re going out with who?” Peer group influences on adolescent romantic relationships», en FURMAN, W.; BROWN, B. B. y FEIRING, C. (eds.): *The development of romantic relationships in adolescence*. New York: Cambridge University Press, 1999, pp. 291-329.

BROWN, B. y LARSON, J.: «Peer relationships in adolescence», en LERNER, R. M. y STEINBERG, L. (eds.): *Handbook of adolescent psychology (II): Contextual influences on adolescent development*. Hoboken, NJ: John Wiley y Sons, 2009, pp. 74-103.

BROWN, B.; LARSON, J. y SARASWATHI, T. S.: *The world’s youth. The adolescence in eight regions of the globe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

BUTZER, B. y KUIPER, N.: «Humor Use in Romantic Relationships: The Effects of Relationship Satisfaction and Pleasant Versus Conflict Situations», *Journal of Psychology: Interdisciplinary and Applied*, 142 (3), 2008, pp. 245-260.

BYRNE, B.: *Structural Equation Modeling with AMOS. Basic concepts, applications, and programming*. Canada: Psychology Press, 2009.

CÁCERES, A. y CÁCERES, J.: «Violencia en relaciones íntimas en dos etapas evolutivas», *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6 (2), 2006, pp. 271-284.

CALLAHAN, M.; TOLMAN, R. y SAUNDERS, D.: «Adolescent dating violence victimization and psychological well-being», *Journal of Adolescent Research*, 18, 2003, pp. 664-681.

CAMPBELL, K.; SEDIKIDES, C. y BOSSON, J.: «Romantic involvement, self-discrepancy, and psychological well-being: a preliminary investigation», *Journal of Personal Relationships*, 1, 1994, pp. 399-404.

CAPALDI, D. M.; KIM, H. K. y SHORTT, J. W.: «Women's involvement in aggression in young adult romantic relationships», en PUTALLEZ, M. y BIERMAN, K. L. (eds.): *Aggression, antisocial behavior, and violence among girls*. New York: Guilford Press, 2004, pp. 223-241.

CAPALDI, D. M.; SHORTT, J. W. y CROSBY, L.: «Physical and psychological aggression in at-risk young couples: Stability and change in young adulthood», *Merrill-Palmer Quarterly*, 49, 2003, pp. 1-27.

CAPALDI, D. M.; SHORTT, J. W. y KIM, H. K.: «A life span developmental system perspective on aggression toward a partner», en PINSOFF, W. M. y LEBOW, J. (eds.): *Family Psychology: the Art of the Science*. Oxford, United Kingdom: Oxford Press, 2005.

CAPALDI, D. M. y CROSBY, L.: «Observed and reported psychological and physical aggression in young, at-risk couples», *Social Development*, 6 (2), 1997, pp. 184-206.

CAPALDI, D. M. y KIM, H. K.: «Typological approaches to violence in couples: a critique and alternative conceptual approach», *Clinical Psychology Review*, 27, 2007, pp. 253-265.

CAPALDI, D. M. y OWEN, L.: «Physical Aggression in a Community Sample of At-Risk Young Couples: gender comparisons for high frequency, injury and fear», *Journal of Family Psychology*, 15 (3), 2001, pp. 425-440.

CAPALDI, D. M. y GORMAN-SMITH, D.: «The Development of Aggression in Young male/female couples», en FLORSHEIM, P. (eds.): *Adolescent romantic relations and sexual behaviour. Theory, research and practical implication*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum, 2003, pp. 243-278.

CARLSON, B. E.: «Dating Violence: a Research Review and Comparison with Spouse Abuse», *Social Casework*, 68 (1), 1987, pp. 16-23.

CARLSON, C. y MASTER, J.: «Inoculation by emotion: effects of positive emotional states on children's reactions to social comparison», *Developmental Psychology*, 22, 1986, pp. 760-765.

CARVER, K.; JOYNER, K. y UDRY, R.: «National Estimates of Adolescent Romantic Relationships», en FLORSHEIM, P. (eds.): *Adolescent romantic relationships and sexual behaviors: Theory, research, and practical implications*. Mahwah, NJ, USA: Lawrence Erlbaum, 2003, pp. 23-56.

CASSIDY, J. y SHAVER, P.: *Handbook of attachment: Theory, Research, and Clinical Applications*. New York: Gilford Press, 2008.

CATENA, A.; RAMOS, M. M. y TRUJILLO, H. M.: *Análisis multivariado: un manual para investigadores*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003.

CHASE, K.; TREBOUX, D. y O'LEARY, D.: «Characteristics of High-Risk Adolescents' Dating Violence», *Journal of Interpersonal Violence*, 17, 2002, pp. 33-49.

CHÓLIZ, M.: *Psicología de los motivos sociales*, Formato Electrónico, 2004 <[www.uv.es/~choliz/](http://www.uv.es/~choliz/)> [consultado en marzo 2012].

CHUNG, D.: «Violence, control romance and gender equality: young women and heterosexual relationships», *Women's studies international forum*, 28, 2005, pp. 445-455.

CLEVELAND, H.; HERRERA, V. y STUEWIG, J.: «Abusive Males and Abused females in adolescent relationships: risk factor similarity and dissimilarity and the role of relationship seriousness», *Journal of Family Violence*, 18 (6), 2003, pp. 325-339.

CLORE, G. L.; SCHWARZ, N. y CONWAY, M.: «Affective Causes and Consequences of Social Information Processing», en WYER, R. y SRULL, T. (eds.): *Handbook of Social Conditions (I): Basis Processes*. Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, 1994, pp. 323-471.

COKER, A. L.; MCKEOWN, R. E.; SANDERSON, M.; DAVIS, K. E.; VALOIS, R. F. y HUEBNER, S.: «Severe Dating Violence and Quality of Life Among South Carolina High School Students», *American Journal of Preventive Medicine*, 19 (4), 2000, pp. 220-227.

COLEMAN, D. y STRAUS, M. A.: «Marital power, conflict and violence in a nationally representative sample of american couples», *Violence and Victims*, 1 (2), 1986, pp. 141-158.

COLEMAN, J. y HENDRY, L.: *The nature of adolescence*. London: Roudledge, 1999.

COLLINS, A.: «More than Myth: The Developmental Significance of Romantic Relationships during Adolescence», *Journal of Research on Adolescence*, 13 (1), 2003, pp. 1-24.

COLLINS, N. y READ, S.: «Adult attachment, working models and relationship quality in dating couples», *Journal of Personality and Social Psychology*, 58 (4), 1990, pp. 644-663.

COLLINS, W. A.; WELSH, D. y FURMAN, W.: «Adolescent Romantic Relationships», *Annual Reviews of Psychology*, 60, 2009, pp. 631-652.

COLLINS, W. A. y SROUFE, L. A.: «Capacity for intimate relationships: a developmental construction», en FURMAN, W.; FEIRING, C. y BROWN, B. B. (eds.): *Contemporary Perspectives on Adolescent Romantic Relationships*. New York: Cambridge Univ. Press, 1999, pp. 125-147.

COMPIAN, L.; GOWEN, L. y HAYWARD, C.: «Peripubertal girls' romantic and platonic involvement with boys: associations with body image and depression symptoms», *Journal of Research on adolescence*, 14, 2004, pp. 23-47.

CONGER, R.; CUI, M.; BRYANT, C. y ELDER, G.: «Competence in early adult romantic Relationships: a Developmental Perspective on Family Influences», *Journal Personality and Social Psychology*, 79, 2000, p. 224.

CONNOLLY, J. A. y McISAAC, C.: «Adolescent romantic relationships: beginnings, endings, and psychosocial challenges», *International Society for the Study of Behavioural Development Newsletter*, 53, 2008, pp. 1-5.

CONNOLLY, J.; CRAIG, W.; GOLDBERG, A. y PEPLER, D.: «Conceptions of cross-sex friendships and romantic relationships in early adolescence», *Journal of Youth and Adolescence*, 28, 1999, pp. 481-493.

CONNOLLY, J.; CRAIG, W.; GOLDBERG, A. y PEPLER, D.: «Mixed-gender groups, dating and romantic relationships in early adolescence», *Journal of Research on Adolescence*, 14, 2004, pp. 185-207.

CONNOLLY, J.; FURMAN, W. y KONARSKI, R.: «The role of peers in the emergence of heterosexual romantic relationships in adolescence», *Child Development*, 71, 2000, pp. 1395-1408.

CONNOLLY, J.; NOCENTINI, A.; MENESINI, E.; PEPLER, D.; CRAIG, W. y WILLIAMS, T.: «Adolescent dating aggression in Canada and Italy: a cross-national comparison», *International journal of behavioral development*, 34, 2010, pp. 98-105.

CONNOLLY, J.; PEPLER, D.; CRAIG, W. y TARADASH, A.: «Dating Experiences of Bullies in Early Adolescence», *Child Maltreatment*, 5, 2000, pp. 299-310.

CONNOLLY, J. y GOLDBERG, A.: «Romantic Relationships in Adolescence: the role of friends and peers in their emergence and development», en FURMAN, W.; BROWN, B. y FEIRING, C. (eds.): *The Development of Romantic Relationships in adolescence*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999, pp. 226-290.



CONNOLLY, J. y JOHNSON, A.: «Adolescents' romantic relationships and the structure and quality of their close interpersonal ties», *Personal Relationships*, 3 (2), 1996, pp. 185-195.

CONNOLLY, J. y McISAAC, C.: «Adolescents' explanations for romantic dissolutions: a developmental perspective», *Journal of adolescence*, 32, 2009, pp. 1209-1223.

CONNOLLY, J. y McISAAC, C.: «Romantic Relationships in Adolescence», en UNDERWOOD, M. y ROSEN, L. (eds.): *Social Development: relationships in infancy, childhood, and adolescence*. London: Guilford Press, 2011, pp. 180-206.

DAHINTEN, S. V.: «Peer Sexual Harassment in Adolescence: The Function of Gender», *Canadian Journal of Nursing Research*, 35, 2003, pp. 26-73.

DAVILA, J.; STEINBERG, S. J.; KACHADOURIAN, L.; COBB, R. y FINCHAM, F.: «Romantic involvement and depressive symptoms in early and late adolescence: The role of preoccupied relational style», *Personal Relationships*, 11, 2004, pp. 161-178.

DE LA PEÑA, M. E.: *Conducta antisocial en adolescentes: factores de riesgo y de protección*. Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral no publicada, 2010.

DIENER, E.: «Subjective well-being», *Psychological Bulletin*, 95, 1984, pp. 542-575.

DIENER, E. y DIENER, M.: «Cross-cultural correlates of life satisfaction and self-esteem», *Journal of Culture and Well-being*, 38, 2009, pp. 71-91.

DIENER, E. y SELIGMAN, M.: «Very Happy people», *Journal of psychological science*, 13, 2002, pp. 81-84.

DIENER, E.; SUH, E.; LUCAS, R. y SMITH, H.: «Subjective well-being: three decades of progress», *Psychological Bulletin*, 125, 1999, pp. 276-302.

DIENER, E. y LUCAS, R. E.: «Explaining differences in societal levels of happiness: relative standards, need fulfillment, culture, and evaluation theory», *Journal of Happiness Studies*, 1, 2000, pp. 41-78.

DUNPHY, D.: «The social structure of urban adolescent peer groups», *Sociometry*, 26, 1963, pp. 230-246.

DUTTON, D.: *The abusive personality: violence and control in intimate relationships*. New York: Guilford Press, 1998.

DUTTON, D. G.; SAUNDERS, K.; STARZOMSKI, A. y BARTHOLOMEW, K.: «Intimacy-anger and insecure attachment as precursors of abuse in intimate relationships», *Journal of Applied Social Psychology*, 24, 1994, pp. 1367-1386.

DUTTON, M. y GOODMAN, L.: «Coercion in intimate partner violence: Toward a new conceptualization», *Sex Roles*, 52, 2005, pp. 743-756.

ECHEBURÚA, E.: *Evaluación y tratamiento de la fobia social*. Barcelona: Martínez Roca, 1995.

ECKHARDT, C.; SAMPER, R.; SUHR, L. y HOLTZWORTH-MUNROE, A.: «Implicit attitudes toward violence among male perpetrators of intimate partner violence: a preliminary investigation», *Journal of interpersonal violence*, 27, 2012, pp. 471-491.

EHRENSAFT, M.; BROWN, J.; SMAILES, E.; CHEN, H. y JOHNSON, J.: «Intergenerational transmission of partner violence: a 20-year prospective study», *Journal of consulting and clinical psychology*, 71, 2003, pp. 741-753.

ERIKSON, E.: *Identity: Youth and crisis*. New York: Norton, 1968.

FEINSTEIN, S. y ARDON, M.: «Trends in dating patterns and adolescent development», *Journal of Youth and adolescence*, 2, 1973, pp. 157-166.

FEIRING, C.; SIMON, V. y CLELAND, C.: «Childhood Sexual Abuse, Stigmatization, Internalizing Symptoms, and the Development of Sexual Difficulties and Dating Aggression», *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 77 (1), 2009, pp. 127-137.

FERNÁNDEZ-FUERTES, A. A. y FUERTES-MARTÍN, A.: «Violencia sexual en las relaciones de pareja de los jóvenes», *Sexología Integral*, 2, 2005, pp. 126-132.

FERNÁNDEZ-FUERTES, A. y FUERTES, A.: «Physical and psychological aggression in dating relationships of Spanish adolescents: motives and consequences», *Child Abuse & Neglect*, 34, 2010, pp. 183-191.

FERNÁNDEZ-FUERTES, A.; FUERTES, A. y PULIDO, R.: «Evaluación de la violencia en las relaciones de pareja de los adolescentes. Validación del Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory (CADRI)», *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6, 2006, pp. 339-358.

FERRER, V. A.; BOSCH, E.; NAVARRO, C.; RAMIS, M. C. y GARCÍA-BUADÉS, M. E.: «Los micromachismos o microviolencias en la relación de pareja: una aproximación empírica», *Anales de Psicología*, 24, 2008, pp. 341-352.

- FIELD, A.: *Discovering Statistics using SPSS*. London: SAGE, 2009.
- FIELD, A. y HOLE, G.: *How to design and report experiments*. London: SAGE, 2003.
- FIERRO, A.: «Filosofía del buen vivir. El buen vivir: su examen filosófico», en VÁZQUEZ, C. y HERVÁS, G. (eds.): *La ciencia del bienestar*. Madrid: Alianza, 2009.
- FISHER, M. y STRICKER, G.: *Intimacy*. New York: Plenum Press, 1982.
- FITZPATRICK, M.; SALGADO, D.; SUVAK, M.; KING, L. y KING, D.: «Associations of gender and Gender-Role Ideology with behavioral and attitudinal features of intimate partner aggression», *Psychology of men and masculinity*, 5 (2), 2004, pp. 91-102.
- FOLLINGSTAD, D.; BRADLEY, R.; HELFF, C. y LAUGHLIN, J.: «A model for Predicting Dating Violence: anxious attachment, angry temperament and need for relationship control», *Violence and Victims*, 17 (1), 2002, pp. 35-47.
- FOLLINGSTAD, D.; BRADLEY, R.; LAUGHLIN, J. y BURKE, L.: «Risk factors and correlates of Dating Violence: the relevance of examining frequency and severity levels in a college sample», *Violence and Victims*, 14 (4), 1999, pp. 365-380.
- FOLLINGSTAD, D.; WRIGHT, S.; LLOYD, S. y SEBASTIAN, J.: «Sex Differences in Motivations and Effects in Dating Violence», *Journal of Family Relations*, 40, 1991, pp. 51-57.
- FOSHEE, V. A.; BAUMAN, K. E.; LINDER, F.; RICE, J. y WILCHER, R.: «Typologies of adolescent dating violence: identifying typologies of adolescent dating violence perpetration», *Journal of Interpersonal Violence*, 22, 2007, pp. 498-519.
- FOSHEE, V. A.; BAUMAN, K. E. y LINDER, F.: «Family Violence and the Perpetration of Adolescent Dating Violence: Examining Social Learning and Social Control Processes», *Journal of Marriage and the Family*, 61 (2), 1999, pp. 331-342.
- FOSHEE, V. A.; BENEFIELD, T. S.; ENNET, S. T.; BAUMAN, K. E. y SUCHINDRAN, C.: «Longitudinal predictors of serious physical and sexual dating violence victimization during adolescence», *Preventive Medicine*, 39, 2004, pp. 1007-1016.
- FOSHEE, V. A.; LINDER, F.; MACDOUGALL, J. E. y BANGDIWALA, S.: «Gender differences in the longitudinal predictors of adolescent dating violence», *Preventive Medicine*, 32, 2001, pp. 128-141.

FOSHEE, V. A. y MATTHEW, R. A.: «Adolescent dating abuse perpetration: a review of findings, methodological limitations, and suggestions for future research», en FLANNERY, D. J.; VAZONSYI, A. T. y WALDMAN, I. D. (eds.): *The Cambridge Handbook of Violent Behavior and Aggression*. New York: Cambridge University Press, 2007, pp. 431-449.

FOSHEE, V. A. y REYES, H. L. M.: «Primary prevention of adolescent dating abuse perpetration: When to begin, whom to target, and how to do it», en WHITAKER, D. J. y LUTZGER, J. R. (eds.): *Preventing partner violence: Research and evidence-based intervention strategies*. Washington, DC: American Psychological Association, 2009, pp. 141-168.

FOSHEE, V. y REYES, H.: «Dating abuse: prevalence, consequences and causes», en ROGER, J. R. (eds.): *Encyclopedia of adolescence*. New York: Springer, 2011, pp. 602-615.

FREDRICKSON, B.: «What good are positive emotions?», *Rev. General psychology*, 2, 1998, pp. 300-319.

FREDRICKSON, B. L.: «The role of positive emotions in positive psychology: the broaden-and-build theory of positive emotions», *American Psychologist*, 56, 2001, pp. 219-226.

FREDRICKSON, B. y JOINER, T.: «Positive emotions trigger upward spirals toward emotional well-being», *Psychological Science*, 13, 2002, pp. 172-175.

FRIEDLANDER, L.; CONNOLLY, J.; PEPLER, D. y CRAIG, W.: «Biological, familial, and peer influences on dating in early adolescence», *Archives of Sexual Behavior*, 36, 2007, pp. 821-830.

FRITZ, P. y SMITH-SLEP, A.: «Stability of physical and Ppsychological adolescent dating aggression across time and partners», *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 38, 2009, pp. 303-314.

FULIGNI, A.; ECCLES, J.; BARBER, B. y CLEMENTS, P.: «Early Adolescent Peer Orientation and Adjustment During High School», *Developmental Psychology*, 37, 2001, pp. 28-36.

FULIGNI, A. y ECCLES, J.: «Perceived Parent-child Relationships and Early Adolescents' Orientation toward Peers», *Developmental Psychology*, 29, 1993, pp. 622-632.

FURMAN, W.: «The measurement of children and adolescent's perceptions of friendships: Conceptual and methodological issues», en BUKOWSKI, W. M.; NEWCOMB, A. F. y HARTUP, W. W. (eds.): *The company they keep: Friendships in childhood and adolescence*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996, pp. 41-65.

FURMAN, W.; LOW, S. y HO, M.: «Romantic Experience and Psychosocial Adjustment in Middle Adolescence», *Journal of Clinical Child y Adolescent Psychology*, 38 (1), 2009, pp. 75-90.

FURMAN, W. y BUHRMESTER, D.: «Children's perceptions of the personal relationships in their social networks», *Developmental Psychology*, 21, 1985, pp. 1016-1024.

FURMAN, W. y BUHRMESTER, D.: «Age and Sex Differences in Perceptions of networks of personal relationships», *Child Development*, 63, 1992, pp. 103-115.

FURMAN, W. y BUHRMESTER, D.: «The Network of Relationships Inventory: Behavioral Systems Version», *International Journal of Behavior Development*, 33, 2009, pp. 470-478.

FURMAN, W. y SHAFFER, L.: «The role of romantic relationships in adolescent development», en FLORSHEIM, P. (eds.): *Adolescent romantic relations and sexual behavior: Theory, research and practical implication*. Mahwah NJ: Lawrence Erlbaum Associates, 2003, pp. 3-22.

FURMAN, W. y SHAVER, L.: «The Role of Romantic Relationships in Adolescent Development», en FLORSHEIM, P. (eds.): *Adolescent Romantic Relationships and Sexual Behaviors: Theory, research, and practical implications*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates, 2003, pp. xx-xx.

FURMAN, W. y SHOMAKER, L.: «Patterns of interaction in adolescent romantic relationships: distinct features and associations with other close relationships», *Journal of Adolescence*, 31, 2008, pp. 771-788.

FURMAN, W. y WEHNER, E. A.: «Romantic views: Toward a theory of adolescent romantic relationships», en MONTEMAYOR, R.; ADAMS, G. R. y GULLOTA, G. P. (eds.): *Advances in adolescent development (VI): Relationships during adolescence*. Oaks, CA: Sage Thousand, 1994, pp. 168-195.

FURMAN, W. y WEHNER, E.: «Adolescent Romantic Relationships: a developmental perspective», *New Directions for Child and Adolescent Development*, 78, 1997, pp. 21-36.

GARCÍA-MORENO, C.: *Violencia contra la Mujer*(VI). Harvard Center for Population and Development Studies, 2000.

GARRIDO-GENOVÉS, V. y CASAS-TELLO, M.: «La prevención de la violencia en la relación amorosa entre adolescentes a través del taller "La Máscara del Amor"», *Revista de Educación*, 349, 2009, pp. 335-360.

GILLHAM, J. y SELIGMAN, M.: «Footsteps on the road to a positive psychology», *Behaviour Research and Therapy*, 37, 1999, pp. 163-173.

GIMÉNEZ, M.; VÁZQUEZ, C. y HERVÁS, G.: «El análisis de las fortalezas psicológicas en la adolescencia: más allá de los modelos de vulnerabilidad», *Psychology, Society and Education*, 2, 2010, pp. 97-116.

GLICK, P. y HILT, L.: «From combative children to ambivalent adults: The development of gender prejudice», en ECKES, T. y TRAUTNER, M. (eds.): *Developmental social psychology of gender*. Mahwah, New Jersey: Erlbaum, 2000, pp. 243-272.

GONZÁLEZ, M. P.; MUÑOZ-RIVAS, M. J. y GRAÑA, J. L.: «Violencia en las relaciones de pareja en adolescentes y jóvenes: una revisión», *Psicopatología clínica, legal y forense*, 3 (3), 2003, pp. 23-39.

GONZÁLEZ, R. y SANTANA, J.: «La violencia en parejas jóvenes», *Psicothema*, 13 (1), 2001, pp. 127-131.

GONZÁLEZ-ORTEGA, I.; ECHEBURÚA, E. y DE CORRAL, P.: «Variables significativas en las relaciones violentas en parejas jóvenes: una revisión», *Psicología Conductual*, 16, 2008, pp. 207-225.

GORRESE, A. y RUGGIERI, R.: «Peer attachment: a meta-analytic review of gender and age differences and associations with parent attachment», *Journal of Youth Adolescence*, 41, 2012, pp. 650-672.

GRAY, H. y FOSHEE, V.: «Adolescent Dating Violence. Differences between one-sided and mutually violent profiles», *Journal of Interpersonal Violence*, 12 (1), 1997, pp. 126-141.

GROVER, L. y NANGLE, D.: «Introduction to the Special Section on Adolescent Romantic Competence: Development and Adjustment Implications», *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 36 (4), 2007, pp. 485-490.

GRUBER, J. y FINERAN, S.: «The impact of bullying and sexual harassment on middle and high school girls», *Violence Against Women*, 13, 2008, pp. 627-643.

GWARTNEY-GIBBS, P. A.; STOCKARD, J. y BOHMER, S.: «Learning Courtship Aggression: The Influence of Parents, Peers, and Personal Experiences», *Family Relations*, 36 (3), 1987, pp. 276-282.

HALL, S.: *Adolescence: Its psychology and its relation to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion, and education (I-II)*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, 1904.

HANBY, M.; FALES, J.; NANGLE, D.; SERWIK, A. y HEDRICH, U.: «Social anxiety as a predictor of Dating Aggression», *Journal of Interpersonal violence*, 26, 2011, pp. 1-22.

HAND, J. Z. y SANCHEZ, L.: «Badgering or bantering? Gender differences in experience of, and reactions to, sexual harassment among U.S. high school students», *Gender and Society*, 14, 2000, pp. 718-746.

HARNED, M.: «A Multivariate Analysis of Risk Markers for Dating Violence Victimization», *Journal of Interpersonal Violence*, 17, 2002, pp. 1179-1197.

HATFIELD, E.; SCHMITZ, E.; CORNELIUS, J. y RAPSON, R. L.: «Passionate love: How early does it begin?», *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 1, 1988, pp. 35-52.

HAZAN, C. y SHAVER, P.: «Romantic love conceptualized as an attachment process», *Journal of Personality and Social Psychology*, 57 (3), 1987, pp. 511-524.

HAZAN, C. y SHAVER, P.: «Attachment as an Organizational Framework for Research on Close Relationships», *Psychological Inquiry*, 5 (1), 1994, pp. 1-22.

HAZAN, C. y ZEIFMAN, D.: «Sex and the psychological tether», en BARTHOLOMEW, K. y PERLMAN, D. (eds.): *Advances in personal relationships (V): Attachment processes in adulthood*. London: Kingsley, 1994, pp. 151-177.

HENDERSON, A. J.; BARTHOLOMEW, K. y DUTTON, D. G.: «He loves me; he loves me not: attachment and separation resolution of abused women», *Journal of family violence*, 12, 1997, pp. 169-191.

HENDRICK, S. S.; HENDRICK, C. y ADLER, N. L.: «Romantic Relationships: Love, Satisfaction, and Staying Together», *Journal of Personality and Social Psychology*, 54 (6), 1988, pp. 980-988.

HERVÁS, G.: «Psicología positiva: una introducción», *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 66, 2009, pp. 23-41.

HETTRICH, E. y O'LEARY, D.: «Females' reasons for their physical aggression in dating relationships», *Journal of interpersonal violence*, 22, 2007, pp. 1131-1143.

HICKMAN, L.; JAYCOX, L. y ARONOFF, J.: «Dating Violence among adolescents: prevalence, gender distribution and prevention Programa Effectiveness», *Trauma, Violence and Abuse*, 5 (2), 2004, pp. 123-142.

HIMELEIN, M.: «Risk Factors for sexual Victimization in Dating: a longitudinal study of college women», *Psychology of Women Quartely*, 19 (1), 1995, pp. 31-48.

HINDE, R. A.: «The bases of a science of interpersonal relationships», en DUCK, S. y GILMOUR, R. (eds.): *Personal Relationships I: studying relationships*. London: Academic Press, 1981, pp. 1-22.

HIRD, M. J.: «An empirical study of adolescent dating aggression in the UK», *Journal of adolescence*, 23, 2000, pp. 69-78.

HOELTER, D. R.: «The analysis of covariance structures: Goodness-of-fit indices», *Sociological Methods and Research*, 11, 1983, pp. 325-344.

HOWARD, D.; QIU, Y. y BOEKELOO, B.: «Personal and Social Contextual Correlates of Adolescent Dating Violence», *Journal of Adolescent Health*, 33, 2003, pp. 9-17.

HOWARD, D.; WANG, M. y YANG, F.: «Psychological factors associated with reports of physical dating violence among U.S. adolescent females», *Journal of Adolescence*, 42, 2007, pp. 311-324.

HU, L. y BENTLER, P.: «Evaluating model fit», en HOYLE, R. H. (ed.): *Structural Equation Modeling: concepts, issues and applications*. Thousand Oaks, CA: Sage, 1995, pp. 76-99.

HYDÉN, M.: «Verbal Aggression as Prehistory of woman battering», *Journal of Family Violence*, 10, 1995, pp. 55-71.

INJUVE. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. (2007). *Juventud en Cifras. Entorno Familiar* <<http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.type.action?type=1505849597ymenuId=1505849597>> [marzo de 2012].

ISEN, A.: «Positive affects, cognitive processes and social behavior», en BERKOWITZ, L. (eds.): *Advances in Experimental Social Psychology*. Londres: Academic Press, 1987, pp. 1-65.



JACKSON, S. M.: «Issues in the Dating Violence Research: a Review of the Literature», *Aggression and Violent Behavior*, 4 (2), 1999, pp. 233-247.

JANKOWSKI, M. K.; LEITENBERG, H.; HENNING, K. y COFFEY, P.: «Intergenerational Transmission of Dating Aggression as a Function of Witnessing Only Same Sex Parents vs Opposite Sex Parents vs Both Parents as Perpetrators of Domestic Violence», *Journal of Family Violence*, 14 (3), 1999, pp. 267-279.

JESSOR, R. y JESSOR, S.: *Problem behavior and psychosocial development: A Longitudinal Study of youth*. New York: Academic Press, 1977.

JOHNSON, M. P.: «Patriarcal Terrorism and Common Couple Violence: two forms of violence against women», *Journal of Marriage and the Family*, 57 (2), 1995, pp. 283-294.

JOHNSTON, L.; O'MALLEY, P.; BACHMAN, J. y SCHULENBERG, J.: *Monitoring the future: national results on adolescent drug use. Overview of key findings, 2011*. Ann Arbor: Institute for Social Research, The University of Michigan, 2012.

JOYNER, K. y UDRY, J. R.: «You don't bring me anything but down: Adolescent romance and depression», *Journal of Health and Social Behavior*, 41, 2000, pp. 369-391.

KAESTLE, C. y HALPERN, C.: «Sexual Intercourse precedes partner violence in adolescent romantic relationships», *Journal of Adolescent Health*, 36 (5), 2005, pp. 386-392.

KANIN, E.: «Male Aggression in Dating-Courtship Relations», *American Journal of Sociology*, 63, 1957, pp. 197-204.

KATZ, J.; WASHINGTON-KUFFEL, S. y COBLENTZ, A.: «Are there gender differences in sustaining dating violence? An examination of frequency, severity, and relationship satisfaction», *Journal of Family Violence*, 17, 2002, pp. 247-271.

KERIG, P.: «Adolescent Dating Violence in Context: Introduction and Overview», *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma*, 19, 2010, pp. 465-468.

KIM, H. K. y CAPALDI, D. M.: «The association of antisocial behavior and depressive symptoms between partners and risk for physical aggression in romantic relationships», *Journal of Family Psychology*, 18, 2004, pp. 82-96.

KIMMEL, D.; EZPELETA, L. y WEINER, I.: *La adolescencia: una transición al desarrollo*. Madrid: Ariel, 1998.

KINSFOGEL, K. M. y GRYCH, J. H.: «Interparental conflict and adolescent dating relationships: integrating cognitive, emotional and peer influences», *Journal of Family Psychology*, 18, 2004, pp. 505-515.

KLINE, R.: *Principles and practice of Structural Equation Modeling*. New York: Guilford Press, 2011.

KUTTLER, A. F. y LA GRECA, A.: «Linkages among adolescent girls' romantic relationships, best friends, and peer networks», *Journal of Adolescence*, 27, 2004, pp. 395-414.

LA GRECA, A. y HARRISON, H.: «Adolescent peer relations, friendships, and romantic relationships: do they predict social anxiety and depression?», *Journal of clinical child and adolescent psychology*, 34, 2005, pp. 49-61.

LACASSE, A.; PURDY, K. y MENDELSON, M.: «The mixed company they keep: potentially offensive sexual behaviours among adolescents», *International Journal of Behavioral Development*, 27, 2003, pp. 532-540.

LANGHINRICHSSEN-ROHLING, J.; HANKLA, M. y DOSTAL-STORMBERG, C.: «The Relationship Behavior Networks of Young Adults: A Test of the Inter-generational Transmission of Violence Hypothesis», *Journal of Family Violence*, 19 (3), 2004, pp. 139-151.

LAPORTE, L.; JIANG, D.; PEPLER, D. y CHAMBERLAND, C.: «The relationship between adolescents' experience of family violence and dating violence», *Youth and society*, 43, 2011, pp. 3-27.

LARSON, R.; CLORE, G. y WOOD, G.: «The Emotions of Romantic Relationships. Do they Wreak Havoc on Adolescents?», en FURMAN, W.; BROWN, B. y FEIRING, C. (eds.): *The Development of Romantic Relationships in Adolescence*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999, pp. 19-50.

LAVOIE, F.; HEBERT, M.; TREMBLAY, R.; VITARO, E.; VEZINA, L. y MCDUFF, P.: «History of family dysfunction and perpetration of dating violence by adolescent boys: a longitudinal study», *The Journal of Adolescent Health*, 30, 2002, pp. 375-383.

LEADBEATER, B. J.; BANISTER, E. M.; ELLIS, W. E. y YEUNG, R.: «Victimization and relational aggression in adolescent romantic relationships: the influence of parental and peer behaviors, and individual adjustment», *Journal of Youth Adolescence*, 37, 2008, pp. 359-372.

LEDESMA, R.: «Introducción al Bootstrap. Desarrollo de un ejemplo acompañado de software de aplicación», *Tutorials in Quantitative Methods for Psychology*, 4, 2008, pp. 51-60.

LEMOS, S.; FIDALGO, A.; CALVO, P. y MENÉNDEZ, P.: «Estructura factorial de la prueba YSR y su utilidad en psicopatología infanto-juvenil», *Análisis y Modificación de Conducta*, 18, 1992a, pp. 883-905.

LEMOS, S.; FIDALGO, A.; CALVO, P. y MENÉNDEZ, P.: «Salud mental de los adolescentes asturianos», *Psicothema*, 4, 1992b, pp. 21-48.

LEMOS, S.; FIDALGO, A.; CALVO, P. y MENÉNDEZ, P.: «Validación de la escala de psicopatología infanto-juvenil YSR», *Clínica y Salud*, 3, 1992c, pp. 183-194.

LEMOS, S.; VALLEJO, G. y SANDOVAL, M.: «Estructura factorial del Youth Self-Report (YSR)», *Psicothema*, 14, 2002, pp. 816-822.

LEMUS, S.; CASTILLO, M.; MOYA, M.; PADILLA, J. L. y RYAN, E.: «Elaboración y validación del inventario de sexismo ambivalente para adolescentes», *International journal of clinical and health psychology*, 8, 2007, pp. 537-562.

LERNER, R. M.: *Promoting Positive Youth Development: theoretical and empirical bases*. Paper presentado en Workshop on the Science of Adolescent Health and Development, National Research Council, Washington, DC, septiembre de 2005.

LERNER, R. M.; ALMERIGI, J.; THEOKAS, C. y LERNER, J.: «Positive youth development: a view of the issues», *The journal of early adolescence*, 25, 2005a, pp. 10-16.

LEVY, J. P. y VARELA, J.: *Modelización con estructuras de covarianzas en Ciencias Sociales*. Galicia: Netbiblo, 2006.

LEWIS, S. F. y FREMOUW, W.: «Dating violence: a critical review of the literature», *Clinical Psychology Review*, 21 (1), 2001, pp. 105-127.

LITTLE, R.: *What's working for today's youth: The issues, the programs, and the learnings*. Paper presentado en el Institute for Children, Youth, and Families Fellows' Colloquium, Michigan State University, East Lansing, marzo de 1993.

LUTHRA, R. y GIDYCH, C.: «Dating Violence among college men and women: evaluation of a theoretical model», *Journal of Interpersonal Violence*, 21 (6), 2006, pp. 717-731.

MAGDOL, L.; MOFFIT, T.; CASPI, A.; NEWMAN, D.; FAGAN, J. y SILVA, P.: «Gender Differences in partner violence in a birth cohort of 21-year-olds: bridging the gap between clinical and epidemiological approaches», *Journal of consulting and clinical psychology*, 65, 1997, pp. 68-78.

MAGDOL, L.; MOFFIT, T.; CASPI, A. y SILVA, P.: «Developmental Antecedents of Partner Abuse: a prospective-longitudinal study», *Journal of Abnormal Psychology*, 107 (3), 1998, pp. 375-389.

MAKEPEACE, J.: «Courtship Violence among College Students», *Family Relations*, 30, 1981, pp. 97-102.

MANCHIKANTI, A.: «Testing the cycle of violence hypothesis: child abuse and adolescent dating violence as predictors of intimate partner violence in young adulthood», *Youth and society*, 43, 2011, pp. 171-192.

MANNING, W. D.; GIORDANO, P. C. y LONGMORE, M. A.: «Hooking-up: The relationship contexts of "nonrelationship" sex», *Journal of Adolescent Research*, 21 (5), 2006, pp. 459-483.

MARIÑELARENA-DONDENA, L. y GANCEDO, M.: «La psicología positiva: su primera década de desarrollo», *Revista diálogos*, 2, 2011, pp. 67-77.

MARTÍN-ALBO, J.; NÚÑEZ, J.; NAVARRO, J. y GRIJALVO, F.: «The Rosenberg Self-Esteem Scale: translation and validation in University Students», *The Spanish Journal of Psychology*, 10, 2007, pp. 458-467.

MARTÍNEZ, J. L.: «Desarrollo personal, ambiente familiar y relaciones de pareja en la adolescencia», *Revista de Psicología Social*, 12, 1997, pp. 59-78.

MARTÍNEZ, J. L. y FUERTES, A.: «Factores personales, familiares y relacionales implicados en la estabilidad de las relaciones de pareja adolescentes», *Infancia y Aprendizaje*, 88, 1999, pp. 85-105.

MATUD, M.: «Dating violence and domestic violence», *Journal of Adolescent Health*, 40 (4), 2007, pp. 295-297.

MCMASTER, L. E.; CONNOLLY, J. A.; PEPLER, D. J. y CRAIG, W. M.: «Peer to peer sexual harassment in early adolescence: A developmental perspective», *Development and Psychopathology*, 14, 2002, pp. 91-105.

MEDINA-ARIZA, J. y BARBERET, R.: «Intimate partner violence in Spain: findings from a national survey», *Violence Against Women*, 9, 2003, pp. 302-322.

MENESINI, E.; NOCENTINI, A.; ORTEGA-RIVERA, J.; SÁNCHEZ, V. y ORTEGA, R.: «Reciprocal involvement in adolescent dating aggression: An Italian-Spanish study», *European Journal of Developmental Psychology*, 8 (4), 2011, pp. 437-451.

MENESINI, E. y NOCENTINI, A.: «Dating aggression in adolescence», *Giornale Italiano di Psicologia*, 2, 2008, pp. 405-430.

MIKULINCER, M. y SHAVER, P.: *Attachment in adulthood: structure, dynamics, and change*. Guilford Press, Nueva York, 2007.

MILLER, B. y BENSON, B.: «Romantic and Sexual Relationship Development during Adolescence», en FURMAN, W.; BROWN, B. y FEIRING, C. (eds.): *The Development of Romantic Relationships in Adolescence*. U. K., Cambridge: University Press, 1999, pp. 99-124.

MILLER, B. y DOLLARD, J.: *Social Learning and Imitation*. Londres: Routledge, 2000.

MOFFITT, T. E.; CASPI, A.; RUTTER, M. y SILVA, P. A.: *Sex Differences in Antisocial Behaviour*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

MOFFITT, T. E. y CASPI, A.: «Implications of Violence between Intimate Partners for Child Psychologists and Psychiatrists», *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 39, 1998, pp. 137-144.

MOLIDOR, C. y TOLMAN, R.: «Gender and contextual factors in adolescent dating violence», *Violence Against Women*, 4, 1998, pp. 180-194.

MONTERO, A.: «Violencia y adolescencia», *Revista de Estudios de Juventud (INJUVE)*, 73, 2006, pp. 109-115.

MONTES-BERGES, B.: «Tácticas para la resolución de conflictos y celos románticos en relaciones íntimas: adaptación y análisis de las escalas CTS2 y CR», *Estudios de Psicología*, 29, 2008, pp. 221-234.

MORENO, R.; MARTÍNEZ, R. y CHACÓN, S.: *Fundamentos metodológicos en psicología y ciencias afines*. Madrid: Pirámide, 2000.

MUÑOZ-RIVAS, M. J.; ANDREU, J. M.; GRAÑA, J. L.; O'LEARY, D. K. y GONZÁLEZ, P.: «Validación de la versión modificada de la Conflicts Tactics Scale (M-CTS) en población juvenil española», *Psicothema*, 19, 2007a, pp. 693-698.

MUÑOZ-RIVAS, M. J.; GRAÑA, J. L.; O'LEARY, D. K. y GONZÁLEZ, M. P.: «Prevalence and predictors of sexual aggression in dating relationships of adolescents and young adults», *Psicothema*, 21 (2), 2009, pp. 234-240.

MUÑOZ-RIVAS, M. J.; GRAÑA, J. L.; O'LEARY, K. D. y GONZÁLEZ, M. P.: «Aggression in adolescent dating relationships: prevalence, justification, and health consequences», *Journal of Adolescent Health*, 40, 2007b, pp. 298-304.

MUÑOZ-RIVAS, M.; GÁMEZ-GUADIX, M.; GRAÑA, J. L. y FERNÁNDEZ, L.: «Violencia en el noviazgo y consumo de alcohol y drogas ilegales entre adolescentes y jóvenes españoles», *Adicciones*, 22, 2010, pp. 125-134.

NANGLE, D. y HASEN, D.: «Adolescent heterosocial competence revisited: implications of an expanded conceptualization for the prevention of high-risk sexual interactions», *Education and Treatment of children*, 21, 1998, pp. 431-446.

NEEMAN, J.; HUBBARD, J. y MASTEN, A. S.: «The Symchanging importance of romantic relationship involvement to competence from late childhood to late adolescence», *Development and Psychopathology*, 7, 1995, pp. 727-750.

NGORA, G.: «Coping strategies of marital relationships in Bamenda Cameroon», *Newsletter*, 53, 2008, pp. 13-15.

NOCENTINI, A.; MENESINI, E.; PASTORELLI, C.; CONNOLLY, J.; PEPLER, D. y CRAIG, W.: «Physical Dating Aggression in Adolescence. Cultural and gender invariance», *European Psychologist*, 2011 (advanced articles. DOI 10.1027/1016-9040/a000045).

NOCENTINI, A.; MENESINI, E. y PASTORELLI, C.: «Physical Dating Aggression growth during adolescence», *Journal of Abnormal Child Psychology*, 38, 2010, pp. 353-365.

NOLLER, P.; FEENEY, J. y PETERSON, C. C.: *Personal Relationships across the lifespan*. USA: Psychology Press, 2001.

O'LEARY, D. K. y SMITH-SLEP, A. M.: «A dyadic longitudinal model of adolescent Dating Aggression», *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 32 (3), 2003, pp. 314-327.

O'KEEFE, M. y TREISTER, L.: «Victims of Dating Violence among High School Students», *Violence Against Women*, 4 (2), 1998, pp. 195-223.

O'LEARY, K.; SMITH-SLEP, A.; AVERY-LEAF, S. y CASCARDI, M.: «Gender differences in dating aggression among multiethnic high school students», *The journal of adolescent Health*, 42, 2009, pp. 473-479.

OBSERVATORIO DE SALUD DE LA MUJER: *Informe Violencia de Género 2007*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Política Social, 2009.

O'DONOHUE, W.; DOWNS, K. y YEATER, E. A.: «Sexual Harassment: a Review of the Literature», *Aggression and Violent Behavior*, 3 (2), 1998, pp. 111-128.

OLIVA, A.: «Estado actual de la Teoría del Apego», *Apuntes de Psicología*, 45, 1995, pp. 21-40.

OLIVA, A.; RÍOS, M.; ANTOLÍN, L.; PARRA, A.; HERNANDO, A. y PERTEGAL, M. A.: «Más allá del déficit: construyendo un modelo de desarrollo positivo adolescente», *Infancia y Aprendizaje*, 33, 2010, pp. 1-12.

ORTEGA, R.: «Trabajando con víctimas, agresores y espectadores de la violencia», en ORTEGA, R. (ed.): *La convivencia escolar. Qué es y cómo abordarla*. Sevilla: Consejería de Educación y Ciencia de Andalucía, 1998, pp. 221-246.

ORTEGA, R.: «El Proyecto Sevilla Antiviolenencia Escolar (SAVE)», *Menores. Revista de la Fundación Internacional O'Belen*, 2, 2003, pp. 23-25.

ORTEGA, R.; DEL REY, R. y MORA-MERCHÁN, J.: *Cuestionario sobre Convivencia, Conflictividad y Acoso Escolar*. Laboratorio de Estudios para la Convivencia y Prevención de la Violencia. Documento sin publicar, 2008.

ORTEGA, R.; ORTEGA-RIVERA, J. y SÁNCHEZ, V.: «Violencia sexual entre compañeros y violencia en parejas adolescentes», *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 8, 2008, pp. 63-72.

ORTEGA, R.; SÁNCHEZ, V.; ORTEGA-RIVERA, J.; NOCENTINI, A. y MENESINI, E.: «Peer Sexual Harassment in adolescent girls: a cross-national study (Spain-Italy)», *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 10, 2010, pp. 245-264.

ORTEGA, R.; SÁNCHEZ, V. y ORTEGA-RIVERA, J.: *Cuestionario sobre Hábitos y Estilo de Vida*. Laboratorio de Estudios para la Convivencia y Prevención de la Violencia. Documento sin publicar, 2008.

ORTEGA, R. y SÁNCHEZ, V.: «Juvenil Dating and Violence», en MONKS, C. y COYNE, I. (eds.): *Bullying in different contexts*. Londres: Cambridge University Press, 2011, pp. 113-136.

ORTEGA-RIVERA, J.; SÁNCHEZ, V. y ORTEGA, R.: «Violencia sexual y cortejo juvenil», en ORTEGA, R. (eds.): *Agresividad injustificada, bullying y violencia escolar*. Madrid: Alianza, 2010, pp. 211-232.

PADRÓS, F.; MARTÍNEZ, M.; YUNUÉN, C. y MEDINA, M.: «La psicología positiva. Una joven disciplina científica que tiene como objeto de estudio un viejo tema, la felicidad», *Uaricha Revista de Psicología*, 14, 2010, pp. 30-40.

PALACIOS, J. y OLIVA, A.: «La adolescencia y su significado evolutivo», en PALACIOS, J.; MARCHESI, A. y COLL, C. (eds.): *Desarrollo psicológico y educación. Psicología Evolutiva (I)*,). Madrid: Alianza Editorial, 1999, pp. 433-450.

PARK, N.: «The role of subjective well-being in positive youth development», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 591, 2004, pp. 25-39.

PARK, N. y PETERSON, S.: *Assessment of character strengths among youth: the values in action inventory of strengths for youth*. Paper presentado en Indicators of Positive Development Conference, Washington, DC, marzo de 2003.

PATTERSON, G. R.: *A social learning approach (III). Coercive family process*. Eugene, OR: Castalia, 1982.

PELLEGRINI, A.: «A longitudinal study of heterosexual relationships, aggression, and sexual harassment during the transition from primary school through middle school», *Journal of Applied Developmental Psychology*, 22, 2001, pp. 119-133.

PÉLOQUIN, K.; LAFONTAINE, M. y BRASSARD, A.: «A dyadic approach to the study of romantic attachment, dyadic empathy, and psychological partner aggression», *Journal of social and personal relationships*, 28, 2011, pp. 915-942.

PEPLER, D. J.; CRAIG, W. M.; CONNOLLY, J. A.; YUILE, A.; MCMASTER, L. y JIANG: «A developmental perspective of bullying», *Aggressive Behavior*, 32, 2006, pp. 376-384.

PETERSEN, J. L. y HYDE, J.: «A longitudinal investigation of peer sexual harassment victimization in adolescence», *Journal of Adolescence*, 32, 2009, pp. 1173-1188.



PETERSON, C. y SELIGMAN, M. E. P.: *Character strengths and virtues: A handbook and classification*. Washington, DC: American Psychological Association, 2004.

PONS, J. y BUELGA, S.: «Factores asociados al consumo juvenil de alcohol: una revisión desde una perspectiva psicosocial y ecológica», *Psychosocial Intervention*, 20, 2011, pp. 75-94.

RAY, A. L. y GOLD, S. R.: «Gender roles, aggression, and alcohol use in dating relationships», *Journal of Sex Research*, 33, 1996, pp. 47-55.

RECIO, P.; CUADRADO, I. y RAMOS, E.: «Propiedades psicométricas de la Escala de Detección de Sexismo en Adolescentes (DSA)», *Psicothema*, 19, 2007, pp. 522-529

REED, E.; RAJ, A.; MILLER, E. y SILVERMAN, J.: «Losing the “gender” in gender-based violence: the missteps of research on dating and intimate partner violence», *Violence Against Women*, 16, 2010, pp. 348-354.

REEVES, P. y ORPINAS, P.: «Dating norms and dating violence among ninth graders in northeast Georgia: reports from student surveys and focus groups», *Journal of Interpersonal Violence*, 26, 2011, pp. 1-22.

REITZEL-JAFFE, D. y WOLFE, D. A.: «Predictors of Relationship Abuse among Young Men», *Journal of Interpersonal Violence*, 16 (2), 2001, pp. 99-115.

REY, C.: «Prevalencia, factores de riesgo y problemáticas asociadas con la violencia en el noviazgo: una revisión de la literatura», *Avances en Psicología Latinoamericana*, 26, 2008, pp. 227-241.

RIGGS, D.; O'LEARY, D. y BRESLIN, C.: «Multiple correlates of physical aggression in dating couples», *Journal of Interpersonal Violence*, 5, 1990, pp. 61-73.

RIGGS, D. y O'LEARY, D. K.: «Aggression between heterosexual Dating Partners: an examination of a Casual Model of Courtship Aggression», *Journal of Interpersonal Violence*, 11, 1996, pp. 519-540.

RIGGS, D. y O'LEARY, D. K.: «A theoretical model of courtship aggression. Violence in dating relationships: Emerging social issues», en PIROG-GOOD, M. y STETS, J. (eds.): *Violence in dating relationships: Emerging social issues*. England: Praeger Publishers, 1989, pp. 53-71.

RIVERA-RIVERA, L.; ALLEN, B.; RODRÍGUEZ-ORTEGA, G.; CHÁVEZ-AYALA, R. y LAZCANO-PONCE, E.: «Violencia durante el noviazgo, depresión y conductas de riesgo en estudiantes femeninas (12-24 años)», *Salud Pública de México*, 48 (2), 2006, pp. 288-296.

ROBERTS, T. y KLEIN, J.: «Intimate partner abuse and high-risk behavior in adolescents», *Archives of Pediatrics y Adolescent Medicine*, 157 (4), 2003, pp. 375-380.

RODRÍGUEZ, L.; ANTUÑA, M. A.; LÓPEZ-CEPERO, J.; RODRÍGUEZ, F. y BRINGAS, C.: «Tolerance towards dating violence in Spanish adolescents», *Psicothema*, 24, 2012, pp. 236, 242.

RODRÍGUEZ, L.; LÓPEZ-CEPERO, J.; RODRÍGUEZ-DÍAZ, F.; BRINGAS, C.; ESTRADA, C.; ANTUÑA, M. A. y QUEVEDO-BLASCO, R.: «Labeling dating abuse: undetected abuse among Spanish adolescents and young adults», *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 12, 2012, pp. 55-67.

RODRÍGUEZ, M. N. y RUIZ, M. A.: «Atenuación de la asimetría y de la curtosis de las puntuaciones observadas mediante transformaciones de variables: incidencia sobre la estructura factorial», *Psicológica*, 29, 2008, pp. 205-227.

ROJAS-SOLÍS, J. L. y CARPINTERO, E.: «Sexims and physical, sexual and verbal-emotional aggression in courtship relationships in university students», *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*, 9, 2011, pp. 541-564.

ROSCOE, B. y BENASKE, N.: «Courtship violence experienced by abused wives: Similarities in patterns of abuse», *Family Relations*, 34, 1985, pp. 47-55.

ROSENBERG, M.: *Society and the Adolescent Self-Image*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1965.

ROTHMAN, E.; JOHNSON, R.; YOUNG, R.; WEINBERG, J.; AZRAEL, D. y MOLNAR, B.: «Neighborhood-level factors associated with physical dating violence perpetration: results of a representative survey conducted in Boston, MA», *Journal of Urban Health*, 88, 2011, pp. 201-213.

ROTSKY, S. S.; WILCOX, B. L.; COMER-WRIGHT, M. L. y RANDALL, B. A.: «The impact of religiosity on adolescent sexual behavior: A review of the evidence», *Journal of Adolescent Research*, 19, 2004, pp. 677-697.

RUSBULT, C.: «Commitment and satisfaction in romantic associations: A test of the investment model», *Journal of Experimental Social Psychology*, 16, 1980, pp. 172-186.

RUSBULT, C.: «A longitudinal test of the investment model: the development of satisfaction and commitment in heterosexual involvements», *Journal of Personality and Social*, 45, 1983, pp. 101-117.

RYFF, C. D.: «Psychological well-being in adult life», *Current directions in Psychological Science*, 4, 1995, pp. 99-104.

RYFF, C. y KEYES, C. L.: «The structure of psychological well-being revisited», *Journal of Personality and Social Psychology*, 69, 1995, pp. 719-727.

SALVADOR-FIGUERAS, M. y GARGALLO, P.: *Análisis Exploratorio de Datos*, 2003, <<http://www.5campus.com/leccion/aed>> [recuperado en julio 2012 de 5campus.com, Estadística].

SÁNCHEZ, V.; ORTEGA-RIVERA, J.; ORTEGA, R. y VIEJO, C.: «Las relaciones sentimentales en la adolescencia: satisfacción, conflictos y violencia», *Escritos de Psicología*, 2, 2008, pp. 97-109.

SARANTAKOS, S.: *Cohabitation in transition*. Sydney: Keon, 1992.

SCHUMACHER, J. A.; FELDBAU-KOHN, S.; SMITH-SLEP, A. M. y HEYMAN, R. E.: «Risk factors for male-to-female partner physical abuse», *Aggression and Violent Behavior*, 6, 2001, pp. 281-352.

SCHUMACHER, J. A.; SMITH-SLEP, A. M. y HEYMAN, R. E.: Risk factors for male-to-female partner psychological abuse, *Aggression and Violent Behavior*, 6, 2001, pp. 255-268.

SCHUMACKER, R. y LOMAX, R.: *A beginner's guide to Structural Equation Modeling*. New Jersey: Erlbaum, 2004.

SCHWARTZ, J.; HAGE, S.; BUSH, I. y BURNS, L.: «Unhealthy parenting and potential mediators as contributing factors to future intimate violence. A review of the literature», *Trauma, Violence and Abuse*, 7 (3), 2006, pp. 206-221.

SEBASTIÁN, J.; ORTIZ, B.; GIL, M.; GUTIÉRREZ DEL ARROYO, M.; HERNÁIZ, A. y HERNÁNDEZ, J.: «La violencia en las relaciones de pareja de los jóvenes. ¿Hacia dónde vamos?», *Clínica contemporánea*, 1, 2010, pp. 71-83.

SEIFFGE-KRENKE, I.: «Why is a cross-cultural perspective on romantic experiences in adolescence clearly needed?», *Newsletter*, 1 (53), 2008, pp. 19-20.

SELIGMAN, M.: *Niños optimistas*. Madrid: Nuevas Eds. De bolsillo, 2005.

SELIGMAN, M. E. P.: «The president's address», *American Psychologist*, 54, 1999, pp. 559-562 <<http://www.ppc.sas.upenn.edu/aparep98.htm>> [recuperado en enero, 2012 desde Positive Psychology Center].

SELIGMAN, M. y CSIKSZENTMIHALYI, M.: «Positive Psychology: An Introduction», *American Psychologist*, 55 (1), 2000, pp. 5-14.

SHAFFER, L. y FURMAN, W.: «Rewards and costs in adolescent other-sex friendships: comparisons to same-sex friendships and romantic relationships», *Social Development*, 18, 2009, pp. 270-287.

SHAVER, P.; MORGAN, H. y WU, S.: «Is love a "basic" emotion?», *Personal Relationships*, 3, 1996, pp. 81-96.

SHELDON, K. y KING, L.: «Why positive psychology is necessary», *American Psychologist*, 56, 2001, pp. 216-217.

SHIGEHIO, O.; ULRICH, S. y DIENER, E.: «Pleasures and subjective well-being», *European Journal of Personality*, 15, 2001, pp. 153-167.

SHOREY, R.; CORNELIUS, T. y BELL, K.: «A critical review of theoretical frameworks for dating violence: comparing the dating and marital fields», *Aggression and Violent Behavior*, 13, 2008, pp. 185-194.

SHOREY, R.; FEBRES, J.; BRASFIELD, H. y STUART, G.: «Male dating victimization and adjustment. The moderating role of coping», *American Journal of Men's Health*, 3, 2012, pp. 218-228.

SHULMAN, S. y SCHARF, M.: «Adolescent Romantic Behaviors and Perceptions: age- and gender-related differences, and links with family and peer relationships», *Journal of Research on Adolescence*, 10, 2000, pp. 99-118

SIERRA, J. C.; ROJAS, A.; ORTEGA, V. y MARTÍN-ORTIZ, J. D.: «Evaluación de actitudes sexuales machistas en universitarios: primeros datos psicométricos de las versiones españolas de la Double Standard Scale (DSS) y de la Rape Supportive Attitude Scale (RSAS)», *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 7, 2007, pp. 41-60.

SIMON, T.; MILLER, S.; GORMAN-SMITH, D.; ORPINAS, P. y SULLIVAN, T.: «Physical dating violence norms and behavior among sixth-grade students from four U.S. sites», *The Journal of Early Adolescence*, 30, 2010, pp. 395-409.

SPSS INC.: *The SPSS TwoStep cluster component. A scalable component to segment your customers more effectively*. White paper-technical report, Chicago, 2001 <<http://ftp.spss.com/pub/web/wp/TSCWP-0101.pdf>>.

STERNBERG, R.: «A triangular theory of love», *Psychological Review*, 93, 1986, pp. 119-135.

STERNBERG, R.: «Liking versus loving: a comparative evaluation of theories», *Psychological Bulletin*, 102 (3), 1987, pp. 331-345.

STITH, S. M.; ROSEN, K.; MIDDLETON, K.; BUSCH, A.; LUNDEBERG, K. y CARLTON, R.: «The Intergenerational Transmission of Spouse Abuse: a meta-analysis», *Journal of Marriage and the Family*, 62 (3), 2000, pp. 640-654.

STRAUS, M. A.: «Measuring intrafamily conflict and aggression: The Conflict Tactics Scale (CTS)», *Journal of Marriage and The Family*, 41, 1979, pp. 75-88.

STRAUS, M. A.: «Prevalence of violence against dating partners by male and female university students worldwide», *Violence Against Women*, 10, 2004, pp. 790-811.

STRAUS, M. A. y GELLES, R.: «Societal change and change in family violence from 1975-1985 as revealed by two national surveys», *Journal of marriage and the family*, 48, 1986, pp. 465-479.

STRAUS, M.; GELLES, R. y STEINMETZ, S.: *Behind closed doors: violence in the American family*. EE.UU: Transaction Publishers, 2006.

STRAUS, M. y GELLES, R.: «The costs of family violence», *Journal of Interpersonal Violence*, 2, 1987, pp. 212-222.

STRAUS, M. y GELLES, R.: *Physical Violence in American Families: risk factors and adaptations to violence in 8.145 families*. EE.UU. Transaction Publishers, 1990.

STRAUS, M. y SAVAGE, S.: «Neglectful behavior by parents in the life history of university students in 17 countries and its relation to violence against dating partners», *Child Maltreatment*, 10, 2005, pp. 124-135.

SULLIVAN, H.: *The Interpersonal Theory of Psychiatry*. Nueva York: W. W Norton, 1953.

SUTTON, J. y SMITH, P.: «Bullying as a group process: an adaptation of the participant role approach», *Aggressive Behavior*, 25 (2), 1999, pp. 97-111.

SWAHN, M.; ALEMDAR, M. y WHITAKER, D.: «Nonreciprocal and reciprocal dating violence and injury occurrence among urban youth», *Brief Research Report*, XI, 2010, pp. 264-268.

SWART, L.; SEEDAT, M.; STEVENS, G. y RICARDO, I.: «Violence in adolescents' romantic relationships: findings from a survey amongst school-going youth in a South African community», *Journal of adolescence*, 25, 2002, pp. 385-395.

TAYLOR, B.; STEIN, N. y BURDEN, F.: «The effects of gender violence/harassment prevention programming in middle schools: a randomized experimental evaluation», *Violence and Victims*, 25, 2010, pp. 202-223.

TIMMERMAN, G.: «A comparison between unwanted sexual behavior by teachers and by peers in secondary schools», *Journal of Youth and Adolescence*, 31, 2002, pp. 397-404.

TIMMONS, P. y SMITH-SLEP, A.: «Stability of physical and psychological adolescent dating aggression across time and partners», *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 38, 2009, pp. 303-314.

TONTODONATO, P. y CREW, K.: «Dating Violence, Social Learning Theory and Gender: a multivariate analysis», *Violence and Victims*, 7 (1), 1992, pp. 3-14.

VÁZQUEZ, A.; JIMÉNEZ, R. y VÁZQUEZ-MOREJÓN, R.: «Escala de autoestima de Rosenberg: fiabilidad y validez en población clínica española», *Apuntes de Psicología*, 22, 2004, pp. 247-255.

VÁZQUEZ, C.; HERVÁS, G.; RAHONA, J. y GÓMEZ, D.: «Bienestar psicológico y salud: aportaciones desde la psicología positiva», *Anuario de psicología clínica y de la salud*, 5, 2009, pp. 15-28.

VECINA, M. L.: «Emociones positivas», *Papeles del Psicólogo*, 27, 2006, pp. 9-17.

VERNGER, E.; ABWENDER, D.; EWELL, K. y BEERY, S.: «Social anxiety and peer relationships in early adolescence: a prospective analysis», *Journal of Clinical Child Psychology*, 21, 1992, pp. 189-196.

VÉZINA, J. y HÉBERT, M.: «Risk Factors for Victimization in Romantic Relationships of Young Women: a review of Empirical Studies and Implications for Prevention», *Trauma, Violence and Abuse*, 8, 2007, pp. 33-66.

VIEJO, C.: *Violencia física en las relaciones sentimentales adolescentes: ¿cortejo rudo o violencia de género?*, (en prensa).

VIEJO, C.: *Cortejo y Violencia en las relaciones sentimentales adolescentes: un estudio con jóvenes de Córdoba*. Tesis de Máster no publicada. Universidad de Córdoba, 2009.

VIEJO, C.; ORTEGA, R. y SÁNCHEZ, V.: *Adolescent Love and Wellbeing: the role of dating relationships*, (en prensa).

VIEJO, C.; SÁNCHEZ, V. y ORTEGA, R.: «The importance of Adolescent Dating Relationships», *Psicothema*, 25 (1), 2013, pp. 43-48.

VIEJO, C.; SÁNCHEZ, V. y ORTEGA, R.: «Violencia física en la pareja adolescente: la potencialidad interpretativa de un modelo bifactorial», *Anales de Psicología*, (en prensa).

WALKER, L.: «Psychology and Violence against women», *American Journal of Psychological Association*, 44 (4), 1989, pp. 695-702.

WASHINGTON-KUFFEL, S. y KATZ, J.: «Preventing Psysical, Psychological and Sexual Aggression in college Dating Relationship», *The Journal of Primary Prevention*, 22 (4), 2002, pp. 361-374.

WEISBUCH, M.; BEAL, D. y O'NEAL, E.: «How masculine ought I be? Men's masculinity and aggression», *Sex Roles*, 40, 1999, pp. 583-592.

WEKERLE, C. y AVGOUSTIS, E.: «Child Maltreatment, adolescent dating and adolescent dating violence», en FLORSHEIM, P. (eds.): *Adolescent Romantic Relations and Sexual Behavior: Theory, research and practical implications*. EE.UU: Lawrence Erlbaum Publishers, 2003, pp. 213-242.

WEKERLE, C. y WOLFE, D. A.: «Dating Violence in Mid-Adolescence: Theory, Significance, and Emerging Prevention Initiatives», *Clinical Psychology Review*, 19 (4), 1999, pp. 435-456.

WHITAKER, D.; HAILEYESUS, T.; SWAHN, M. y SALTZMAN, L.: «Differences in frequency of violence and reported injury between reciprocal and noreciprocal Intimate Partner Violence», *American Journal of Public Health* 97, 2007, pp. 941-947.

WHITE, J.: «A gendered approach to adolescent dating violence: conceptual and methodological issues», *Psychology of Women Quarterly*, 33, 2009, pp. 1-15.

WHITE, J. W.; SMITH, P. H.; KOSS, M. P. y FIGUEREDO, A. J.: «Intimate partner aggression-What have we learned? Comment on Archer (2000)», *Psychological Bulletin*, 126, 2000, pp. 690-696.

WHITE, J. W. y SMITH, P. H.: «Covariation in the use of physical and sexual aggression among adolescent and college-age men: A longitudinal analysis», *Violence Against Women*, 15, 2009, pp. 24-43.

WHITE, J.; MERRIL, L. y KOSS, M.: «Predictors of preliminary courtship violence in a Navy Recruit Sample», *Journal of Interpersonal Violence*, 16 (9), 2001, pp. 910-927.

WINDLE, M. y MURUG, S.: «Cross-gender Violence Perpetration and Victimization among early adolescents and associations with attitudes toward Dating Conflict», *Journal of Youth and Adolescence*, 38, 2009, pp. 429-439.

WITKOSKA, E. y KJELLBERG, A.: «Dimensions of peer sexual harassment in Swedish high schools: What factor structure show the best fit to girls' and boys' self-reports?», *Sex Roles*, 53, 2005, pp. 677-687.

WOLFE, D. A.; SCOTT, K.; REITZEL-JAFFE, D.; WEKERLE, C.; GRASLEY, C. y STRAATMAN, A. L.: «Development and validation of the Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory (CADRI)», *Psychological Assessment*, 13 (2), 2001, pp. 277-293.

WOLFE, D. A. y FEIRING, C.: «Dating violence through the lens of adolescent romantic relationships», *Child Maltreatment*, 5, 2000, pp. 360-363.

WOODWARD, L.; FERGUSON, D. y HORWOOD, L.: «Romantic Relationships of Young People with Childhood and Adolescent onset Antisocial Behavior Problems», *Journal of Abnormal Child Psychology*, 30 (3), 2002, pp. 231-243.

YELA, C.: «Curso temporal de los componentes básicos del amor a lo largo de la relación de pareja», *Psicothema*, 9, 1997, pp. 1-15

YELA, C.: «La otra cara del amor: mitos, paradojas y problemas», *Encuentros en Psicología Social*, 1 (2), 2003, pp. 263-267.

YELA, C.: *Amor, satisfacción y felicidad: evidencias y controversias*. Paper presentado en el I Congreso Nacional de Psicología Positiva, SEPP, Madrid, marzo de 2012.

ZURBRIGGEN, E.: «Understanding and preventing adolescent dating violence: the importance of developmental, sociocultural, and gendered perspectives», *Psychology of Women Quarterly*, 33, 2009, pp. 30-33.



### La **Fundación Centro de Estudios**

**Andaluces** es una entidad de carácter científico y cultural, sin ánimo de lucro, adscrita a la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía. Entre sus objetivos fundacionales se establecen el fomento de la investigación científica, la generación de conocimiento sobre la realidad social, económica y cultural de Andalucía y la difusión de sus resultados en beneficio de la sociedad.

Desde sus inicios, su compromiso con el progreso de Andalucía le ha impulsado a la creación de espacios de intercambio de conocimiento con la comunidad científica e intelectual y con la ciudadanía en general, y a la colaboración activa con las instituciones públicas y privadas que influyen en el desarrollo de la Comunidad Autónoma.

El Centro de Estudios Andaluces genera un amplio programa de actividades anuales abiertas a la comunidad científica y a toda la sociedad, entre las que se encuentran la organización de jornadas, seminarios y talleres, exposiciones, cursos de formación y edición de publicaciones sobre el pasado, presente y futuro de Andalucía.

El jurado del Premio Tesis Doctoral de la Fundación Centro de Estudios Andaluces, en su VIII edición, ha concedido el primer premio a la tesis *Dating violence y cortejo adolescente: un estudio sobre la violencia en parejas sentimentales de los jóvenes andaluces* por su «gran interés social y derivaciones amplias, tanto en Andalucía como en España, que aborda un problema que genera alarma social. El trabajo define de forma muy clara sus objetivos de los que derivan interesantes conclusiones con una base sólida en el análisis de datos».

El trabajo de investigación aborda la relación de las parejas adolescentes, la evolución de las relaciones sociales desde el grupo de iguales hasta la formación de las parejas, sus características y el rol que desempeñan analizando los potenciales contextos de violencia que deriven en fenómenos de violencia de género. El trabajo se apoya en un estudio estadístico de 3.258 entrevistas recogidas en 22 centros de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato de las ocho provincias andaluzas.

ISBN: 978-84-942291-6-9



[www.centrodeestudiosandaluces.es](http://www.centrodeestudiosandaluces.es)



Centro de Estudios Andaluces  
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA